LIBROdot.com

Escritos en prosa

Rafael María Baralt

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Artículos de costumbres
Lo que es un periódico

...Cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el orden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desorden, y mucho menos sí se hacen las críticas generales embozadas en la chanza y la ironía, sin aplicaciones de ninguna especie y en un folleto que más tiende a excitar en su lectura alguna ligera sonrisa que a gobernar el mundo.- Larra.

Sr. X. Y. Z.(1)

Capaz es la tenacidad de usted de hacer un camino carretero de aquí a La Guaira, o de aquí a cualquier parte, ayudado por capitalistas nacionales que es la ayuda mayor de todas las ayudas, cuando ha podido conseguir de mí que escriba palabra sobre periódicos y para periódicos, venciendo así mi natural repugnancia a embadurnar papel para el uso del público en materia nueva y poco conocida. Ignorándose aún qué cosa sea un periódico y comprometido a explicarlo, corro el riesgo de que pocos me entiendan y aun el de que esos pocos, suponiendo que entiendan mis ideas y no las suyas, me critiquen: riesgo que no bastan a hacerme despreciar las ingeniosas reflexiones que usted me ha hecho para infundirme valor.

Poco me importa que en nuestra tierra, sea cosa común y de que nadie se escandaliza ver leyes incomprensibles, hombres que nadie ha entendido ni entiende, ni entenderá y que con todo o tal vez por lo mismo, son hombres de importancia; poco me importa que se pronuncien y publiquen discursos, alocuciones, artículos de periódicos verdaderamente apocalípticos, y todavía me importa menos que la crítica sea entre nosotros moneda tan de recibo como la alabanza, de tal modo inocente, una y otra, que ni prueba malicia la primera ni justicia la segunda, pues nunca ha sido razón bastante para mí que el mayor número haga una cosa para que como un zote la haga yo también. Empero si está de Dios que yo haga un disparate me place que al exigirlo y sólo con exigirlo me haya usted probado su amistad. ¿Cómo le reconociera yo por íntimo amigo, amigo del alma, si una vez más que otra no me hubiera determinado usted a hacer un rematado desatino? Por eso dicen que no hay mal que por bien no venga.

Mejor puede decirse lo que no es un periódico que lo que es en realidad. Si supiéramos cuáles son sus cualidades positivas, este mi trabajo sería inútil y usted sabría a punto fijo lo que ha de hacer para dar la técnica forma, cuando ahora está haciendo usted periódico como el labriego cortesano de Molière hacía prosa ni más ni menos.

Debe usted, pues, de saber, amigo X. Y. Z., que un periódico no es pasta que se sienta bien en el estómago, a juzgar por la indigestión que a alguno y a algunos ha causado la Política, Grados Académicos y otros accesorios de que se compone la repostería de su periódico; sin que valga que usted sude y se afane por demostrar en un prospecto lo saludable de aquellos alimentos; porque ¿de qué sirve que ellos sean así o del otro modo, si usted no puede evitar que a unos indigeste lo que a otros engorda? Y eso que usted ha omitido los avisos de quiebras, sentencias y otras cosas que, sin remedio, producen constantemente indigestión general.

Cosa de ciencia, no es un periódico. A buen seguro que si lo fuera, no estuvieran sus autores (como hoy lo están y lo estarán toda la vida) pobres y oscurecidos y no ricos como Cresos, y más resplandecientes que Piropos, llevados por las gentes en la palma de la mano, empleados por el Gobierno, honrados por el pueblo y pasándose una vida de flores, sin más trabajo que el de ser sabios, ni otra ocupación que la de abrir la boca para pedir lo que a su capricho se les antojara. Bonitos somos nosotros para dejar que un hombre de mérito viva y muera como un cualquiera y que no lo cojamos (aunque sea por fuerza) y lo llevemos, corno si dijéramos, en volandas, hasta el pináculo de la gloria suma y de la suma consideración.

También digo que no es empresa mercantil, si por éstas se entienden las que tienen por objeto hacer bien a nuestros semejantes, con una pequeña y equitativa utilidad. Hase notado que los que se dan a negociar con el respetable público en mercadería tipográfica, quiebran a poco y al fin mueren de asfixia; quizá porque así muere todo el que, como el camaleón, viene a carecer del aura común que necesita para aumentarse, sin que esto quiera decir que los periódicos son camaleones, bien que los haya que el mismo diablo los confundiría. Y obsérvese que el público no es censurable en esto, si se considera que las más de las veces está inocente de que alguno se ocupe de él en bien o en mal, y otras ignora el nombre de los que en sus cosas se ocupan, como si necesitaran de ocultarse al emplearse de un modo tan desinteresado en su servicio. Pues a fe que es culpa de ellos, que si bien comprendieran su interés, deberían de poner sus nombres en las nubes, si hasta las nubes llegaron los periódicos, y gritar hasta que los sordos los oyeran.

Sobre que sea modo de adquirir gloria, voy a permitirme la llaneza de contar a usted un cuento. Fue el caso que hablaban en un corrillo de la perfección a que habían llegado los globos aerostáticos, del valor de los que en ellos, por decirlo así, se embarcaban y de los pasmosos resultados que para el género humano tendría el descubrimiento de un medio a propósito para darles dirección. Señores, dijo uno, he oído decir a ustedes que se navega en globos por los aires, y aunque parezca feo yo lo diga, y por más extraño que parezca, digo que me ha ocurrido un soberbio pensamiento.

-Hombre, di, di pronto ese gran pensamiento -contestó un chulo de la concurrencia, que sin duda debía conocer al pensador-. Pues, señores -volvió a decir éste-, supuesto que esos globos navegan, creo que poniéndoles una buena docena de remos de banda y banda, además del timón, podrán ir adonde les dé la gana. El medio propuesto fue acogido, como muy a propósito, entre grandes aplausos.

Si usted, no contento con esta negativa descripción, quisiera saber lo que positivamente es un periódico, sépase que es un taller de sastre remendón; un soplón que vive de lo que otros hablan; un vientre glotón que digiere o se indigesta de cuanto encuentra; un tántalo siempre sediento y nunca saciado; una mala cerradura que ni abre, ni cierra, ni asegura, o la que chilla cuando nueva y cuando vieja, por untada o enmohecida, se presta suave y silenciosa a la llave; una campaña en desierto; un buen día de enero; es, en fin, para decirlo todo de una vez, el término de comparación popular del mentir descarado, de donde para hablar de alguno de tantos, suele decirse que miente por los codos, que no las piensa, o que parece una gaceta (corno no sea la de gobierno).

Así como un árbol necesita para su vida vegetal tierra, humedad y calor, ni más ni menos es esencial para la vida de un periódico que tenga público que lea y juzgue, público que pague y opinión que le sostenga.

Relativamente el primer público de éstos, nunca nos ha ocurrido la impía idea de que no existía entre nosotros, por más que algunos sostengan que cuando más, puede decirse de él lo que se dice y cree del poder divino; que en todas partes está y en ninguna se le encuentra. Creo, al contrario, que el público existe entre nosotros; que es de carne y hueso, como cualquier animal; que nada tiene de espiritual y que si se le encuentra rara vez es porque no se le sabe buscar con esmero y cuidado; que el público, como todo lo que goza de libre albedrío y tiene expedito el uso de sus miembros, tiene locomoción y voluntad. De otro modo vendríamos a parar en que no se mueve por sí, sino a virtud de impulso ajeno, ni obra sino a virtud de ajena determinación, lo cual es absurdo a todas luces. Nosotros que le conocemos, estamos seguros de encontrarle, no siempre en verdad; pero sí en épocas notables en que, renunciando a sus costumbres sedentarias, sale a tomar el aire por esas calles, con gusto de cuantos le ven. Y para que usted pueda recurrir a él en la necesidad, voy a indicarle las circunstancias en que le será fácil gozar de su vista y trato amable.

Apenas suene el clarín de alarma en la ciudad y el Gobierno se venga abajo, como si fuera de cartón, y todo se destruya y trastorne por un puñado de mal contentos, esté usted seguro de encontrar al respetable público en el puesto más riesgoso, ordenándole y componiéndole todo, con el pulso, cordura y valor que le son propios; colocando el gobierno en su butaca; prestando su bolsa, gratis et amore, para el sostén de las instituciones; rodeando de brazos denodados a los altos magistrados depuestos y deseándoles buena navegación en su paseo a las Antillas. También sale a la calle el día en que un caudillo denodado, acompañado del público de otras partes, ahuyenta de la capital a los enemigos. Entonces el nuestro, ¡admirable espíritu!, echa manos a las armas y perfecciona la obra del libertador del pueblo, acompañando a éste por las pacíficas calles al estruendo de vivas, alegres y lucidísimos cohetes. Con mucha frecuencia y sin trabajo se le encuentra uno, manos a boca, en los ejercicios doctrinales de la milicia que está por organizarse, en donde se adiestra con magnánima docilidad en el uso de las armas que son después el terror de reformistas, garantistas, farfanistas y toda laya de trastornadores. Después de encontrado (en éstos y otros casos peregrinos) ya no hay nada que hacer sino presentarle el periódico y que lea y juzgue, cosas ambas que ningún público existente o por existir hará jamás mejor que el nuestro y de tal modo que es gusto ver que lee y juzga sin necesidad de echar los ojos sobre el papel, por una especie de instinto más seguro que la razón, adquirido en su larga y lucida práctica literaria. Por este lado nada tiene usted que temer: su papel será debidamente juzgado, sólo si, en virtud del instinto de que acabamos de hablar, es inútil imprimirlo, porque el original es suficiente.

Bueno es saber, porque conviene que el público que lee y juzga no es precisamente el respetable personaje del mismo nombre cuyo oficio es pagar el bien que usted le hace, por medio de un periódico. Estos señores, aunque de la misma familia, viven separados y muy desunidos entre sí, por manera que es raro verlos juntos y se tiene como regla buscar al uno en dirección contraria del otro. Cuando el primero se reunió, por ejemplo, en cierta circunstancia crítica para expulsar los reformistas de la capital, el segundo se escurría piano pianito por las alcabalas para formar, sin duda, en los cantones otro sistema de defensa, que a bien que lo que abunda no daña. Y después, cuando el uno completaba la obra del Esclarecido corriendo por las calles, el otro se encerraba a organizar planes y preparar decretos, proclamas, alocuciones y otras armas, que son siempre del caso en tan apurados momentos. Este público, menos grande que su pariente, es más fácil de encontrar. Suele hallársele los miércoles y sábados en las oficinas del Gobierno si acontece que haya correo que despachar o recibir; en la barra del

Congreso si hay que nombrar Presidente o vicepresidente de la República; en los refrescos que se estilan en el duelo de niños y en las comilonas con que nos dolemos de la muerte de un hombre, porque de todos modos puede uno dolerse de las cosas. Esto se entiende si usted quiere hallarlo bueno y sano, pues si usted deseara visitarlo de enfermo, habría de buscarlo en las sociedades de amigos del país, beneficencia, agricultura y otras, porque estas sociedades tienen el diablo en el cuerpo para desequilibrar los humores y enfermarlos. Una vez hallado, ya tiene usted cuanto necesita; puede usted considerar que su periódico empieza a vivir. Al instante nuestro amigo el público que paga se obliga a criar al recién nacido, firmando para ello una especie de contrata llamada suscripción. Cierto es que por este pequeño servicio sucede que nuestro amigo se abroga el derecho de fajar a la criatura a su manera; pero no lo lleve usted a mal y déjelo que diga, que luego la deja en paz; golpea a usted suavemente en el hombro, le anima a consagrarse todo entero a sus deberes paternales y acompañando su despido con algunos consejos amigables se aleja, dejando a usted sumamente satisfecho. Es señor de buen trato, sin más defecto que la falta de memoria. Tan distraído y de tal modo se olvidará que usted tiene un chiquillo, que no será extraño le aconseje a usted algún tiempo después que se case, porque no hay cosa como ésta, le dirá, para tener familia.

En cuanto a la opinión, es otra cosa; maldita la dificultad que hay para encontrarla. Nada abunda tanto en nuestro país como la opinión. Se le halla bajo todas las formas y en todos los trajes y con todos los tonos posibles, en cuantas situaciones puede uno gozar libremente de la facultad de ver y oír. Aquí, pues, el trabajo no consiste en encontrarla, pues se halla en todas partes, sino en reconocerla, puesto que en ninguna parte se halla del mismo modo. Suele disfrazarse (adolece de extraños caprichos), digo que suele disfrazarse todos los años en una reunión en donde a cada individuo le pagan la miseria de seis pesos porque hable o no hable (que es apreciar en bien poco la palabra y el silencio), y entonces anda tan abigarrada y es tan móvil y tan charlatana que se pone cual otra y no lo conociera la madre que la parió. Tiene con frecuencia la humorada de asociarse con los periódicos, siendo ésta la peor de todas las formas que puede tomar, porque apoyadas las gentes en aquello de dime con quién andas, la tienen por persona común y baja y para que la encierren y digan mil iniquidades. No hay que pensar en columbrarla, ni disfrazarla, en ninguna sociedad numerosa, porque desde que vino al mundo en cuna noble, la opinión, a fuer de aristocrática, es de los menos y no de los más, de donde viene que si en alguna puede reconocérsela es en la forma de mercader prestamista o militar elevado en dignidad y su clientela. De aquí viene que yo aconseje a usted se dé un tanto cuanto a la carrera de tráfico y a la de las armas, si quiere gozar una vez más que otra del gusto de disponer a su antojo (que es el buen modo de disponer) de la hermosa e inconstante dama árbitra de nuestros destinos periódicos y extraordinarios.

Por lo que respecta a reglas de redacción, soy de parecer que usted observe las siguientes:

No hablará usted de política, porque es inútil hablar de lo que todos saben. El Gobierno sabe sobre ella cuanto hay que saber y el pueblo cuanto debe ignorar, con que así no hay que turbar por papelillos que a la mar deben de echarse, la dulce inteligencia que entrambos reina.

Creo conveniente no decir cosa alguna sobre la religión. El espíritu del siglo, si alguno tiene, es enteramente ortodoxo. La herejía no nació ayer y la moda de ser hereje pasó desde que dejaron de asarlos parrillas. De tolerancia podría usted hablar si supiéramos a punto fijo si aquí la tenemos, según la Constitución; pero puede usted decir cuanto quiera del concordato que se celebrará con el Papa, luego que concluida la misión fiscal de Inglaterra por nuestro

ministro de Roma, obtengamos que Su Santidad lo reconozca como a tal ministro, que bien merecido se lo tiene después de años de súplicas humildes que se han hecho para conseguirlo. El capítulo de legislación está completo y tanto que el tal capítulo forma ya cuatro volúmenes; eso sí, enteramente venezolanos, que se seguirán aumentando, Dios y las dietas mediante, cada año del Señor. Hay verdadero abarrote de leyes; pero a bien que como todos los días se derogan las tales, podemos decir que los introductores son también consumidores, o, mejor dicho, otros tantos saturnos.

En cuanto a inmigración, aconsejo a usted la prudente reserva con que el legislador y el Ejecutivo tratan este asunto, que a lo que es cuenta, debe ser muy malo o muy bueno, cuando sobre él ni dicen ni hacen nada.

Usted se acordará que a poco de haberse descubierto aquí la única máquina que ha ocurrido jamás al entendimiento de un nuestro conciudadano, se presentaron otros, también conciudadanos nuestros, declarando que sus entendimientos eran parte en la máquina. Así, pues, si en lo que a usted queda de vida (que Dios quiera sea larga), ocurriere, por casualidad, que alguno invente máquina, absténgase de hablar de ella en la duda de si la producción es de esfuerzo singular o plural. En cuanto a máquinas extranjeras, diga usted que todas llegan a La Guaira sin novedad y allí siguen en cabal salud, cual a usted la deseo.

De nuestro ejército puede usted decir cuanto le parezca en bien o en mal, que es como si dijéramos que no habla de nadie, ni con nadie.

Aconsejo a usted reimprima el reglamento de milicias en sus columnas. Hasta hoy sólo tiene el gobernador, jefe político, alcaldes, jueces de paz, jefes y oficiales; pero es preciso que cada ciudadano tenga uno para que aprenda sus obligaciones. He aquí el verdadero obstáculo que se ha opuesto, opone y opondrá a su organización porque de resto, son bien conocidos los esfuerzos que se han hecho y hacen el Ejecutivo general y los Ejecutivos provinciales, para lograrlo, y tan es así, que entre todos ellos han conseguido formar una lista de 66.936 hombres.

A propósito de literatura tengo que decir a usted lo que sucede aquí con los enfermos que se mueren, que son los más. Es el caso que cuando los tales pagan sus deudas a la Naturaleza y a la Medicina, es fórmula que el facultativo diga a los dolientes: no era la cosa para menos: todos los recursos del arte eran inútiles, no había sujeto; fórmula que por ser tan ingeniosa debe haber nacido el mismo día que la ciencia de curar a los hombres. Esto no lo digo por la Medicina, sino por la Medicina y la Literatura.

En cuanto a rentas, instrucción pública, ciencias y artes, opino que a nada conduciría hablar de ellas por separado. La instrucción, las ciencias y las artes no tienen rentas, y las rentas no tienen instrucción, ciencia, ni arte; de donde deduzco que tampoco vendría a cuento hablar de ellas reunidas.

Relativamente a las utilidades y gastos de la empresa (materia que de propósito he dejado para lo último), no parará mi manía de contar cuentos, que no le refiera uno, para acabar esta larga disertación. Digo, pues, que sucedió que un hombre cansado de vivir soltero, resolvió unirse a una mujer en santo matrimonio; y como fuera hombre sesudo y amigo de consejo, quiso recibirlo de un casado viejo. Expuesto que hubo su cuita al encanecido veterano: hombre, le dijo éste no puedo negar que en los primeros meses del matrimonio suelen pasarse

algunos trabajos. Desde luego la compra del ajuar de casa y muebles y vestidos; después visitas que pagar y recibir, todas de enhorabuena por el estado que se ha adoptado; arreglos económicos, etc., etcétera; pero en seguida (créamelo usted como somos cristianos), en seguida..., más valiera para usted no haber nacido.

Ahora si usted no hace un buen periódico no será culpa mía.

Los escritores y el vulgo

Donde quiera que voy, vanme siguiendo;
Agárrense de mí como la yedra
Del árbol que la vive sosteniendo.
Entre los pies me nacen, como medra
Entre cepas la grama; que parece
Que aquí produce un necio cada piedra
Larra.

Señor X. Y. Z.

Dos grandes obstáculos se opondrán siempre a la carrera de los escritores públicos en el difícil y peligroso género de costumbres. Es el primero la propensión de ellos mismos a salpicar sus cuadros, que sólo generales debieran ser, de caracteres particulares; y el segundo, la propensión irresistible del pueblo a encontrar éstos en cada frase del escrito. Y quédese esto dicho y entiéndase, del mismo modo que lo que sigue, como reflexión abstracta que ni a usted ni a ningún otro colaborador de «El Correo» atañe; pues tengo para mí que sus artículos de costumbres son decorosos y generales, no embargante algún necio de que los tropiezan siempre con alusiones a otros necios.

Cuando un hombre nace condenado por el cielo a padecer la sensibilidad del corazón y de la inteligencia, en medio de los tormentos y desengaños del mundo que la irritan, lejos de calmarla, es difícil que no dicte sus escritos con el hondo sarcasmo y la ironía que quisiera hacer sentir, como él siente disgustos, a los que tantos le ofrecen; y acaso sus pasiones, mezclándose insensiblemente a sus tristezas, hacen que cuando debiera representar un vicio, retrate en toda su perfecta y repugnante semejanza al vicio que la ostenta con todos sus pormenores y aún la infernal espiritualidad de la fisonomía.

Pero no. Viva y muera saboreando las amarguras de la sociedad; vea como adornos caprichosos de lunático y velos mortuorios, esas pompas y galas con que la sociedad se burla de los dolores y vive alegre rodeada de muertos y se agita indiferente por el bien y por el mal, por nada y para nada: vea monstruos en lugar de bellezas, en lugar de virtud hipocresía; llore sobre el necio que ama, porque cree ser amado; compadezca al iluso que busca la gloria en la virtud, la recompensa en los servicios, el amor verdadero, la amistad fiel; tal es su destino y debe cumplirlo. Empero si la venganza de la humanidad exige que truene contra el vicio, el honor lo manda respetar al hombre y la virtud protegerlo; que la ruina del mundo sería tan cierta como su maldad, si lo poco que aún respeta destruyéramos. El hombre tiene derecho a que el santuario de su hogar se venere, entre lo más sagrado que venera el mundo; y en su recinto las debilidades y las ridiculeces son propiedades. Desde el atrio de ese templo en que

sólo cuenta con sus propias fuerzas, la sociedad pierde su dominio. Allí vive el hombre consigo mismo, o vive con familia; y bien goce en su seno de la precaria felicidad de la tierra; bien llore haber nacido, entre la destemplanza de la pobreza, la desesperación de un desengaño o el mal de una perfidia, desgraciado o dichoso, se ha reservado llorar o reír solo, lejos de la envidia y la irrisoria compasión de sus semejantes. ¡Desgraciado del que allí vaya a buscarle para atacarle! ¡Desgraciado del que le hace objeto de burla y escarnio, profanando así sus cortas alegrías, o su llanto o su muerte!

Y a ti, ¿qué te diré que al alma llegue, vulgo, que juzgas, acaso con razón, que nadie puede hablar de ti sin zaherirte? ¿A ti que en la humillación de los otros te complaces y tu propia humillación te alegra? ¿A ti que donde quiera ves un retrato porque donde quiera te ves retratado? ¿A ti, vulgo de todas partes y de todos tiempos? De ti digo que, inconsecuente aún de tus momentos lúcidos, te ríes de lo que escandaliza; de ti diré que la novedad te deleita, la verdad te irrita, el deshonor del prójimo te place; de ti diré que buscas alusiones porque ellas son el alimento de tu malicia y crees encontrarlas, porque como necio, te juzgas sabio, travieso y entendido: direte, en fin, que tus juicios, que risa y burla excitan, son como aquí leerás, si leer sabes y quieres.

Un necio me encontró hace días. Y no es extraño, que de poco acá, como ríos salidos de madre, todo lo inundan. Agur, amigo. ¿cómo va?, ¿qué se miente?, ¿qué se miente?, me dijo con pasmosa volubilidad.- Hombre, en cuanto a salud, si eso me pregunta usted, estoy bueno, respondí; en cuanto a lo demás, no sé lo que se miente.- Espero que usted dará pronto un articulejo de costumbres en «El Correo». Me intereso mucho por ese papel y le prestaré mis esfuerzos para mantenerlo en voga. Aunque los redactores no hayan contado conmigo, no dejaré de enviarles una vez más que otra alguna cosa de mi caudal; pero, amigo, volviendo a los artículos de costumbres, es preciso que usted contribuya con alguno y nos ayude. Contra ellos, amigo, contra los tontos; no hay que dejarlos respirar. Eso sí, no se nos venga usted con emplastos, ni pasteles; claro, clarito: que la cosa se conozca; que se le pueda señalar con el dedo. Al diablo con los embozos; y luego ¿para qué? ¿Acaso se dice otra cosa que lo que uno sabe? No, nada: la diferencia está en que se imprime. Con que así, amigo, al grano. Las costumbres todos las tenemos; lo curioso y lo salado son las particularidades, y, además, sólo así puede usted tener el gusto de verse reimpreso en París, Madrid y Londres. Hombres hay que me tienen por un necio y ya usted ve si le he devuelto bien la idea y si conozco bien el género. ¿Qué dice usted? ¿Qué le parece?- Digo que ha dicho usted cosas de imprimirse y me parece que tiene usted un buen talento... para desyerbar la calle -murmuré yo al volver la espalda, sin ceremonia, al rematado mentecato que de propia autoridad acababa de hacerse colaborador de «El Correo».

A poco encontré otro; ¡qué bien decía quien dijo que llueven necios!- ¡Ay, amigo de mi alma!, me dijo desde lejos, venga acá esos brazos. ¡Qué gusto me ha dado usted con ese artículo sobre periódicos...! y aquello de los camaleones, sobre todo -añadió acercándose a la oreja, precedido de un enorme regüeldo. ¡Qué bien pintado está allí ese perro, que tanto me ha ofendido!- ¡Es posible, exclamé yo, estupefacto, de que los camaleones del artículo tuvieran algo que hacer con persona viviente!- ¡Qué bien retratado!, ¡perfectísimamente!, continuó mi hombre sin hacer caso. Cuando yo considero cómo deben tener los ojos y las piernas esos camaleones y sobre todo la barriga grandísima de esos animales, me muero de risa pensando que usted le dio su nombre verdadero a ese picaronazo.- Pero, hombre, dije yo entonces, considere usted...- ¡Qué considerar, ni qué nada! Así mismo deben ser los camaleones: ojos saltones, brotados, gran vientre y las piernas...- Pero, hombre de Dios, si los camaleones

apenas tienen vientre y no piernas, a lo que yo creo.- ¿No tienen piernas? Pues es lo mismo; sin piernas debemos considerar a ese hombre: las piernas no importan nada; pero los ojos, la barriga; debe ser cosa terrible ver a un camaleón. Así, pues, le estoy a usted muy agradecido. Yo estaba buscando un nombre que ponerle y desde ahora le voy a llamar Camaleón. Daría yo lo que no tengo porque usted le llamara en otro artículo Rinoceronte o cosa semejante; y diga usted cuando lo haga (que sí lo hará), que esos animales tienen también una barriga grandísima y unos ojos endemoniados. Con que adiós, amigo. Y luego me gritó desde lejos:- No importa que tenga o no piernas el Rinoceronte; que para el caso es lo mismo.

¡Oh necios terribles, necios respetables! Que uno siente, ve oye, sufre y respira; necios que en todas partes estáis y en todas atormentáis; y de día y de noche, en el trabajo y en el descanso, sois unos mismos; siempre pesados, siempre insufribles; necios, que de todo habláis, que todo lo veis y lo sabéis y os entrometéis en todo y todo lo decidís; decidme: ¿qué sois, cómo y para qué existís? ¿Cómo es que tenéis ojos y no veis, lengua y no habláis, oídos y no oís, y sin embargo, oís, veis y habláis más que todos los muertos juntos y los vivos? ¡Oh, necios!, que siempre estáis de más y os juzgáis de corrillo; abultadores de noticias; necios que sois la peste de la vida, yo os respeto, os admiro y... detesto. ¡Permita Dios que feas os amen, que no encontréis cristiano racional que os oiga, ni libro que entender al revés, ni noticia que dar, ni sastre que os corte bien una casaca!

Las cabañuelas

Joven, independiente y soltero (todo el tiempo que al cielo le plazca), atropello a veces por ciertos convencionales miramientos de la sociedad; llórolo después como la arrepentida Magdalena, y torno de nuevo a ser dominado por mi temperamento de fuego. Pero yo no me conformé; ni culpa es ésta fuera de absolución, que puede dármela un ministro cualquiera del Dios de la misericordia, de ancha o estrecha manga; y así me consta por mis antiguas confesiones. Vaya ésta por incidencia.

El reloj de la catedral había sonado las doce en una hermosa noche del pasado diciembre: todo convidaba al amor y al desvelo; el firmamento semejaba un inmenso y rotundo palio de purísimo azul; era transparente y balsámica la atmósfera; la luna brillaba llena de gloria y majestad, y dibujaban sus rayos graciosamente el ramaje de un bosquecillo de tártagos situado en medio de un espacioso corral; un hombre se distinguía en la espesura, y sus movimientos denotaban ansiedad o impaciencia: este hombre era yo.

Virgen modesta, cuyos bellos ojos recorran estas frívolas líneas, no al llegar aquí te sobresaltes; no abatas los párpados con instintivo recelo; prosigue sin temor la comenzada lectura, que jamás mi pluma ofenderá al pudor.

Y tú, lector desocupado, ¿te quedarás sin tu apóstrofe? ¿Gustas de la cacería de venados? ¿Has estado en un puesto listo el oído, atenta la vista, el cuello prolongado, y al más leve movimiento el corazón dando vuelcos? Pues si has estado tendrás una ligera idea de aquella mi emboscada situación. Probé a cambiarla al fin, en busca de mejor suerte, y esto me hizo ver lo que al principio me sorprendió; recobré después la llamada filosofía, y luego hasta el espíritu de cálculo; pues conjeturé con maravillosa rapidez un enristre para mí nada agradable, y los medios de evitarlo por una prudente y oportuna retirada. Vi que la pared divisoria de una casa contigua estaba caída; vi en su despejado corral una figura; pero, Dios mío, ¿qué figura?

Contra el miedo. la mejor receta es estarse quieto y cerrar los ojos: hícelo así por algunos minutos; volví luego a despegarlos; me envalentono y avanzo, aunque no con planta de héroe. La figura no se movía sino en reducido espacio: era seca, prolongadísima, vestía de blanco, y por sobretodo un descomunal chaleco; en la cabeza, y bien metido, un gorro negro; y en una mano, cierto trasto como jeringa. A veces apuntaba hacia arriba la jeringa, aplicando el ojo a un extremo; a veces daba medio encorbado unas volteretas, y husmeaba como podenco que olfatea la presa; ora azotaba el aire con ademán de nigromántico, y sirviéndose de su descarnado brazo como de mágica varita; ora quedábase de repente inmoble, y en perfecta posición vertical. Yo hubiera jurado que era una estatua, que era una copia en yeso de la obra maestra del inmortal Benengeli. Me le acerqué más, estando en esta inofensiva postura; creo reconocerle..., no tengo duda: sit, sit; nada: sit, sit... ¡Don Hilario! ¡Don Hilario! El nuevo prodigio de Pigmalión se conmueve, mira a todos lados; yo me le arrimo, y me embejuca entre sus brazos.

«¿Qué haces aquí, hombre», me dice. «Eso es largo de contar», repúsele. «¿Y dígame qué hace usted? ¿Qué asunto es ése que tiene usted en las manos.» «Mi telescopio -replicó, no sin ternura de acento-. Es el mismo con que mi tío don Bruno hacía allá en el Tuy sus observaciones; el que le adquirió tanta y tan bien merecida fama: es un instrumento peregrino: de él se ayudaba mi sabio pariente para coger las cabañuelas; yo lo herede y las estoy cogiendo».

«¡Cabañuelas!», me dije, y ya en la más honda distracción. Cabañuelas... Yo oigo hablar de ellas a todos los hombres de edad y experiencia, a todos los agricultores; esto debe ser positivo y muy útil a los intereses de la Patria. Don Hilario las coge. ¡Qué grande y patriótico debe ser don Hilario! Y. efectivamente, creía estar viendo en mi amigucho el gorro de la libertad sobre una pica de cuatro varas.

Tal vez el público va a encalabrinarse en que yo escribo para hacer reír o que soy visionario; y en ambos casos está equivocado de medio a medio. No gusto de chuladas, y si veo visiones es como los demás, porque las hay. Haréle saber, sin embargo, que lo maravilloso tiene sobre mí un poder irresistible; que nada descreo porque otro lo dude o ridiculice; que los duendes, brujas y demás entes de esa calaña pueden existir en mi opinión, y aun en la de respetables escritores de la moderna escuela literaria. Con semejante modo de pensar, fácil es suponer que las palabras de don Hilario hicieron en mí profunda impresión. Roguéle desvivido de curiosidad que continuase la tarea, si no era obstáculo la presencia de un profano; y esto fue echarle aceite al fuego, hablar de campañas a un viejo militar retirado, o del objeto de su cariño a un novel amador.

«Amigo -me dijo-, la agricultura es el arte primera y la más importante al hombre; es respecto a las demás lo que la base al resto de un edificio; y respecto a la agricultura, es la ciencia del cabañuelista lo que la cabeza discursiva al brazo ejecutor, lo que el alma al cuerpo. Luego la ciencia profunda, misteriosa, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, y a la que yo he dedicado mis vigilias, mis estudios, mi vida, es la ciencia que sin disputa debe figurar al frente de los conocimientos humanos. Modernamente se hace el augurio en los primeros doce días del mes del enero; los antiguos lo hacían en la primera mitad de diciembre. Yo rigo a éstos y el formulario de los moros de Toledo: práctica que me da resultados infalibles, bien coja para atrás o para adelante las cabañuelas; esto último pide una explicación especial, que daré a usted quizás algún día. Pero no relucirá un relámpago, reventará un trueno, ni caerá una gota de agua que me sea imposible predecir. Ni a esto sólo se limitó la ciencia en sus épocas

de esplendor, cuando el gran Sanchoniaton (a quien el vulgo de los doctos conoce únicamente bajo el menguado título de historiador), rasgando el velo de lo futuro revelaba a los débiles mortales los más recónditos arcanos; ni a ello sólo está reducida la capacidad de este humilde adepto, que puedo señalar los acontecimientos por venir de la vida común y de la política...».

Aquí subió de punto mi admiración por don Hilario; aquí sí perdí todo tino, toda templanza, y me arrojé a sus pies rogándole me predijese en secreto los públicos sucesos de Venezuela en el año 39. «Levanta -exclamó-, nada puede negarte mi amistad»; y volvió a quedarse en suspenso como la pasada vez. Pero en ésta concluyó gesticulando y profiriendo con hueca entonación algunas palabras estrambóticas: temí fuera un conjuro, y que apareciese el familiar espíritu; al fin, con aire profético y mostrando con el índice un lucerito del cielo, se expresó de esta manera, o al menos parecióme oírlo:

«¿Ves la estrella de Venus? ¿Ay del mortal a cuyo nacer preside! (y me agarró del brazo). Este fatal planeta ejercerá en el año un influjo maléfico sobre la política; pero a su modo, lento, silencioso, tenaz: una vena rota para dar la muerte; antes produce gradual debilidad, desconcierto de las facultades. Provecho sacará el atento observador de las conjunciones de este planeta; ruina, lastimosa ruina de reputación tocará a otros».

El inspirado hace una pausa, baja la vista, prosigue:

«Robusta mano dirigirá las riendas del Estado. Vigor y aún destreza no le falta... El hombre de la opinión monta un carro aderezado como para el triunfo: llano, preparado es el espacio que va a recorrer. ¿Ves que lo para? Di, malicia. ¿Ves que se vuelca? Di, dañada intención».

En esto disparan unos aguinaldos, allí mismo en la calle, pared por medio, cantados por cincuenta voces, y al son de infinitas zambombas, maracas y panderos que con su infernal zambra impidieron de todo punto proseguir al malaventurado augur. Busquélo con la vista, y se había largado, sin duda poco satisfecho de su dominio sobre la creación. Entonces caí de mi asno; di a todos los diablos la ciencia de los moros de Toledo; pensé en la cita, pero ya todo era tarde. ¡Qué de males! Tal vez mi ninfa vendría a jurarme su casto amor, su constancia, y no me halló; y si me halló, echaría a correr viendo el pelaje del cabañuelista. Tal vez este mal digerido y trasnochado artículo prive de un amigo a

Mosaico
(Correo de Caracas, 23 de enero de 1839. Número 3. Caracas.)

Las tertulias

Tengo un amigo de los pocos que pueden tenerse: siempre igual, siempre risueño; rara vez me visita, y cuando la hace sabe distinguir desde el saludo el humor en que me hallo; si con murria, dice un par de nonadas, talarea, me da una palmadita en la espalda y se escurre; si de fiesta, charla, rebosa en joviales chistes, y consigue lo que nadie: que yo parezca amable. ¡Feliz, Manuel! Tú eres un digno huésped de esta incómoda y vasta posada del mundo; si te sirven, bueno, y bueno si no te sirven. Para ti dijo Pope todo está bien, aunque para los demás dijo un rematado dislate. Tu pasta es admirable, Guiteras haría con ella, y por la primera vez deliciosas confituras. Si yo deseara la sempiterna posesión de una cosa, sería tu amistad...

Manuel..., eres ideal. ¿No te pareces tú a esos demás cilicios que en la romería de la vida se llaman amigos?... ¿Qué sé yo? Encontróme de rosita el domingo, y empezó mañosamente a suavizar mi genial aspereza con la precaución que se manosea un loro arisco por temor a las picadas. «Mosaico -me dijo-, ¿por qué no frecuentas la sociedad? Ella es el único remedio al fastidio; tus pretendidos compañeros, los libros, no la suplen, que sólo ensimisman y aíslan al hombre, y le predisponen a las dolencias estregándole el estómago, e irritándole la bilis. Con el roce, serías otro». «¡Otro! Más aburrido, más escarmentado». «Bah, bah, bah, bah. Mira que esas son exageraciones de una chaveta recalentada; mira que ciertas lecturas te perjudican; tú no puedes pensar así».Ya. ¿Te refieres a Larra? Pues en muchas producciones de aquel malogrado escritor, noto lo que gusto llamar plagio de mis ideas, o sea una coincidencia sorprendente con mi modo de ver. Yo no pretendo ser su payaso, ni menos imitar la última de sus extravagancias; pero la sociedad que él pinta es muy aproximadamente la sociedad que conozco y la sociedad que no apetezco». «Déjate de eso. Para mí sería de mucha satisfacción que mudases de parecer en el particular. ¿Quieres complacerme? Esta noche tertuliamos en casa de la Gutiérrez. ¿No me acompañarás? La reunión será escogida, del mejor tono, como que allí no puede haberla de otra especie». «Válgame Dios -dije yo entre mí-, todo es bueno, todo es óptimo para este bendito; y recio: te acompañaré...». Y fuimos a comer, no sin meditar yo, según mi costumbre, sobre el móvil de mi resolución, que hallé sin mucho esfuerzo en el interés de no desagradar a un amigo tan precioso, tan único como Manuel.

Llegó la hora, interrumpí una conversación harto animada para mí sobre el placer de no hacer nada, tomé el sombrero y partimos. Era una noche calurosa.

Entrando reparé al extremo del primer corredor en que estaban colocadas, no sin estudio, algunas bandejas con huecas o voladas botellas como de vino, limoncillos agrios y alcarrazas que contendrían agua. «Este buen tono -me dije- es colonial, es adquirido en la emigración. lo refrigerante y económico lo prueban». Pasemos a la sala.

Era ya numerosa la concurrencia, y estaba constituida en su mayor parte de jóvenes de ambos sexos. Nuestros saludos generales llamaron en cierto modo la atención, algunos se rebulleron en sus asientos, pero nadie se levantó a recibirnos; y tomamos cuanto antes y al acaso las primeras sillas vacías que a la vista se presentaban por no figurar el solo de un rigodón. Rellenéme en la mía, y ya más tranquilo y sosegado eché una mirada escrutadora sobre la concurrencia.

A todos conocía, a todos podía calificar; por todas partes una Venus, un Adonis, cuyas cabezas llevaban rizos, cintas o flores en vez de ideas. ¿Es ésta la tertulia...? Iba a filosofar cuando se sentaron al piano dos señoritas. Empezaron; y la celestial armonía de la música embargó como siempre mis potencias. ¡Infeliz de aquel que oyéndola puede emplearlas! Tocaron y cantaron a duo y separadamente. La ejecución fue apenas sufrible; pero la voz cualquiera de una bella joven tiene cierta electricidad que nos conmueve deliciosamente, que nos penetrará siempre a fuer de espada, aunque estuviésemos armados de la égida de Minerva. Todas las composiciones eran recientes, todas de una serie que hoy se publica. El aire no pareció mal; y la letra revelaba que Apolo había dado al autor su lira, mas no el numen del canto. Cesaron; y algunas señoras de aquella edad que jubila, que da autoridad a precio de gracias, que exenta del cumplimiento de más de un enfadoso deber, excitaron a las demás jóvenes a mostrar sus habilidades filarmónicas. Esforzada fue la insinuación, blando el ruego y todo inútil, porque la una (según ella) tenía un resfriado terrible; en la otra asomaba un

espantoso dolor de cabeza, y no faltaron quienes tuviesen abatimiento de espíritu, y melancólica afección: cualquiera hubiera dicho que las que sabían hacerlo ya lo habían hecho, y no sin ensayos. Al oír sus remilgadas excusas, y después y por sobrado tiempo al verlas secretear en ofensa tal vez inocente del decoro, ganas daban preguntarles quiénes y por qué causa las habían impulsado a concurrir en tan lastimoso estado de salud. ¿Sería la mamá por precaución higiénica? De esta duda pudiera haberme sacado la joven Narcisa, que estaba sentada a mi derecha; pero al volverme con ánimo de hacer la consulta, noté que me había estado viendo atentamente, que lo hacía entonces de hito en hito y diciendo a su compañera: «¡Qué abandono! ¡Qué lástima! Ni usa trabillas, ni tiene carreras en el peinado». Yo me sonreí quizás maquinalmente, y dirigí a palabra a su abuela, que me quedaba al lado opuesto.

Esta era nada menos que la patrona, dama nada fácil de ocultarse: de grueso bulto, fresca de cara, fresca de ideas, fresca de charla y sabrosa; pelota elástica que da bote en los pesares y rechaza a veinte varas; hija de la alegría que todo lo ve de color de rosa; vive, según ella, idolatrada de los suyos, muy estimada de los extraños, y en la abundancia del Paraíso. «Mi señora -le dije, y Dios me perdone la intención-, selecto es el concurso de damas; y parece que esto no es común a las demás tertulias de la ciudad». «Así lo creo -me repuso-; pero como mis yernos y yo estamos tan bien relacionados, bástanos para celebrar con lucimiento un cumpleaños en la familia, o para reunir estas tertulias de que rabiarán las que no pueden lograrlas, pasar la voz entre nuestros numerosos amigos. He sido, señor, muy afortunada en la colocación de mis hijas; todas han obtenido los mejores partidos, y ciertamente que lo merecen: bien parecidas, amables y formales hacen la felicidad de sus maridos y son idolatradas por ellos. A todos los dominan (porque la buena esposa debe dominar a su marido; sí, señor, debe dominarlo), y todas tienen por mí la mayor deferencia; yo me veo, pues, convertida en el ídolo, en la reguladora de la familia. Nada apetezco, todo me sobra...

Acordándome estaba de un hecho muy reciente que lo prueba. Vino a verme mi hija Juanita, y curioseando allá adentro abrió el escaparate y empezó a examinar mis trajes y joyas; tanto tiempo gastó que el yerno y yo, que estábamos en esta sala hablando como siempre sobre nuestra felicidad, nos habíamos olvidado de la tal Juanita; pero quiso el acaso que ella contase los túnicos o camisetas, y no hallando más que 23, porque confieso me había descuido algo con esta parte del vestido, corre despavorida hacia nosotros gritando al marido: Anacleto, Anacleto, ¡qué vergüenza, mamá sin túnicos! Debo decir que al principio sus palabras me causaron gran sorpresa, y aún mayor a mi yerno, que me veía estupefacto de arriba abajo; pero la niña se explicó, y nos reímos por mucho tiempo y con muchas ganas, y tan recio que los vecinos vinieron a aguaitar por las ventanas; pues ha de saber usted que cuanto hacemos nosotros llama la atención, da la norma o cae en gracia. A breve rato después se ausentó el yerno, y volvió inmediatamente con dos piezas de guarandol. En el siguiente día los maridos de Carmela y de Rufina, las otras dos hijas mías, se aparecieron cada uno con tres piezas de la misma tela; y aquí me tiene usted con ocho piezas».

....

Larga la llevara esta mujer dichosa si uno de sus trescientos yernos no se hubiese acercado a pagarle sus respetos, interposición que yo aproveché deslizándome boniticamente y sin ver atrás. Incorporéme a varios grupos, imitando sin quererlo a seis u ocho mozuelos que con la agilidad de una tara brincaban por todas partes, y daban a la concurrencia la semejanza de títeres. Aquí se hablaba de modas, del peinado y cuerpo de Fulanita, y también de su conducta; allí, del vómito prieto, describiendo entre risas y chistosos comentarios el doloroso fin de una hermosa joven que esa terrible enfermedad arrebató a la ternura de sus parientes; más allá, y entre dos marisabidillas, la política hacía el gasto: Méjico iba a ser presa de los

franceses, las débiles naciones de América eran el juguete de las fuertes y poderosas de Europa. el Gobierno de Venezuela ha sabido conservar la paz exterior, etc., etc., y todo según El Liberal. Pero como ver y oír no se excluyen, al mismo tiempo que regalaba mis orejas reparaba en Manuel, que con su cara de bienaventurado sostenía hacia un rincón la animadísima conversación de una soltera señorita de treinta y cinco corridos. Picóme la curiosidad de oírlos, y al disimulo me fui aproximando, y entré en parleta a cierta distancia con uno de esos hombres que todo se lo dicen, que todo se lo celebran, y nos dejan a nuestras anchas: hombres preciosos en algunos casos, como el presente, y en los demás dignos de una cartuja.

La solterona estaba haciendo su agosto: echaba pestes contra las tontuelas que, confiadas en sus quince abriles, pretenden disfrutar exclusivamente de todos los obsequios, que se sofocan cuando aspiran el incienso que algún hombre juicioso quema en las aras de otra divinidad; echaba rayos contra la maldad de los que con sus venenosas lisonjas vuelcan el juicio de aquellas simplecillas, y las ponen en disposición de tragar hasta ruedas de molinos; echaba fuego contra el matrimonio, la tiranía del marido..., y al mismo tiempo asestaba contra mi cuitado amigo la mortífera batería de sus dos negros, rasgados y chispeantes ojos. Ignoro aún si la fortaleza resistió el bombardeo. Yo dejé de oírlos, ya embebecido en profundas meditaciones. «Doncellas viejas -dije entre mí, y no antes que otro- ¡qué interesantes sois! ¡Qué fatal suerte os persigue en este mal sistemado mundo! Con toda la conciencia del amor y de su necesidad, con una tormentosa exuberancia de vida, os veis condenadas como el hidrófobo a rechinar con la vista del agua apetecida, como flor en sequero a sufrir perpetuamente la influencia abrasadora del sol, a sentir la eterna ausencia del rocío del cielo, y lánguidas y mustias... ¡Doncellas viejas, os amo de todas veras! Una condición, una sola condición: ¿queréis casaros todas conmigo?». Pero el rumor y movimiento de varias familias que se despedían deshizo el ensueño de mi ardiente caridad, y me despedí también dando al cuadro una mirada de aficionado. El ojo de la soltera relumbraba aún en el rincón; la espiritual Narcisa, emblema de la flor de nicua, no había cambiado de postura, la cara presentada, entreabiertos los labios como que seguía diciendo aquí estoy yo; su verde abuela dejaba oír su voz sobre la voz de los demás a guisa de gife de parada, y mi oreja fue recogiendo hasta el portón las palabras festín, música, baile, guarandol, que continuaron zumbándome mientras descendía paso a paso por la calle de Leyes Patrias. Poco después, y medio dormido, estampaba estas notas, que comentará el leyente según su genio y humor. Al despertarme esta mañana las reclamó el editor del Correo, y ya no puede reverlas el disgustoso.

Mosaico
(Correo de Caracas, 16 de enero de 1839. Número 2. Caracas.)

Plagio

Es un crimen literario de que acusan aún a los escritores más célebres, los pedantes, los envidiosos y los necios. Dan el nombre de plagio al robo de un pensamiento, y claman contra este delito como si ellos fuesen los robados; o como si fuese esencial al orden y al reposo público la inviolabilidad de las propiedades del espíritu.

Es cierto que hacen distinción entre el que roba un pensamiento a un autor antiguo y el que roba a un moderno, a un extranjero o a un compatriota, a un muerto o a un vivo. Robar a un antiguo o a un extranjero es enriquecerse con los despojos de un enemigo y usar del derecho

de conquista; y con tal que se declare, o que éste manifieste el botín que se ha hecho, se le deja pasar; pero cuando se roba a un escritor francés, no se perdona ni aún a los muertos, cuanto menos a los vivos.
Hay alguna justicia para hacer estas distinciones; pero también debería distinguirse entre los robos literarios: los que tienen un valor intrínseco, que depende de la materia, y aquellos cuyo mérito consiste en el modo de usarla.

El robo de un descubrimiento importante es un crimen, porque dicho descubrimiento es un valor precioso, que no depende de la forma en que se presenta, y que da fama y a veces utilidad pecuniaria. Tal es, por ejemplo, el mérito de haber aplicado la Geometría a la Astronomía y el Algebra a la Geometría. Sin embargo, en esta parte el que se vale de conjeturas para seguir la verdad puede tener la gloria de la invención, y dijo muy bien Fontenelle que la verdad no pertenece al que la encuentra, sino al que la da nombre.

Con mucha más razón en las obras puramente intelectuales, si el que tiene un pensamiento nuevo y feliz no ha sabido manifestarlo, o lo ha sepultado en una obra oscura y despreciable, es un bien perdido, es una perla en el cieno, que necesita un lapidario; el que sabe sacarla y hacer uso de ella no hace daño a nadie; el inventor inexperto no era digno de encontrarla, y así pertenece, como se ha dicho, al que mejor sabe emplearla. Yo cojo mis bienes donde los encuentro, decía Molière, y él llamaba sus bienes todo lo que pertenece a una buena comedia. En efecto, ¿quién irá a buscar en orígenes tan oscuros las ideas, de que se acusa a Molière, por haberlas robado como se dice acá y allá?

El que presenta bajo su verdadero aspecto, sea por la expresión, sea por la oportunidad, un pensamiento ajeno que se hubiera perdido, lo hace propio dándole un nuevo ser, pues el olvido se asemeja a la nada.

Sin embargo, cuando un hombre célebre publica una idea sacada de una obra desconocida u olvidada, se grita venganza, como si realmente en los frutos del talento fuera más reprensible robarle a un pobre que a un rico. Los genios son como los turbillones, que los grandes destruyen a los pequeños, y acaso ésta es la única aplicación legítima de la ley del más fuerte, porque la utilidad pública es la que decide de la justicia o injusticia en estos casos, y la utilidad pública exige que los buenos libros se enriquezcan con todo lo bueno que hay sumergido en los malos. Un hombre de gusto, que en sus lecturas recoge por decirlo así el talento perdido, se parece a aquellos vellocinos que se paseaban sobre la arena levantando pajas de oro. No podemos leerlo todo, y así es un gran bien el recoger en los libros buenos todo lo que merece ser leído.

Según el derecho público, la propiedad de un terreno tiene por condición la cultura, y si el poseedor le deja inculto, la sociedad tiene derecho para obligarle a que lo ceda o lo haga valer. Lo mismo es en la literatura el que se ha apoderado de una idea feliz y fecunda y que no la hace valer, la deja como un bien común pará el primer ocupante que sepa mejor presentar sus riquezas.

Durier había dicho antes que Voltaire que los secretos de los destinos no estaban encerrados en las entrañas de las víctimas. Theophilo, en su Pirame, para expresar los celos, había empleado los mismos giros y las mismas imágenes que el gran Corneille en su Psiche. ¿Mas acaso consiste el merito en lo vago de estas ideas? ¿No son más bien objeto del gusto que del genio? Si los poetas que los han empleado posteriormente las han envilecido por la bajez?, la

grosería y la hinchazón del lenguaje; o si por una mezcla impura han destruido todo su encanto, ¿será prohibido para siempre el volverlas a su pureza y belleza natural? ¿Podremos acusar de buena fe al genio porque convierta el cobre en oro?
Este derecho de refundir las ideas ajenas cuando están informes, Et male tornatos incudi reddere versus, no sólo es útil, sino justo. El campo de la invención tiene sus límites, y en tanto tiempo como hace que se escribe, todas las ideas primarias están ya cogidas y bien o mal expresadas. Cuando la cosecha se ha hecho por los hombres de genio y buen gusto, nos consolamos con rebuscar siguiendo sus pasos y gozando de sus riquezas; pero es insoportable el ver que en campos fértiles muchos que no merecían haber pasado por ellos no han hecho más que marchitar y hollar lo que no han sabido recoger. ¡Cuántos objetos excelentes, pero destrozados! ¡Cuántos cuadros interesantes, pero débiles o groseramente pintados! ¡Cuántas ideas, cuántos sentimientos que la Naturaleza presenta por sí misma antes de toda reflexión han sido desfigurados por los primeros que intentaron expresarlo! ¿Será necesario no expresar lo que se piensa porque otros lo han pensado?

Que ne venait ella aprés moi
Et je l'aurais dit avant elle,

dijo chistosamente un poeta hablando de la antigüedad.

La expresión de Metromane

Ils nous ont dérobé, derobons nos neveux,

está llena de fuego y entusiasmo; pero seriamente, la condición de los modernos sería muy desgraciada si les estuviese prohibido todo cuanto han tocado sus predecesores.

¿Mas los vivos? Los vivos deben sufrir la pena de su torpeza e incapacidad, puesto que no han sabido sacar ventajas del feliz descubrimiento de un objeto o de un pensamiento interesante. Ellos son los que lo han robado a los que debieron tenerlo, puesto que saben usarlo, y estoy seguro de que el público, que sólo trata de gozar, piensa como yo. ¿Por qué, pues, son más escrupulosos los pedantes, los talentos medianos y los críticos malignos? He aquí la razón. Los pedantes tienen la vanidad de ostentar erudición, descubriendo un robo literario; los talentos medianos, echando en cara este defecto, tienen el placer de sumillar a los grandes hombres, y los críticos de que hemos hablado siguen el desgraciado instinto que les ha dado la Naturaleza, que es el de derramar su veneno.

Otros menos mal intencionados, pero avaros de sus elogios y de su crédito, quisieran saber por lo menos lo que se debe al escritor; y ya que no tienen la gloria de la invención, quisieran que lo advirtieran. Permiten que se les tome prestado, pero no que se les robe, y perdonan el plagio siempre que no sea furtivo. Esto parece muy justo. Pero muchas veces el autor no sabe dónde ha visto lo que imita, el espíritu no evita sino lo que recuerda, y nada es más natural que confundir de buena fe su memoria con su imaginación, nada más difícil que clasificar lo que hemos recibido de los libros o de los hombres, de la Naturaleza o de nosotros mismos. ¿Cómo podrá decirnos el autor del Britanicus y de Athalia lo que debe a la lectura de Tácito o a la de los libros santos? No se pide un imposible, lo entiendo; pero ¿hasta dónde se extiende esta licencia o dónde comienza la obligación de confesar estos préstamos? Acúsense o jáctanse los que toman prestado, como Terencio, La Fontaine y Boileau; mas el que imita, por

decirlo así, más de lejos, como Racine, Corneille o Molière; el que sólo toma la materia y la da una nueva forma; el que sólo toma algunas circunstancias y las embellece o las coloca mejor, ¿deberá declararse copista cuando no cree serlo? Confieso que hay más modestia en ceder de lo propio que en retener lo ajeno. ¿Pero es tan esencial a un poeta el ser modesto? ¿No tienen sus jueces la misma vanidad que ellos? Para convencernos supongamos que el amor propio del poeta y el de su juez no han tenido nunca motivo por qué chocar, que las personas distan quinientas leguas o, lo que es más seguro, que el poeta haya muerto; entonces, con tal que sus ficciones y sus pinturas nos interesen, que sus sentimientos nos muevan, que sus ideas nos ilustren, nos importa poco saber lo que le pertenece a lo que tomó de otros. No es, pues, otra causa sino su vecindad la que nos impide tributarle los elogios que merece. Cuando Cornielle, publicando el Cid, asombró a su siglo y consternó a sus rivales, ¿qué importancia no se dio a algunos pequeños robos que hizo al poeta español? Mas en el día, ¿quién hace caso de esto? El público cándidamente sensible y amante de las cosas bellas sólo pide éstas; se apasiona de la obra y no del autor, ya le pertenezca todo, ya haya tomado algo de otro, ora sea antigua la obra, ora moderna, ora viva o no el autor; todo es bueno con tal que le agrade. El verdadero plagio, el único que el público desaprueba, es el que no le produce utilidad ni le causa un nuevo placer. Por esto mofa al escritor oscuro, que va como un ratero a robar a un autor célebre para destrozar una tela rica y zurcirla con sus andrajos.

Plutarco compara al que se limita a lo que otros han pensado a un hombre que yendo a buscar fuego a casa de su vecino, y encontrando que le tiene muy bueno, se queda allí calentándose sin tomarse el trabajo de llevarle a su casa para encender e suyo. Mas ¿quién echará en cara el haberle tomado una ascua pequeña al que de ella ha formado un brasero?

(Correo de Caracas, 6 de octubre de 1840. Núm. 92. Caracas.)

Las indirectas

«A todos y a ninguno
Mis advertencias tocan:
El que haga aplicaciones.
Con su pan se lo coma».

Artículo es éste que no tendrá pie ni cabeza; pero tendrá verdades, que es mejor, y dichas con rebozo, que es mejor aún. Pensando hemos estado mucho tiempo cómo podríamos, sin escribir mucho, sin método y sin plan, hacer un artículo indefinido, interminable y general, que a un tiempo de modas, de costumbres, de religión, de moral y de literatura tratase, y de política y administración. A fuerza de pensar en ello hemos venido a concluir que el mejor modo de hablar de todo y de todos, y de un modo inteligible, era hablar de un modo indirecto, que no hay cosas como las indirectas y amañadas para ir directamente a ser objeto; y por esto, por ser torpes y soeces las claridades, y porque

Necesidad, favor, celo, codicia,
forman tumulto, confusión y prisa
tal, que dirás que el orbe se desquicia

vamos a tomar del mundo y con modo los materiales de nuestras observaciones, sin seguir otro orden al escribirlas que el mismo que hemos tenido al formarlas.

Primera. Se advierte a los señores periodistas que sus muchos o pocos suscriptores no les pagan para que se injurien por la Prensa del modo indigno con que lo hacen. La imprenta debe ser en sus manos un vehículo de ilustración, no un instrumento de afrenta, y ellos deben ser escritores, no verdugos. A veces, la mancha con que ensucian el carácter de un hombre y sus costumbres, por medio de sus sandios papeles, equivale a la marca de un galeote; y a veces también una palabra, una reticencia, llegó al corazón como un puñal y aniquiló una vida. El ingenio no se luce en el camino fácil y trillado de la injuria, ni la ciencia se prueba con la detractación, ni un insulto es un chiste: gala y gloria del saber es una verdad útil, un principio luminoso y fecundo, un juego inocente y festivo de la inteligencia, una producción cualquiera, en que al par de la gracia, la elegancia y la propiedad de estilo campea la riqueza del espíritu y la bondad del corazón. Si no sabéis hacer esto, no hagáis nada, señores, que mejor os estará parecer ignorantes que desmañados y perversos.

Segunda. Dinos, Andrés, por tu vida, ¿cómo podremos distinguir tus amigos de tus enemigos? Tu lengua de dos filos, cual espada toledana, hiere, hiende, corta, punza, rompe y raja a los unos, y a los otros golpea y machaca cual si fuese la viperina una hacha de armas... ¡Ah! Perdona, Andrés, que ya lo entiendo... La diferencia consiste en que magulla y aporreas a tus amigos a tiempo que sacas sangre a tus enemigos. Dicen las gentes, sin embargo. que es mejor lo segundo que lo primero, y que por eso vale menos ser tu amigo que tu enemigo.

Tercera. Almibarado y empalagoso Miguelito, pláceme dirigirte la palabra en buena paz y armonía. Pregúntote: ¿no será muy conveniente que cuando vas a visitar a tu adorada lo hicieses a pie, o ya que te gustase cabalgar entrases a la casa tu persona y tu caballería? ¡Cuánto mejor es esto que plantarte como un poste en la ventana, y ora estirando sobre los estribos, ora elegantemente regado en la silla, decir ternezas a tu querida a buena cuenta de la paciencia de su familia y a riesgo de que los cascos de tu caballo santigüen a los transeúntes! Mira, Miguelito: el galanteo por las ventanas es ya de suyo embarazoso; no aumentes, pues, la dificultad de tu posición exhibiendo a caballo tu amartelada efigie, que si bien lo consideras, sustrayendo de ti el cuadrúpedo, te evitarás comparaciones odiosas.

Cuarta. Adelina va de propósito muy tarde al teatro, precisamente cuando los actores se hallan en las tablas. Llega, arrastra con estrépito las sillas y después que ha llamado la atención de los espectadores y hécholes perder cuando menos una escena, se sienta dando al patio la espalda. Tus numerosos apasionados se quejan, Adelina, de la inconsecuencia de tu conducta. ¿Por qué, se preguntan, viene a deshora al teatro si no quiere que contemplen su hermosura? Y si como es fama lo desea, ¿por qué se oculta a nuestras miradas después de haberlas excitado? Hombre hay que en su despecho Esfinge te llama, y no faltan atrevidos que te apelliden la remilgada archicoqueta. Escucha un consejo, Adelina, un consejo de amigo. Tu cuerpo es elegante, esbelto, de formas admirables; tu brevísima cintura es deliciosa. y tus espaldas desnudas las más tentadoras que conozco; pero tu rostro, niña hermosa, es más bello aún que todas esas cosas. Llega, pues, al teatro a hora o deshora, no importa; haz o no a tu gusto un ruido infernal al tomar posesión del palco, muy bien; coge ahora la silla y en ella blandamente colócate, corriente... Empero ya sentada, vuelve hacia el público el hechicero gesto. Yo te faculto, si lo que te aconsejo practicas, para que hagas del ojo a tu chichisbeo a ciencia y paciencia del concurso. No puedo negártelo, Adelina; tus juegos me divierten, y a ocasiones, cuando es mala la comedia, veo con gusto la que tú nos representas.

Quinta. Amigo Frasquito, no te devanes los sesos y los pongas más huecos buscando anécdotas, cuentos, logogrifos y charadas con que lucir tu ingenio en las tertulias. Acaba de llegar un copioso diccionario de este ramo importante de amena literatura, y ya ves, con un diccionario de chistes y agudezas vas a hacerte un hombre graciosísimo, y lo que es más, un hombre afortunado. De aquí en adelante, armado con ese precioso libro como un talismán, vas a ser el terror de padres, amantes y maridos; nada se opondrá a tus deseos; serás irresistible, inaguantable, insufrible. ¿Qué parecerán a tu lado los famosos seductores de que hablan las novelas? Pigmeos, insectos, nada. Animo, amigo, ánimo; gracias a vuestro admirable diccionario, en cualquiera situación y sobre cualquiera asunto, con sólo tener memoria y entender lo que leas puedes cómodamente y mejor que nadie hacer rabiar a tus oyentes.

Sexta. Tu lima literaria es excelente, Basilio; tan bien muerde lo malo como lo bueno, y todo lo deshace. Tu juicio crítico es maravillosamente exacto, Basilio: siempre está en contradicción con el del público ilustrado. Grande es también y laudable tu buena fe, Basilio: si la producción tiene por base un argumento nacional, es mala porque en el país no hay argumentos que valgan la pena de tratarse, y es mala también si el plan es extranjero, por la sencilla razón de que no es nacional. En todo lo demás eres un censor amable, indulgente, lleno siempre de gracia y de consejo: la flor y nata de los censores.

Séptima. No arrojes, Pablito, a la acequia de la calle cuando llueve sino las basuras que pueden flotar, y reserva cuidadosamente las más pesadas y que sólo sirven para el abono de las tierras, hasta que con ellas puedas engrasar tus campos. Si a seguir este mi consejo no te moviere tu propio interés, muvete siquiera el lastimado y suplicante olfato de tus vecinos.

Octavo. Ocho días a razón de tres visitas diarias..., veinticuatro pesos; ocho días, a razón de dos visitas diarias, dieciséis pesos, son cuarenta: ésta es la cuenta. Veamos: cinco..., diez..., veinticinco.... treinta.... treinta y cinco.... cuarenta. Muy bien; están completos. ¿Y usted cómo va, don Serapio? ¿Malito todavía?

-No, doctor; me hallo bueno enteramente.

-¿Enteramente?... Deme el pulso, don Serapio.

-Duermo como un canónigo, como y bebo del mismo modo, no siento ningún dolor y estoy ágil y...

-¡Disparate! Crasa equivocación, don Serapio. A usted le parece que duerme y no duerme; su apetito está muy lejos de parecerse al apetito sano de los señores canónigos, y es, por el contrario, un apetito desordenado, una gulimia. Dice usted que no siente nada y sí siente, aunque no lo haya reparado, y por más que se crea ágil, no hay tal, pues se halla más pesado que un plomo. Son necesarias algunas recetas. Aquí tiene usted una, y mañana volveré a reconocer el efecto que produzca. No esta usted bueno todavía, aunque le parezca, señor don Serapio: mejorcito y nada más(2).

Con efecto, el doctor tenía razón. Apenas torné la receta, cuando me sentí enfermo de nuevo y reconocí que la Naturaleza se había engañado groseramente en ponerme güeno sin la anuencia de su venerable antagonista.

(Revista Mosaico, tomo I. Imprenta Demócrata, de Félix E. Bigotte. Caracas, 1854.)

Pensamientos de un patriota al pasar por San Mateo

Bolívar era sin disputa el primer personaje del Nuevo Mundo, y el antiguo no podía oponerle ningún rival que existiese. (Diario francés Le National, de 23 de febrero de 1831.)

¡¡¡Esta fue la habitación de Bolívar!!!... Su grande elevación sobre el nivel de las otras del lugar, ofrece alguna similitud con la elevación y superioridad de su genio sobre el de sus contemporáneos. Este recinto es fecundo en interesantes recuerdos: en él se vio a Bolívar pacífico labrador cultivando su heredad; se le vio también en el intrépido guerrero, combatir por la libertad de su patria. Bajo la dominación española, en los tiempos que fueron de obediencia y de paz, Bolívar surcaba estos campos y aumentaba su producción; poco después él mismo los hizo brotar laureles, que coronaron las huestes libertadoras. En repetidos combates, aquí abatió el orgullo de los enemigos de la patria. Aquí mismo, el bizarro Ricaurte inmortalizó su nombre: antes que rendirse a los tiranos voló entre llamas hasta colocarse a la par de los héroes; pisemos con respeto la tierra que contuvo sus despojos.

En los tiempos heroicos, en las épocas de Cincinato, de Milcíades, de Leónidas y de otros varones ilustres que han enriquecido la historia de pasados siglos, este lugar sería sagrado, sería un ornamento nacional. A cada paso atraería la respetuosa contemplación del viajero; mientras que hoy apenas un confuso rumor de los sucesos llega a sus oídos, y absorbe todas sus miradas el risueño aspecto de estos campos, y la fertilidad de ostentosa naturaleza. ¡Triste negligencia humana! Montones del víctimas sacrificadas en honor y gloria de la República, parece que sólo sirvieron para fecundizar más la admirable vegetación de estos valles... Ningún monumento público vivifica su memoria.

Bolívar, superior a todo lo que existió junto a él, inmortalizó su nombre, y sus obras disputarán al tiempo su duración. Las naciones, las leyes fundamentales, y algunas elevadas concepciones de privilegiados genios, sobreviven a los siglos; en este imperecedero y grandioso cuadro se encontrará siempre el nombre de Bolívar; su fama y su patria correrán juntas por las edades venideras.

De los extravíos de la razón humana sólo la experiencia puede obtener el triunfo; ella argulle con los hechos, y por demostraciones ofrece resultados. El curso de los sucesos atrae hoy un recuerdo sobre las grandes y patrióticas concepciones de nuestro héroe, que no podrán eclipsar ni la ingratitud ni las pasiones.

¡El Congreso de Panamá! ¡Feliz pensamiento, grandioso intento, que excitó la admiración y el respeto de la culta Europa! ¡La augusta asamblea del pueblo americano sobre el Istmo que divide los dos mares! ¡Qué respetabilidad, qué poderosa garantía de la libertad y de los derechos del Nuevo Mundo!

Algunos de los Estados americanos sufren ya las consecuencias de su insuperable negligencia y de la pueril emulación con que vieron aquel feliz y gigantesco plan. Los argentinos recibieron ultrajes de una soberbia y engreída potencia europea, y los descendientes de Montezuma están abandonados a sus propios y únicos recursos contra esa misma nación

injusta, sedienta de conquistas, y erguida con su triunfo sobre los muros de Argel; entre tanto, los demás Estados son fríos espectadores de una contienda que debiera afectar el justo y noble orgullo americano. ¡Qué diverso aspecto tuviera hoy la presente cuestión si existiese aquel poco de patriotismo y de poder! Ni la arrogancia ni la fuerza se emplearían con suceso sobre los derechos internacionales. Cerrados estarían ya todos los puertos del Nuevo Mundo al tráfico de la Francia; y el americano de cualquier Estado que fuese armado para sostener su nombre y la dignidad nacional conquistada en más de veintiocho años de combates y de cruentos sacrificios. De nada vale el nombre de Nación si llega a ser quimérica y fantástica la nacionalidad.

Rayos de exterminio se lanzan desde el gabinete de las Tullerías; a torrentes se vierte la sangre mejicana, y con ella serán manchadas las grados del trono adonde subirá algún día el joven príncipe, que para reinar se adiestra en el abominable arte de matar a los hombres. ¡Eterno monumento de su pretenso liberalismo serán las ruinas de San Juan de Ulúa! Amargos frutos ofrece al mundo liberal la semana magna de París y la ruidosa revolución de julio. Los libres franceses se dieron en ella un rey ciudadano, y es el mismo que no muy tarde ha hostilizado la libertad. En vano intentan los enemigos de ella penetrar hasta las regiones del Nuevo Mundo, porque es allí donde la Providencia ha señalado un fuerte asilo a esta potencia reguladora del siglo XIX.

¿Para qué nos sirven los tratados con esas poderosas naciones y para qué ese vano lustre de la diplomacia? ¿Existe en el hecho la decantada reciprocidad? Es bien dudoso: entre el fuerte y el débil toda negociación es precaria, todo derecho cuestionable y expuesto. Con bastante frecuencia aparece por nuestras costas el pabellón europeo flameando sobre los cañones con que intimidan a las jóvenes repúblicas, mientras que de ellos apenas visitan la Europa algunos ciudadanos como incógnitos viajeros. Identifíquese la América, nivele sus derechos, mancomune su riqueza y su poder para su defensa, y vamos a celebrar tratados, si ellos son precisos en la asociación de las naciones del universo.

¡Bolívar, se desoyó tu voz; pero sus ecos resonarán alguna vez: ni tus restos reposan aún en el suelo patrio ocho años después que le hiciste tan precioso legado!... ¡Inaudita ingratitud!... Pero tu sombra vaga por el mundo de Colón: elévate sobre la corona de los Andes, inflama el pecho americano, demanda paz y unión para la gran familia: patriotismo y denuedo para defender sus derechos, honor y constancia para vengar sus ultrajes.

Un soldado

(Correo de Caracas, 20 de febrero de 1839. Núm. 7. Caracas.)

La fiesta de Belem en San Mateo

Quien dice Santiago de León de Caracas lo dice todo, lector amigo: garbo, gentileza, amabilidad. Y no hay precisión de añadir al nombre indígena Caracas el añadido español León, para que se entienda, naturalmente, y como por antonomasia que son suyas la intrepidez, el coraje, la generosidad y toda las demás prendas que se atribuyen a aquel noble cuadrúpedo. Todas estas virtudes y cuantas imaginarse puedan están comprendidas en aquel solo ilustre nombre como en su verdadero centro y receptáculo sin que haya cabida para otra cosa que no sea ellas. Ni aunque hubiera vacío que llenar, se llenaría con otra cosa que con

virtudes; porque los vicios medran tan poco como en nuestra ciudad, que no hay para qué mentarlos y huyen de un recinto como de ambiente malsano, que los mata y extermina.

Queda, pues, dicho de nuestra ínclita ciudad lo más, que son sus moralidades perfecciones. En cuanto a lo menos, que son sus regocijos y fiestas, ya se puede imaginar cualquiera lo que serán, cuando sus virtudes son lo que son. Sean lo que fueren (que eso Dios lo sabe, lector amigo), yo digo que los pasatiempos nacen aquí como planta silvestre en terreno feraz y que nuestro clima es el que conviene a su naturaleza. De aquí la razón de no encontrarse entre nosotros pasatiempos endebles y raquíticos (que otros llamarían delicados), sino fuertes, robustos, llenos de movimiento y vida, que como las corridas y coleadas de toros en las calles, dan idea de lo que somos y aún de lo que podemos ser.

¿Pero qué mucho si de todo se cansa uno en esta vida, temiendo y esperando la otra? Cansa el buen vino, la buena mesa, el placer, la alegría; nuestros órganos, débiles e insuficientes para el deleite, no sufren prolongadamente sino el dolor; y para existir necesita el goce de la privación, corno la virtud de combates y el amor de sacrificios. Y a no ser tan fuerte esta razón, no quedaría yo disculpado de ir a buscar diversiones lejos de nuestra gran ciudad, cuando tiene ella tantas y tan exquisitas dentro de sus puertas; pero respaldado con el principio sentado, confieso de plano que cansado de toros y caballitos y de caballitos y toros, me salí un día de noviembre a buscar en la fiesta de la Virgen de Belem un remedio contra el círculo vicioso que describen perpetuamente en nuestra capital los pasatiempos, y con ellos el sufrimiento y la paciencia.

Era ya de noche, y las siete por más señas, cuando columbré las casas de Cantarrana, que contadas diez veces y en todas direcciones son veinte; y también son un barrio de San Mateo, con todo eso. Y en verdad que al acercarme, aunque de pocas cosas suelo acordarme, me vinieron a la memoria otros tiempos y otros hombres que los de ahora. Por cierto fue aquí, me dije, donde unos pocos valientes hicieron muros de sus cuerpos, en prolongado sitio, contra las numerosas hordas de Boves, y muchos de ellos cayeron; y aquí también cayó Ricaurte. ¿Cómo se llamaban los primeros? ¿Qué monumento atestigua la gloria del segundo y la gratitud de sus conciudadanos? ¡Necia pregunta! Cuando muchos mueren juntos no hay gloria individual; es gloria de montón, gloria sin nombres; cuando uno solo muere no hay gratitud, hay envidia. La generación contemporánea de aquellos grandes hechos ha desaparecido; y la que ahora huella los despojos de las gloriosas víctimas, apenas sabe que sus padres eran hombres fuertes que sabían lidiar, padecer y morir: único acaso entre tantos reunidos en aquel lugar para ver una fiesta, ningún otro sabía o recordaba que aquel suelo tenía tradiciones y glorias.

Al fin de estas reflexiones me ocurrió la de que entonces era yo niño y ahora voy para viejo; reflexión inhumana, humillante, con la cual suele mi mala memoria rematar sus importunos recuerdos. Pensando, pues, en la degradación de la naturaleza humana, seguía mi camino a voluntad del caballo de alquiler que me llevaba, y a poco llegué a la puerta de una de las casas; y como si fuera en su caballeriza, en ella se entró pausadamente conmigo mi compañero. «Apéese usted. Esta es la posada. Apéese usted, que estará aquí muy bien; mejor que en otra parte. ¿Viene usted acompañado? ¡Ah! Sí, él y su caballo. Tenemos muchos huéspedes. ¿Y cómo no? Esta es la mejor posada del pueblo, como lo dice mi primo Francisco, el sacristán. No tenga usted cuidado que no le irá mal y dormirá como un bendito.

Verá usted una fiesta como nunca la ha habido. ¡Qué bailes, qué fuegos, qué máscaras va usted a ver! Vamos, apéese usted y sea el bien venido». «Así habló, sin ser por nadie interrumpida, con femenina locuacidad, una mujer moza, rolliza y de rostro amable, dueña de la pulpería que el primo Francisco llamaba posada, por sus buenas razones; a las cuales y a la coacción de la prima conformándome, me desmonté, lo alabé todo, y más que todo la amabilidad de la posadera, y poniéndola las riendas del caballo en la mano y la maleta en el mostrador, salí a dar una vuelta mientras se preparaba mi cena en cuarto separado.

Aunque distraído al llegar con la desagradable reflexión que al lector he comunicado, noté sin embargo ocho o diez mesitas, que arrimadas, unas a los corredores de la casa y colocadas otras en la calle, tomé al principio por mesas de confitura. Cuando volví lloviznaba; los fuegos de artificio que se acostumbra quemar la víspera de esta fiesta, se habían diferido para lo noche siguiente; la posadera se ocupaba en preparar mi cena, dándose mucho movimiento y entonando de cuando en cuando una canción en estilo y son de introito, que le había enseñado su primo el sacristán; varias tentativas hechas por mí para trabar conversación con ella, habían parado en hacerme oír algunas alabanzas del primo; tema favorito que difícilmente dejaba la buena mujer, una vez empezado. Ye he aquí por qué me vi forzado a tocar prontamente una retirada, que no paró hasta las mesitas, rodeadas a la sazón por gran número de personas; entonces conocí que eran de juego. La más rica de estas bancas no tendría diez pesos de capital; y tal bulla hacían los concurrentes, tantos había, tal confusión y desorden reinaban, que sin detenerme, el riesgo que corría al arrostrar de nuevo la infatigable panegirista de Francisco, más que de prisa volví sobre mis pasos, y víctima resignada me entregué en sus manos: cené, oí, me acosté y quedéme dormido cuando por la quinta vez volvía la posadera a ponderarme las complacencias de su primo, su actividad y constante aplicación al trabajo.

No sé cuánto tiempo habría transcurrido cuando empecé a oír, entre dormido y despierto, un gran rumor, causado por muchas personas que hablaban junto a mi. Tire usted la misma. Voy al traído. A que la pierde. Cola de ambas. Pinto y treces. Ganó usted la cabeza. Para y pinto. Mezcladas con esta algarabía de voces bárbaras, oirá también muchas imprecaciones. Uno lamentaba su suerte; otro decía que los huesos no eran francos; cual los llamaba cabros, cual carretos; y de cuando en cuando, haciéndose paso por entre aquel turbión de denuestos, juramentos y maldiciones, se distinguía un sonoro topo a todos, a que sucedía un pequeño instante silencio. Comprendí al fin que se jugaba a los dados, y despierto y levantado para entonces creció mi admiración al ver un grupo de personas mal encaradas y peor vestidas, que se daban entre sí los títulos más honoríficos. Al uno lo llamaban padre, al otro general; tal tenía el título de marqués, cual el de príncipe; y al que menos se le daban los de comandante o doctor. Excitada vivamente mi curiosidad por cuanto oía y veía, me acerqué a aquellos personajes, y uno de ellos me informó que aquellos sobrenombres que tanto me habían admirado se daban, según su importancia, a los más hábiles en el juego. Todos ellos eran hombres que sabían de memoria el almanaque y andaban de fiesta en fiesta estafando a los necios de los pueblos, adonde con anticipación mandaban vender dados falsos y cartas marcadas, conocidas sólo por ellos. Claro es, pues, que me hallaba entre lo más florido, entre la crema de los tahúres del país; y es de creer y de advertir que sabían bien su oficio, porque la suerte protegía casi siempre a los de títulos más nobles.

El príncipe de esta turba, creyéndome sin duda aficionado, me ofreció una silla en buen lugar tan pronto como me vio; y bien me vi en la necesidad de aceptarla, pues aunque no juego, ni a gustarme jugar me dejara desplumar en aquella corte ambulante, reparé que uno de aquellos señores cortesanos roncaba ya tranquilamente en mi hamaca. Era uno que después de haber

perdido las reliquias de su zapatería y buscado, en vano, quien le hiciera algunos adelantos a cuenta de las hormas que le quedaban, se había apoderado de mi hamaca y manta sin ceremonia, como de bienes mostrencos.

Allí amanecí, dando a todos los diablos al juego que me había despertado, al arruinado remendón que me impedía acostarme de nuevo y al sacristán que era parte a que yo no buscase otra cama en la misma casa.

A. A. A. y N. D.
(Correo de Caracas, 26 de febrero de 1839. Núm. 8. Caracas.)

Artículos literarios

- I -
La declaración

Era una hermosa tarde; era aquella hora en que el sol, al ocultarse, tiñe de mil colores el cielo, hora de religioso encanto, en que vaga melancólico el pensamiento y siente el corazón indifinible ternura. Dejábanse ver azules, casi sin perfiles, las lejanas montañas por entre un vapor blanquecino que como velo transparente las cubría. El soplo errante de la brisa mecía las copas de los árboles y silbaba blandamente entre el ramaje, en donde brillaba y desaparecía y tornaba a brillar por instantes la luz fosfórica del cocuyo. El canto de algunas aves se mezclaba al estridor prolongado del grillo, la grey mugiendo con paso perezoso se acercaba al redil y los pastores la abandonaban de cuando en cuando por detenerse a escuchar las apagadas vibraciones de una lejana armonía. Damis y Emira bajaban en aquel instante al valle, entretenidos en dulcísimo coloquio.

-Hoy puedo hablarte, pastora, tal vez porque en la estrechura en que a ti me reuní, no podías evitar mi encuentro con la facilidad con que sueles hacerlo en la llanura. Huyes de mí, Emira, y yo te busco como busca trébol el ganado y el extraviado corderillo a su afligida madre. Huyes de mí, Emira, que te amo como ama el colibrí el cáliz de las flores y como aman las flores la luz y la frescura de la mañana. ¡Feliz el que posea tu cariño, zagala amable, porque el contento morará en su pecho! ¡Desgraciado de mí que lloro tu desprecio!

-¿A cuántas zagalas has hecho, Damis, la relación que a mí me están haciendo? La habrá oído, sin duda, Ida la hermosa, para quien tienen tanto atractivo tus canciones, y la altanera Clori, a quien ablandan los sonidos de tu flauta, y Filis, que se puso ayer una guirnalda de rosas, cogidas por tu mano en la cañana. Habla a ellas de tu amor, sensible Damis, que yo no cambio mi libertad y mi alegría por mentirosas palabras.
-Testigo me es el cielo de que no merezco lo que has dicho, zagala. El otro día disputaban dos pastores el premio del canto en presencia de mucha gente de la aldea, reunida debajo de la encina grande. Por acaso pasé yo por allí, y al verme se paró el que cantaba, y con él su contrario, y algunos zagales jóvenes me invitaron a cantar para disputar el premio. Ida dijo entonces: «Canta, Damis que tu voz es dulce al oído y conmueve el corazón». «¡Y, si no, que acompañe a los cantores con su flauta, cuyos sonidos son más suaves que los gorgeos del ruiseñor!», esto dijo Clori. Y yo respondí: «Amigo, ¿cómo puede cantar el que está triste? ¿Cómo puede tocar el que llora? Mucho tiempo hace que mi voz no se ejercita, y bien habéis podido ver mi flauta colgada en una rama del chopo que hace sombra a mi cabaña. ¡No me

habléis de canciones ni de juegos, ni de alegres danzas, mientras la que ha robado mi sosiego no lo devuelva a mi afligido pecho!» «¡Roguemos a Emira que le ame», exclamaron, como burlándose de mí, las dos zagalas que he nombrado. Y yo, al oír tu nombre, sentí que toda mi sangre se agolpaba al corazón y que mi rostro ardía como un hierro encendido: a todos descubrí de este modo mi secreto.

-¿Y la guirnalda de Filis?

-Buscaba yo ayer un cabritillo extraviado, cuando vi a Filis cogiendo flores en el rosal silvestre que crece en el borde más escarpado de la cañana Al divisarla (y no lo hice por huirla, sino por no interrumpir mi trabajo) torcí mi camino por una vereda, fingiendo no haberla visto; pero no había andado mucho cuando oí un grito penetrante. Era un grito de Filis a quien había herido una espina al acto de coger una rosa...

-¿Y entonces restañaste con solícito cuidado la sangre que corría por su hermosa mano, y la guirnalda, que después ostentaba con tanto orgullo en la pradera, fue puesta por ti sobre sus rubios cabellos?

-¡Cierto es, Emira! Pero no sé qué vio ella en mí cuando yo hacía eso que dices, porque al despedirme exclamó: «Tu cortesía agradezco, gentil Damis, aunque conozco que te duele no haber hecho este obsequio a otra zagala. ¡Era por ti por quien hablaba de aquel modo, Emira!

-¿Por mí?

-Por ti, pastora, porque todos saben en la aldea que te amo. Lo sabe el bosque, a cuya espesura he confiado tantas veces mis pesares; la fuente, cuyas ondas puras han refrescado mis ojos, cansados de llorar tu desvío; mi descuidado rebaño; mis flores, que privadas de riego se marchitan; los árboles en que he grabado tu nombre; el día en que te veo tan cruel, y mis sueños, en que a veces te contemplo blanda a mis ruegos. Todos, todos saben mi amor y mis tormentos.

»¿Y si yo te amo, Emira, por qué tú no has de amarme? ¡Cuán felices seríamos si el amor en suave yugo nos uniera! Para ti reservaría mi voz su melodía; para ti repetirían los ecos los dulces sones de mi campestre flauta; mi mano adornaría tu seno con la primera flor de primavera, y tuyo sería el primer racimo que en la vid madurara el otoño. Cogeré para ti pajarillos en las breñas escarpadas o en la elevada cima de las hayas; te haré en los bosques compañía y, cuando el sol nos abrase con sus rayos en la mitad del día, retirado contigo en una fresca sombra, te hablaré de mí amor y leeré el tuyo en tus lindos ojos negros y en tu amable sonrisa.

»¡Amame, Emira! Huérfano al nacer, nunca oí la voz de mi madre, ni me dormí en sus brazos, ni conocí su pecho; mi padre no me sentó jamás sobre sus rodillas, ni tuve hermanos que también amasen y que jugasen conmigo. Mi primer amor, mi único amor eres tú, y por eso quizá no hay amor más profundo que el que tengo por ti. ¡Ah! Me parece que en el afecto que hacia ti me arrastra, amo a los hermanos que me negó la Providencia, y a la dulce madre que me dio la vida a costa de la suya, y a mi padre, a cuya frente jamás llegaron mis labios...

-Damis, amigo mío, yo también te amo. Cuando tú llorabas mi parente esquivez, yo, creyéndote inconstante, rogaba al cielo que llenase con mi sola imagen tu corazón, bien así como el mío por ti y sólo por ti respiraba...

II -
La tempestad

-¿Oyes, Emira, el bramido de la tempestad que todo lo asola en derredor? ¿Ves los fuegos que surcan la nube y oyes el trueno, y a par del trueno el ruido de los estragos que hace el rayo despedido del cielo? En la profunda oscuridad que nos rodea, no puedo verte sino a la luz de los relámpagos, ni me deja oír el grito de tu congoja el grito inmenso de la tempestad, y me parece que solo a nosotros amenaza de muerte, porque estamos solos en medio de las selvas. Pero yo siento que en tu terror has ceñido mi cuerpo con tus brazos y que tu corazón sobresaltado palpita junto al mío. Estréchame más fuertemente contra tu seno, Emira, y bendeciré los terrores y los peligros de la tempestad.

»En breve aparecerá de nuevo el sol, plácido, sereno como un pensamiento del amor divino. Su cuerpo refulgente le llevará triunfador por la extensión del cielo, y tornará manso y apacible el viento. Y las nubes, y los montes, y los prados, se vestirán de luz pura, y volverá el murmullo del arroyo a acompañar el canto de las aves y la voz misteriosa de los bosques. Oiga yo entonces, ¡oh Emira!, tu armonía en el concierto que las selvas dedican a la gloria del Señor; bese tu frente radiosa de alegría; lea en tu ojos que confirmas en la bonanza los derechos que me diste en la tormenta, y recordando de dónde me viene tanta dicha, bendeciré los terrores y los peligros de la tempestad.

»¡Ay! ¿Qué otra cosa es la vida del hombre más que una deshecha borrasca? ¿Y qué serían sin ella su corazón y su inteligencia? Después de una tormenta es más brillante el cielo, más puro el aire, más alegre la campiña; después del obstáculo que retarda la dicha o de la desgracia que de ella nos aleja, más viva y grata la siente el corazón. ¡Cuán sublime es el poder de Dios cuando arma su brazo con la tempestad! Así como él, sublime, aparece la virtud en medio de los combates del vicio. ¡Oh! No muera yo con el alma enmohecida a fuerza de gozar dicha perenne. Vea yo azares, lides y privaciones en la vida, y con tu amor, Emira, tus enojos; que la quietud me entristece y en el corazón y en la naturaleza me placen, dulce amiga, los terrores y los peligros de la tempestad.

-Cesó la tormenta, amado mío; ahora verás cómo canto el dulce bienestar de los pastores y su inocente vida, y aprenderás conmigo a aborrecer las ciudades. Aquí tienes mi frente: imprime en ella el beso de tu amor... Uno, no más que uno, que mi corazón se ha estremecido al contacto de tus labios. Después que cante reclinaré mi cabeza sobre tu pecho y te abrazaré como lo hacía no ha mucho, cuando t cerrados los ojos y oprimido el pecho buscaba en ti, que eras hombre, un apoyo contra la tormenta. En seguida, amado mío, me enojaré para que te alegres, y si quieres contentarme me pedirás a mi madre por esposa, cuando duerma sobre sus rodillas. ¡Ah! Si ella te llama su hijo y a ambas nos prometes un amor eterno, bendeciremos como tú, mi dulce amigo, los terrores y los peligros de la tempestad.

- III -
El árbol del buen pastor

En la margen de un riachuelo pedregoso, cuyo humilde lecho ceñían altas y escarpadas riberas, se levantaba una robusta encina. Lástima daba ver el árbol gigantesco que en la planicie hubiera puesto en las nubes su copada cima, crecer sin gloria en áspero y profundo barranco. ¿De qué servía que sus ramas se extendieran a gran distancia en derredor del tronco? ¿De qué servía que sus flores, desprendidas por el viento, formaran en su pie grata y mullida alfombra? Ningún pastor buscó en su sombra abrigo contra el fuego abrasador del mediodía, ni jamás oyera el tiempo departir de dos amantes, ni los alegres sones de las danzas campestres, ni la voz grave y solemne de los ancianos, ora en pastoril concurso el premio adjudicasen del canto, ora en dulce coloquio, ricos de experiencia, corta vida y llena de tormentos predijesen al vicio, larga carrera de paz y de consuelos prometiesen a la virtud. Desde la vereda marcada en el borde de la hondonada deshojaban las cabras las ramas extremas de su copa, y hacían fuegos con sus despojos los niños de la aldea, y por eso, si algún extranjero le admiraba a pesar de su humilde posición, los hijos de aquella tierra decían: «¿Cómo puede ser grande el árbol cuyas flores y frutos cogen nuestros hijos pequeñuelos y nuestros rebaños en lo más elevado de su cima?»

Ostente en mala tierra un bello corazón sus flores, sus frutos de oro un alto ingenio: ¡troncos sin savia perecerán marchitos, avecillas sin nido morirán sin canto y sin plumaje, o como tú, bella encina, desconocidos por la ignorancia, vivirán sin lustre entre breñas, sin honor entre abrojos!

Cortemos este árbol inútil, díjose un día Damis, su dueño. Daréme su producto cuando menos dos cabras y una oveja. Aumentaré con las primeras mi rebaño y daré la otra, de flores y de cintas adornadas, a Emira bella. Y alegre, ufano con tal feliz idea, pensando en su pastora y cantando, empezó a bajar la pendiente.

«¡Caigan -decía- tus ramas y tu tronco a los golpes repetidos de mi hacha, encina antigua, y envidien tu destino los árboles que en bosques y praderas descuaja el huracán, a los que viven para resistir sus embates y mueren viejos entre injurias y afrentas! No morirás, no, sin recuerdos, sin gloria. Cuando Emira enlaza con sus brazos el albo cuello de mi ovejilla, cuando amorosa acaricie su pulido vellón, pensando en mí, entonces bendeciré tu memoria y junto con mi amor la guardaré por siempre en mi pecho».

»¡Trinad dulcemente, pajaril los que anidáis en su ramaje; soplad vuestro más dulce aliento en derredor, auras embalsamadas que dais fresco a su sombra, voz a sus hojas, muera vuestro amigo entre caricias como el niño que del regazo maternal baja al sepulcro!».

Así cantó Damis, y acababa apenas, cuando una voz grave y sonora hirió sus oídos. Acercóse para ver al que cantaba y reconoció al pastor Cecilio, oráculo de la aldea, honor y gloria de la comarca. Sentado al pie de la encina reclinada sobre el tronco la venerable cabeza, elevaba al cielo sus ojos ya apagados por la edad, puros como su alma bella, dulces y tiernos como su santo corazón, y así decía:

«Yo he visto el fuego consumir las ciudades y abrasar las campiñas; yo he visto la tierra conmovida estremecerse con fragor y derribar los templos y palacios soberbios y las cabañas humildes; yo he visto las guerras extranjeras y las disensiones intestinas agitar sobre los pueblos sus teas homicidas y apagarlas en sangre, y cuando los niños inocentes jugaban con las piedras de los techos dorados y de las bóvedas santas, cuando los reyes perecían en los suplicios, cuando las naciones se retaban a muerte; vi también, árbol amigo, que el huésped de

tu ramaje cantaba alegre y seguro en su guarida, mientras tú crecías, grande y hermoso como, los hijos de las selvas, modesto como todo lo que es hermoso y grande».

»Yo vi tu tronco en su infancia, pequeño aún y flexible, crecer con trabajo en pobre tierra; yo te vi solitario y sin apoyo alzar al cielo la frente marchita y sin adorno del huerfanillo abandonado. ¡Bendita sea la mano que protegió tu vida! Yo te vi después fuerte, erguido, feliz, cual si te hubiera conservado una madre, cual si te amara una hermosa, y a proporción que los años han ido deshojando una a una las flores de mi vida, las tuyas nacen más bellas y fragantes en cada primavera. ¡Bendita sea la voluntad que te hizo fuerte, árbol amigo!».

»Gústeme verte elevar y crecer, joven aún, cuando yo cano y débil desciendo y muero, ¡y ayer no más nací! Cavaráse en tu pie mi sepultura y grata sombra a mi lápida humilde darán tus ramas y aceptarás agradecido los últimos amores del que no tuvo en la vida hijos, ni esposa. ¡Vivas mil años y otros mil, encina bella, y conceda el cielo eterno verdor a tus hojas, dichosa libertad al pajarillo que forma su nido en tu ramaje, céfiros blandos a tu copa hermosa, fresca lluvia y tierra amiga a tu raíces! Jamás el cierzo o el ábrego sañudos te marchiten, ni traidor gusano te deseque, royéndote el corazón!».

Así cantó el anciano. Acercándose luego a Damis: Huérfano, le dijo, conserva el árbol solitario del barranco: él es tu hermano. Ven a mi cabaña: vivirás conmigo y tuyo será cuanto poseo. Yo os adopto: a ti para la corta vida que me resta; a él para después de la vida.

La voluntad de Cecilio fue cumplida. Sus despojos mortales fueron depositados al pie de la encina, que los habitantes de la aldea llamaron después el árbol del buen pastor. Es fama que desde entonces gozó la encina de una constante primavera y que una multitud de flores de exquisita fragancia, nacidas espontáneamente alrededor de la tumba, embalsamaban el aire, sin jamás marchitarse. Decían los pastores que el alma del buen anciano al subir a lo alto había pasado por aquellas flores, comunicándoles una pequeña parte de su perfume divino, y que en el silencio de la noche se oían debajo del árbol suavísimo e inefables armonías, que no eran sino los ecos de su voz celestial.

«Semanario Pintoresco Español», 1852, páginas 4-5.

Sevilla

Sevilla no es una ciudad de panorama; una de aquellas poblaciones que situadas a manera de anfiteatro sobre la falda de un monte o a la lumbre del agua, descubren al viajero, sus desnudas formas de repente y sin velo. Más modesta la reina de Andalucía, muestra con pudor su belleza en la plana margen de un río, y semejante al gabinete de un anticuario, esconde en reducido y poco ordenado recinto, los tesoros del arte antigüo y las venerandas ruinas de otros tiempos. Matrona romana, noble y grave; odalisca graciosa y ligera de moriscos harem; dama altanera de los feudales tiempos, y equívoca virtud de los presentes, tiene en la forma y en el fondo algo de gentil y musulmán, de gótico y cristiano, caballeresco y devoto, de marcial y afeminado. Heredera de pueblos y de reyes famosos, ostenta ufana sus reliquias, como prenda de pasados amores. César la ciñó con un muro temiendo acaso su infidelidad; el árabe galante, esplendoroso y lascivo colocó en su seno el alcázar, como un beso oriental, perfumado y ardiente; San Fernando, partiendo entre Dios y ella su herencia, dejó, cristiano, a Dios el alma; a ella, como fiel y valeroso caballero, el cuerpo y la espada: suyos son los huesos de aquel don Pedro, cuyos abrazos criminales dejaron con frecuencia en su regazo una huella de

sangre: suyos también los del más sabio de sus reyes, y la religión misma, anhelando su conquista, le hizo don del templo famoso que como un heraldo del cielo amonesta sin cesar a la voluble y muelle cortesana.

Si por lo que toca a la arqueología es Sevilla un libro abierto, de gran provecho para el historiador y el anticuario, en punto a tradiciones puede con razón ser llamada un copioso romancero. Aquí, cada puerta, calle o sitio tiene su leyenda: los árboles, las fuentes, los arroyos tienen sus historias: de cada piedra surge una conseja, y la imaginación fecunda, atrevida y poética del pueblo, nutrida con ellas, las evoca como fantasmas de otros tiempos y otros mundos. El amigo de la antigüedad; el hombre a quien Dios hizo el funesto presente de un alma sensible; el que disgustado de la pequeñez y miseria de lo presente, busca inspiración, fe y poesía en la grandeza y majestad de lo pasado, o el que, dedicado concienzudamente a los graves estudios, gusta de escribir la vida de los pueblos sobre el sepulcro de sus generaciones; ésos, decimos, hallan en los recuerdos populares de Sevilla, pasto para la imaginación, sentimientos para el alma, consejos para el juicio, y para el saber, lecciones. A la voz poderosa de la imaginación, de la melancolía o de la ciencia, que puede, como la de Cristo, resucitar a los muertos, puéblanse sus ruinas, hablan como los de Armida sus árboles, conviértense en hombres como las de Deucalión sus piedras, y en confuso tropel íberos y romanos, árabes y godos, siervos y hombres libres se presentan a contar su varia historia. ¿Qué fue del vencedor, qué del vencido? ¿Qué del águila altanera, que colocada entre el cielo y la tierra cubría a un tiempo en sus alas la ciudad de Julio César y la que sirvió de cuna al gran Trajano? Y el moro enamorado y valeroso, ¿qué se hizo? Tanto caballero de noble alcurnia, tantos donceles y hermosas damas, ¿qué se hicieron?, y el pensamiento embebecido pasa encantado de la fábula a la historia, de la tradición oral a la escrita; del campo romano al adurar patriarcal, de la cimitarra del árabe a la espada y de Mahoma a Cristo. Sevilla vive en lo pasado y en lo presente: un pueblo de sombras se mezcla por doquiera y sin cesar al pueblo, que aún no ha muerto, y para conocerla dignamente, es preciso leer sus anales, oír y aprender sus canciones, escuchar sus consejos, sentir por decirlo así, la respiración de su tierra y de sus tumbas...

Este dualismo se manifiesta igualmente que en el espíritu y forma de la población, en el espíritu y presión de las costumbres. Sevilla es un pueblo doble, compuesto de personas y de costumbres orientales, y de personas y costumbres europeas; pueblo bifronte, con un rostro parece que mira la cuna de sus padres allá en la tierra poética de las palmeras y las fuentes, y con otro ese tálamo adulterino y sangriento, en que se confiaron el romano, el vándalo y el godo. El arado mahometano hizo un surco profundo en esa tierra blanda, a la par que fecunda; y la semilla, nutrida con amor por ella, ofreció al cultivador óptimos frutos. En vano azotaron después recios vendabales, esos campos queridos del sensual islamita: en vano la segur envidiosa y despiadada de otras razas quiso a un tiempo cortar los tallos y el renuevo: en vano la sociedad moderna, con sus oleadas de oro y plata, sumerge cada día en nombre de la unidad y de los intereses materiales, esos recuerdos, tradiciones y costumbres, que aún se conservan, como deleitosos oasis en medio de la árida sequedad de nuestra vida monótona y prosaica. Su terrible nivel no ha igualado y confundido aún justo con la forma la esencia, junto con los meros accidentes los principios radicales, junto con los vestidos la sangre, y la raza mora, rehusando el lecho extranjero, vive y medra sola, como la hebrea, en medio de razas enemigas... Diríase al verla tan pura todavía, cuando a tal distancia de su origen, que semejante al dátil de su antigua patria recibe la fecundación de otro dátil, que en ella crece para perpetuar su vida.

Librodot

(«La Floresta Andaluza», diario de literatura y artes). Sevilla, 4 abril 1843, rep. en Semanario Pintoresco Español, de Madrid, año 1844, p. 75.

Un recuerdo de la patria

¿Por qué tu dulce imagen se pinta con colores de rosa en mi memoria, el pecho se me oprime, ¡oh patria!, y se arrasan en tiernas lágrimas mis ojos? Entonces me parece que veo tu limpio cielo azul, tus altos montes, tus vastas soledades; o que me abrasan los rayos de tu sol de fuego al mediodía; o que siento y respiro en la alborada el suave aliento de tus auras.

Yo he visto, muy distante de ti, otro mundo donde el hombre, rey de la naturaleza y de las artes, ha sometido la una y las otras al imperio de su colosal inteligencia. ¡Mundo de gigantes! Allí se elevan con orgullo al cielo miríadas de cúpulas doradas, de obeliscos famosos, de nobles columnas, de templos y palacios! Allí las ciudades hierven en lujo y placeres, realizando las maravillas fabulosas de Tiro y Babilonia; allí los campos, cubiertos de rica mies y de afanado gentío, no contristan al viajero con el desolador aspecto del páramo y del yermo; allí los tronos brillan con deslumbrante resplandor, y los congresos de los sabios. dictan al mundo las leyes y consejos del saber humano.

Pero tú no tienes sino templos arruinados cubiertos de adusto jaramago, o modestas iglesias de techumbre humilde y triste aspecto. Sobre tu tierra no eleva aún su altiva frente ningún noble monumento, despierto está tu campo, y sin cultivo, paseándose en un día tus más grandes ciudades, y tus seguros puertos de agua transparente, en cuyo fondo se distingue la perla y el coral, no van sino de tarde en tarde las gentes y bajeles de otros mundos. ¿Qué parecen tus poblados al viajero? Vastos cementerios, encajonados entre montes, o aduares de beduinos en las llanuras. Tú no tienes tronos, ni jamás has visto el boato esplendoroso de los grandes.

¿Por qué, pues, ¡oh patria!, se pinta tu imagen con colores de rosa en mi memoria, y al pensar en ti el pecho de congoja se me oprime, y arrásanse en dulces lágrimas mis ojos?

¿Por qué? Porque en tu suelo conocieron mis padres el amor, y fui yo primero y dulce fruto de su unión, porque mis ojos a la luz de tu cielo y de tu sol se abrieron, porque tú oíste mis tempranos suspiros, y mis lágrimas (precursoras, ¡ay!, de tantas otras) mojaron tú regazo, porque hijos tuyos eran también los dulces niños con quienes altivo, alegre, ufano, canté en la aurora de la vida: porque hijas tuyas eran también las tiernas niñas a quienes mi corazón, dormido todavía, pagó el primer tributo de su afecto; flor de amor lozana, pura y olorosa, que libaron después y marchitaron las pasiones.

Y cuando el seráfico ensueño de la infancia hubo pasado, cuando las puertas del mundo se abrieron para recibirme, cuando la sociedad me llamó a sus luchas, y las pasiones a su afán, ¿en qué tierra caí? Tu presenciaste, y acaso compadeciste mis derrotas, como, a ser yo más dichoso, hubieras presenciado y aplaudido mis victorias. Ya te amo como pasada la tempestad, ama el viajero con mezcla indefinible de placer y susto, la tabla bienhechora de que Dios se valió para salvarle; te amo por tu piedad y mi arrepentimiento; té amo ahora en la mística tristeza de la expiación, como un día te amé en la alegría mundana y delirante del pecado.

Y hoy que por entre las nubes que el tiempo ha aglomerado en derredor, distingo apenas la cuna de mi vida hoy, que acongojado y azaroso contemplo y palpo las ruinas que esparció la edad liviana, hoy que el tiempo con su poder transformador vicia el cuerpo, despierta la conciencia, y de cada error hace un fanal que alumbra lo pasado sin disipar por eso la oscuridad del porvenir, ¿quién, sino tú, después de Dios, es mi esperanza?

¿Qué importa que tu nombre no se registre en la lista de los que el mundo llama? Detrás del poder de esas naciones renombradas marcha un inmenso cortejo de afligidos ciudadanos, cuyos harapos ensucian los armiños y diademas reales, cuya hambre maldice la saciedad del poderoso. Para un corto número de elegidos se ha hecho allí el pasto del cuerpo y del alma, la tierra y el cielo; los demás, en número de muchos millones, sirven a esos otros como la tierra sirve al arado, el arado al buey, el buey al hombre.

Mira sus glorias, ¿qué son sino cruentas vanidades? Mira sus vanidades, ¿de que sirvieron sino para atraer la humillación que les impuso el extranjero?, y esa prepotencia con tanto afán comprada, de tantas usurpaciones compuesta y tan costoso pueblo, ¿qué ha dado a éste por su sangre? Mórbidas formas y artificiosos afeites, aliento corrompido, alma venal..., belleza de mujer perdida.

A tiempo que tú llamas a tus hijos, sin distinción de grandes ni pequeños, a tu banquete maternal, donde el más virtuoso, no el más feliz, es preferible; donde todo para todos es igual; donde nadie insulta a Dios creyéndose mejor que sus hermanos. Tus glorias no consisten en sangrientas conquistas de ajeno territorio, ni en la esclavitud y deshonor de inerme o débil enemigo. Tus conquistas dieron la independencia a medio mundo; crearon cinco naciones; abrieron la más rica tierra que haya formado el cielo a la comunicación e industria de los otros pueblos, y acaso, sirviendo de instrumento a los profundos y misteriosos designios de la Providencia, preparan a la Humanidad nuevos destinos. Por precio de su noble sangre, diste a tus hijos libertad; con ella un alma grande y varonil..., belleza y virtud del hombre honesto.

Tú no tienes, es verdad, suntuosos templos; pero el templo más digno de Dios es el alma pura, y el incienso que en su honor ofrece el justo no ha menester para elevarse que se consuma en incensarios de oro. Ni tampoco cuentas doradas, alcázares reales, ni arcos triunfales que remeden lo de Roma, ni maravillosos obeliscos de pueblos olvidados. Más que a ti, ¡oh patria!, con esas moles gigantescas de piedra, que ni el tiempo ni los hombres respetan, cuando los monumentos que tú ostentas son muy duraderos y gloriosos? Tus monumentos allí están en tu historia. Allí se eleva hasta el cielo tu columna de triunfo; tu trofeo o la libertad y joyas de tu inmortal diadema, entre otras mil, Bolívar, Sucre, Páez, Miranda: varones esforzados con quienes, para protegerla, rodeó tu cuna el cielo amigo.

¡Salve, tierra de mis padres, tierra mía, tierra de mis hijos! Tres generaciones de afectos a ti me unen, y te amo por lo pasado, por lo presente y lo futuro, como si a un tiempo fuera niño, joven y anciano. Mi amor hacia ti se compone de todos mis amores, y es a un tiempo recuerdo, gratitud, deber y esperanza. ¡Salve, oh patria! Si más pobre fueras, lo mismo te amaría; si no tuvieras glorias, con orgullo también me llamaría hijo tuyo. ¿Qué es el hombre sin patria? Arbol sin raíz, expósito del mundo, bajel que ve a otro bajel en la inmensidad del océano; o un ave que allá en las nubes con otra ave se encuentra, y con el corazón la saluda, y aquel adiós es el primero y el postrero.

¡Pueda yo volver a verte! Pueda yo derramar aún algunas lágrimas sobre el sepulcro de los que me amaron, y ya no son! Me asusta y desconsuela la idea de morir lejos de ti, sin que la acariciadora mano de los míos cierre mis ojos.

¡Oh! Embriágueme una vez todavía la atmósfera embalsamada de tus campos; estreche contra mi seno las prendas queridas de mi amor, véate dichosa, y si necesario fuera para tu bien y el suyo, luego muera.

(El Tiempo, diario conservador, Madrid, número 540. diciembre de 1845.)

Adolfo y María

La parada

Y hasta es bella marchitada,
Hasta es noble, delincuente.
Ribot

En un hermoso día de abril se reunieron en un campo abierto fuera de V, ciudad de España, los cinco mil hombre que componían la división de vanguardia. Estaba destinado este día por el general, para distribuir las recompensas debidas a los valientes que se habían distinguido en la última campaña; y en tan crecido número de veteranos quizá no existía uno cuyo corazón no palpitara con bien fundada esperanza de obtenerlas: que entre nosotros es vulgar la gloria, y el heroísmo habitual.

Entre tantos hechos gloriosos, entre tantos prodigios del valor francés ¿cuál hecho, cuál prodigio se proclamaría el primero delante de aquellos hombres, jueces hábiles de las acciones marciales: de esos hombres que veían hermosa la muerte más terrible con tal que les abriese el camino de la gloria, y que amaban la fama de los altos hechos, como se ama en la juventud la beldad y en la vejez la vida?

Las espesas y numerosas columnas del ejército se desplegaron con orden y presteza admirables, formando en seguida un espacioso cuadro. De repente dejó de oirse el choque de los fusiles y el crujido de las cureñas; las pisadas compasadas de los caballos, los clarines, los timbales. Todo movimiento cesó; y el silencio profundo que sucede a aquellas armonías guerreras hubiera hecho creer que un arte sobrenatural había dado a hombres y brutos la inmovilidad de las estatuas. Bello era y pavoroso aquel silencio. Así callan los vientos un momento antes de hacer oír su horrísono bramido en los abismos del océano: así callan los hombres en aquel instante de tremenda congoja, que precede a la voz del combate o a la señal del suplicio.

«Jefes, oficiales y soldados (así dijo el general), satisfecho y complacido el Emperador de vuestra conducta en esta guerra, os apellida, como siempre, los primeros en el mérito y en los peligros». Aquí la voz fuerte, clara y sonora del general, tan entera en las batallas, se turba de improviso: noble orgullo que le inspira el merecido elogio, hace empalidecer su rostro varonil. Y hubierais visto entonces aquella multitud, al parecer tan insensible, agitarse en su puesto, semejante a una inmensa muralla mecida sobre sus cimientos y poseída de general e irresistible inspiración lanzar al aire, al sonido de las encontradas bayonetas, el grito tremendo

¡Viva el Emperador! ¡Viva la Francia!, grito que fue siempre el de nuestras alegrías y conflictos marciales: grito que jamás oyeron nuestros enemigos sin pensar en la última hora; pero que hoy no se oye, porque no siempre los hombre de la gloria son los de la fortuna.

Vuelto a las filas el interrumpido silencio: «amigos, continuó nuestro jefe, en vuestra promoción a los ascensos a que tenéis derecho por escala rigurosa, lo cual se os dará a conocer por los jefes de los cuerpos, veréis que el Gobierno del Emperador no ha olvidado la justicia a que sois acreedores; y bien que muchos hechos de armas gloriosos hayan llamado su atención, se reserva, dice, recompensarlos dignamente en la revista general de Madrid, cuando pacificado el territorio del imperio, hayais castigado la soberbia española. Solo un hecho entre tantos como habéis ofrecido a la admiración de la Francia y del mundo, ha juzgado necesario premiar antes. Este hecho, que vosotros conocéis y apreciáis, es una hoja de vuestro laurel marcial, un nuevo trofeo con que la vanguardia del ejército francés adorna su carrera triunfal; y su recompensa honor vuestro es y de la patria. Yo declaro, en nombre del Emperador, que nueve heridas recibidas consecutivamente en una batalla, por armas blancas, cinco de ellas en desigual recio conflicto, han hecho obtener al capitán Adolfo Alejo de Carignan el grado de comandante de escuadrón y la Gran Cruz de la Legión de Honor».

No es la envidia el vicio del guerrero, y si lo fuera, Adolfo de Carignan no la hubiera inspirado a ninguno de sus compañeros de armas: su mérito era de aquellos méritos raros en dicha y perfección, que si bien privan a quien le conoce de toda esperanza de oscurecerlos superándolo, inspiran sin embargo una necesidad de admiración y de amor. Entre mil hombres le hubiérais podido distinguir, menos por su talla elevada, erguida y fuerte; menos por la sorprendente belleza de sus facciones, que por la franca y noble gracia de sus modales y la expresión indefinible de hechizo y embeleso que reinaba en su fisonomía. Al ver la superioridad que ejercía, sin pretenderlo, sobre cuantos le rodeaban y a que sin resistencia cedía el jefe, el igual, el inferior, un extranjero hubiera podido preguntar ¿es posible que tan joven mande este hombre estos hombres? Y en medio del fuego de las batallas, cuando más rápido que el viento, más terrible que el rayo, desbarataba los cuadros enemigos y destruía sus baterías, había parecido, a quien siguiera sus movimientos, un genio de exterminio y de muerte, si más tarde, en la calma del triunfo, no le viera en medio de heridos y prisioneros, semejante al ángel de la consolación y le beneficencia. Hablara en el consejo, o en la sociedad, o en el desahogo de la íntima confianza: alentaba en el conflicto el ánimo vacilante del soldado o sin distinción de amigos y contrarios, prodigara a unos y otros el tesoro de su sensibilidad, el inagotable raudal de sus consuelos; el poder de aquel hombre era el mismo: imponderable, irresistible. Ni la beldad sobre el fuego volcánico de la juventud; ni un padre sobre el corazón de hijo sumiso; ni el mandatario sobre la prosternada y envilecida ambición del palaciego, tuvieron nunca el influjo que el valor, la inteligencia y la bondad de este hombre prodigioso, alcanzaran sobre el joven y el anciano, en la sociedad, en las tiendas y en el seno de su familia; sin otros medios que el prestigio de su sonrisa y la magia celestial de sus acentos.

¡Ay! Adolfo era el más hermoso, el más valiente, el mejor hijo de la Francia. Cuando proclamado su nombre delante de tantos héroes, presentaron estos sus armas en acatamiento al nuevo dignatario de la Legión de Honor; cuando los oficiales, salidos de las filas, saludaban al glorioso mancebo, que, arrodillado recibía del general la insignia de la brillante y reverenciada orden; no hubo quizá entre aquella multitud un corazón a quien su gloria y su fortuna amargaran, y que de sentimiento gimiera.

Prosa doctrinal

El temor de la muerte

Nadie ha definido hasta ahora de un modo satisfactorio la vida ni la muerte. Estos dos grandes misterios del ser orgánico permanecen velados por la majestad de Dios para los grandes fines de su sabiduría. La una se concibe por la actividad espontánea, por el pensamiento, por la voluntad, por el ejercicio de las funciones materiales y del organismo; y en vano queremos explicar la otra, diciendo que es un estado contrario a la primera.

Parece indudable que existe en nosotros un principio vital que vela por nuestra conservación; que acude con todas sus fuerzas al lugar amenazado de muerte, a fin de rechazar o neutralizar el ataque, y que como una segunda Providencia nos proteje sin ser llamada, nos salva sin ser sentida. ¿Pero cuál es la esencia de este principio? ¿Qué leyes rigen su benéfica acción? ¿Cuáles son, por decirlo así, las reglas de su gobierno en el cuerpo humano? La medicina dejará de ser una ciencia empírica cuando las conozca; y entre tanto, la ignorancia en que acerca de ellas está hace de la vida un misterio, que acaso será eterno.

Se dice que vivimos porque somos, y que morimos porque dejamos de ser. Explicación incompleta, porque ¿quién puede asegurar que el anonadamiento del hombre es absoluto en el sepulcro? La muerte es un modo de ser diferente del de la vida, pero acaso no opuesto a él. Mejor sería decir que es el principio de otra vida con una serie distinta de fenómenos; sólo que entonces se suceden fuera de nuestra vista con un movimiento imperceptible y una vitalidad de que no pueden dar testimonio nuestros sentidos.

Por lo demás, la muerte es un bien tan precioso como la vida; sin ella sería ésta una maldición, la felicidad una quimera y Dios un monstruo.

Y, sin embargo, el hombre la teme, y el blanco de todos sus esfuerzos mientras dura su peregrinación en este valle de lágrimas es el de evitarla. Un instinto poderoso nos mueve a repelerla con todas las fuerzas del cuerpo y del alma, presentándola a nuestra imaginación aterrada como el mayor de todos los males. Y no es, por cierto, el dolor físico lo que la hace temible, pues en circunstancias ordinarias no creo que haya un solo moribundo para el que el bien de la existencia no sea preferible a una serie constante de padecimientos y miseria.

«La idea de nuestra última hora -dice Bichart(3)- no es dolorosa sino porque termina nuestra vida animal, y porque hace cesar todas las funciones que nos ponen en relación con los seres que nos rodean. La privación de estas funciones es la que cubre de espanto y terror las márgenes de nuestro sepulcro».
«Considerése -dice- al animal, que tiene poca vida exterior, y que no tiene relaciones más que para satisfacer sus necesidades materiales, y veremos que nada teme viendo próximo el momento en que va a dejar de existir».
Ya Magendie(4) hizo conocer lo infundado de esta observación alegando que el animal no teme el momento en que va a dejar de existir, por la sencilla razón de que, sintiendo sólo lo presente, no conoce o, por mejor decir, no tiene conciencia de ese instinto; que si padece en la

proximidad de la muerte, el dolor se manifiesta por las señales acostumbradas; pero que sólo experimenta el dolor del momento, sin conocer cosa alguna más allá de su fin material. Siendo de notar que el niño se halla enteramente bajo este aspecto en el mismo caso que los brutos.
Pero esta justa impugnación al símil propuesto por «Bichart», no falsea enteramente su opinión, por más que la debilite; a tiempo que yo creo ver muchas y poderosas razones que la destruyen de un modo incontestable.

El hombre que habiendo atravesado ileso y feliz el tempestuoso mar de la vida, llega al fin de una dilatada vejez(5), muere por partes: primero en el exterior, luego en el interior; primero en las funciones, luego en el organismo. Ciérranse en él los sentidos, unos después de otros, como las puertas y ventanas de una casa mortuoria, y caminando la muerte desde la circunferencia al centro, extingue la existencia en todas partes hasta que llega al corazón, último centinela de la vida. Debilitase la vista; piérdese el oído; el tacto se hace oscuro y poco manifiesto; se embota el sentimiento; la barba y los cabellos encanecen; un gran número de éstos caen por falta de jugos nutritivos, y los olores no producen en el olfato sino una débil impresión; sí, el gusto sobrevive algún tiempo a esta ruina general, decae la percepción, la imaginación se embota y a la inacción del cerebro sigue inevitablemente la debilidad de la locomoción y de la voz. A este cúmulo de males con que se acerca la muerte paso a paso, se añade, para el viejo, la destrucción de la memoria de lo presente, cuando, por el contrario, el recuerdo de lo pasado, vivo aún y permanente, le hace padecer el tormento de comparar con el mal del momento el bien perdido, con el goce que ya pasó para siempre, la privación que va en aumento.

Pues, sin embargo, este ser caduco que se desmorona bajo la tremenda fricción de los años; esta ruina aislada en medio de la naturaleza, como la piedra en el desierto; abandonado de todas las sensaciones agradables y separado por su falta de los objetos que le rodean, ama la vida más y más, a proporción que se acerca la muerte, y la ama con mucho más ardor que el joven lleno de lozana y pura vida, que está unido al mundo por cada poro de su cuerpo y por cada sentimiento de su alma.

¿Cómo explicar este hecho por medio de la opinión de Bichart? ¡Imposible! El viejo ha perdido ya esas funciones que lo ponían en relación con sus semejantes, y cuya pérdida es la que según aquel autor nos llena de espanto y de terror en la hora de la muerte. Y el joven, por el contrario, lleno de sentimiento y de vitalidad, sin desengaños ni recuerdos dolorosos, marcha en la vida unido a cuanto existe por medio del placer.

No se diga que en él, por lo mismo, tienen más efecto las pasiones que hacen arrostrar sin temor la más terrible muerte, porque el hecho que hemos asentado se verifica del mismo modo que en el campo de batalla, donde por lo común es la muerte repentina; en ese lecho de mortificación lenta y gradual en donde el hombre mide por adarmes su aniquilamiento, cuenta por minutos la hora fatal y oye el ruido de los pasos de la muerte.

La mujer, más sensible que el hombre a la impresión de los objetos exteriores, más afectuosa en las relaciones morales de la vida, menos, distraída de ellas por el bullicio del mundo y sus afanes; la mujer, aunque débil, muelle y cobarde, mira con más serenidad el sepulcro que el hombre tan pagado de su valor, de su magnanimidad y de su fuerza.

¿Cómo explicar, repetimos, estos hechos por la opinión de Bichart?

Librodot

¡Oh, no! El temor a la muerte no es sólo en el hombre el sentimiento de perder la vida. Ese temor proviene de una causa moral y filosófica, en que interviene un elemento moral desconocido y negado en vano por los que, rehusando al hombre la noble dote del espíritu, se obstinan en no ver en él sino una máquina más perfecta que la del bruto; hombres para quienes el cerebro es el alma, y el escalpelo la filosofía, no dudamos en decirlo y lo decimos con entera convicción; el temor a la muerte es una función de la conciencia, que unida a la memoria y al sentimiento religioso hace luchar en nuestra mente las imágenes de lo pasado y los oscuros presentimientos del porvenir.

En el momento terrible que precede al de la destrucción de nuestro ser, la vida se presenta compendiada, por decirlo así, a la memoria, y la dura idea de perderla hace que olvidados de las amarguras padecidas la lloremos como un bien. Por su parte la conciencia, reuniendo sus acuerdos, se presenta armada, al hombre, con los remordimientos de sus faltas, a tiempo que el sentimiento religioso manifiesta entreabierta a los ojos del espíritu la puerta de ese mundo invisible, en donde la eternidad se apodera del premio y del castigo.

Y en vano, se objetará que este concurso simultáneo de la memoria, la conciencia y el sentimiento religioso, que como testigo, juez y sanción de nuestras acciones rodean nuestro lecho en la hora de la muerte, no tiene lugar sino para el hombre civilizado. Porque los elementos de este juicio han existido siempre en todos ellos; y la historia nos enseña que en cualesquiera tiempo, circunstancias y lugares se ha verificado.

El sentimiento religioso es un instinto ta inseparable de nuestro ser como el que nos ordena conservarnos; si este nos hace amar la vida perecedera del cuerpo, aquél mantiene vivo nuestro afecto a la vida inmortal y misteriosa del espíritu.

El salvaje americano canta alegremente su adiós a la existencia en medio de tormentos cuya sola idea nos hace estremecer; o reclinado al pie de un árbol de sus selvas aguarda impaciente a que la muerte, desatando los vínculos que lo unen a la vida, lo lleve a otras regiones en donde los festines, el canto, la música, la guerra o los trabajos del campo, son eternos. ¿Por qué no temen estos hombres la muerte, que un sentimiento instintivo nos mueve a conservar? ¿Será acaso porque libres, sin cuidado, sin necesidades ficticias, sin crueles desengaños y dueños absolutos de tierra próvida y hermosa, carecen de goces, de sentimientos y dulces relaciones con los señores que lo rodean...? Es porque en ellos las ideas de derecho y de deber son imperfectas; oscuro por falta de la revelación el sentimiento religioso; indolente la memoria, y en fin, porque al paso que la conciencia duerme en sus almas ignorantes y ciegas, juzgan que la muerte les da un derecho indisputable y absoluto a una vida entera de reposo y de placeres.

¿Por qué los griegos y romanos, sin apego a la vida, buscaban la ocasión de sacrificarse por la patria, y los antiguos escandinavos pedían al cielo como un bien la muerte en la batalla? Porque en esos pueblos a falta de una religión moral como la cristiana, habían divinizado el valor y el patriotismo, y los sacrificios que ellos inspiraban tenían derecho al triunfo en el paraíso de Odin y en los Campos Elíseos.

Pudieron hacer otros muchos argumentos deducidos del raciocinio y de la experiencia; pero creemos que en el juicio de las personas medianamente instruidos en la historia y en la filosofía, lo dicho hasta para probar que Bichart emitió una opinión falsa cuando,

despreciando el sentimiento de la conciencia y el del sentimiento religioso, atribuyó sólo a la memoria el temor de la muerte.

Por lo que toca a nuestro modo de pensar, creemos poderlo resumir en estas conclusiones:
El temor a la muerte es una función mixta de la memoria, la conciencia y el sentimiento religioso, las cuales hacen luchar, en nuestra mente, las ideas de lo pasado a un mismo tiempo que los presentimientos del porvenir.

En los ancianos es mayor que en los demás hombres ese temor, porque en ellos la memoria de lo pasado es exclusiva, y porque a mayor número de días corresponde por desgracia mayor número de faltas.

Distraído el joven de lo pasado con las impresiones de lo presente, rico en ilusiones y sentimientos expansivos, y libre del peso de muchos recuerdos punzadores, deja la vida sin miedo, con aquella indolencia generosa que caracteriza la edad de las pasiones y de los placeres.

La mujer es toda amor, toda esperanza, y en estos dos sentimientos está cifrado el sentimiento religioso, porque la fe es amor y el amor de Dios es la esperanza. Y como en ellas la memoria no recuerda por lo común crímenes atroces, compensa la conciencia leves faltas con oportuno arrepentimiento.

(Semanario Pintoresco Español. Madrid, 1848, pág. 29.)

Estética y crítica

Discurso de ingreso en la Real Academia Española

Mi veneración a la Academia Española data de los primeros años de mi existencia y vive unida en mí a los recuerdos de aquella edad en que el ánimo y la inteligencia reciben a modo de tierra virgen la semilla de los efectos que difícilmente se borran, de las pasiones que tarde se apagan y de las ideas que jamás se olvidan. Al pisar el umbral de las escuelas, niño aún, aprendí los elementos que forman la base de toda educación literaria, en los libros con que promueve la común enseñanza esta docta corporación. Creció en mí con el tiempo, y consiguiente mejora en los estudios el respeto debido a las fructuosas tareas de su institución; joven, pensé muchas veces con emulación generosa, aunque humilde, en la gloria de sus miembros, y ya en la edad madura, cuando con los tristes años adquirimos el aún más triste privilegio de ver y juzgar las cosas y los hombres a la sola luz de la razón, que los despoja de colores y prestigios engañosos, examinando lo que ha hecho, y comprendiendo lo que puede hacer, la reconocí por primer cuerpo literario de la nación, junta selecta de sus más claros ingenios, conservadora de la lengua, maestra de la juventud, seguro asilo reservado al ejercicio libre y plácido de la inteligencia en medio de la agitación intrincada y tumultuosa de la sociedad de nuestros tiempos.

Considerad, pues, señores, cuántos y cuán varios deben ser los afectos que me agitan al verme pública y solemnemente recibido en cuerpo tan ilustre como de mi reverenciado, yo que me humillaba ante su nombre sin haber concebido nunca la atrevida esperanza de pertenecerle; yo, que con nada puedo justificar, ni aun a mis propios ojos, tamaña honra, si ya no fuese con

el ardentísimo amor que he profesado siempre a la lengua y letras patrias, pues no merece recordarse uno que otro oscuro y pobre fruto que he logrado de su cultivo en las treguas de reposo que me dieran las vicisitudes de una vida condenada a todo género de azares y conflictos.
Como quiera, menester sería que, insensible a los estímulos de una nueva ambición, tuviese en poco el buen concepto de las gentes y no sintiese ninguno de los encendidos anhelos que dan calor al alma y vida al espíritu, para que no experimentase un involuntario movimiento de gozo y aun de orgullo, el hombre a quien favoreceis con distinción que la vida más gloriosamente empleada en el sublime culto de las musas aceptaría agradecida como último premio y corona de sus triunfos. ¿Por qué disimularlo? Siento ese gozo en lo íntimo del corazón, y él da de mi gratitud a la Academia más alto, más elocuente testimonio que pudiera ofrecerle nunca mis palabras.

Y cumplido ya, señores, el deber que me imponía el agradecimiento, es llegado el caso de satisfacer la deuda, no menos sagrada, que vuestra bondad me ha hecho contraer con mi predecesor, el marqués de Valdegamas. Cuando semejante obligación no estuviese autorizada por justos respetos, todavía, con permiso de la Academia, me la habría yo impuesto en la ocasión presente para rendir al que la muerte acaba de arrebatarnos a deshora, con duelo de propios y de extraños, el homenaje de respeto y honor que merece su memoria. Mengua nuestra sería que la culta Francia, maestra excelente del buen gusto y juez idóneo de toda clase de merecimientos, hubiese esparcido lágrimas y palmas sobre la tumba de nuestro ilustre conciudadano, y que nosotros contemplásemos esa tumba, herencia de la Patria, con ojos distraídos y secos, sellado el labio y mudo el corazón.

Así, la piadosa costumbre de las corporaciones sabias con la cual, al paso que honran a sus individuos finados, cumplen con lo que exige su propio decoro, y realzan la dignidad ilustre de las letras; la necesidad de una manifestación solemne de dolor que corresponda y sirva de eco al dolor del público; el patriotismo; la justicia; nuestros mismos recuerdos, que parece evocan la sombra de nuestro célebre compatriota en este recinto donde algún día resonó entre aplausos su elocuente y poderosa voz; todo me obliga a hablar, siquiera sea de paso y con enojosa brevedad, de las altas prendas que hicieron de él uno de los más gallardos escritores de esta nuestra España, escasa ahora en ventura, pero rica siempre en valor y tan a la continua fecunda en grandes ingenios como en virtudes magnánimas y heroicas.

Arduo es el designio; acaso también extemporáneo, pues no para todos los hombres dignos de nota empieza la posteridad en el sepulcro. Los que han manejado altos negocios en el mundo, o escrito sobre doctrinas y sistemas opinables, han menester jueces remotos, que no contemporáneos, en atención a que sólo el tiempo suele dar a las censuras o a los elogios la exactitud, templanza e imparcialidad que los abonan. Mas ya que no me es dado excusar el empeño, abriré la senda que mejor que nosotros recorrerán los venideros, y lo haré desobligado de toda afición ajena del amor a la verdad, poniendo el hombre y sus obras al peso de mi libre conciencia, sin más temor que el que me inspira mi pequeñez, desigual por todo extremo a la grandeza del asunto.

No todas las lenguas permiten que el carácter individual de los que las aplican a la literatura se refleje en sus escritos; pero, a no dudarlo, es la nuestra (a lo menos entre las neo latinas), la que, por su riqueza, flexible contextura y maravillosa variedad de locuciones y giros, concede más ensanche y libre movimiento al ingenio, prestándose, digámoslo así, como masa tierna y suave, a recibir todas las formas que quiera imprimirle cada espíritu. Por lo cual, respecto a

nuestros escritores, más quizá que respecto de los de ninguna otra nación moderna, se puede en rigor decir: el estilo es el hombre.

No pretendo, señores, que las obras del marqués de Valdegamas estén exentas de faltas literarias, ni mucho menos que deban servir de acabado y preferente modelo de pureza y buen gusto a los que deseen cultivar con provecho nuestro idioma; pero, en mi sentir, ninguno de nuestros prosistas, ya antiguo, ya moderno, logró nunca estampar más hondamente que él en sus discursos y en sus escritos el sello de aquella predisposición o índole nativa que constituye la invención y la originalidad en la elocuencia. De tal modo que, ya hablando, ya escribiendo, y ya se preparase con el estudio y la meditación, ya improvisase: siempre es el mismo; siempre es, y por extremo, diferente de los demás; siempre, en sus errores o en sus aciertos, con sus lunares o con sus bellezas, no solo tiene fisonomía propia y peculiar, sino que esta fisonomía, merced al predominio de las mociones espontáneas del ánimo, retrata al vivo la rica naturaleza de su corazón y de su alma. Nunca se pintó nadie a sí mismo en producciones del ingenio literario con tal verdad como él en las suyas. Hablaba como escribía; escribía como hablaba, y de forma hablaba y escribía, que, sobre ser único y solo en el lenguaje y estilo, la reforma de éstos habría sido empresa superior a su propia voluntad y fuerzas, a lo menos en la época de los primeros arrebatos de su ardorosa fantasía.

Hay, pues, analogía, o mejor diré, identidad del carácter de nuestro autor con su estilo, y como éste, cualesquiera que sean los asuntos, es invariable en la estructura y las formas, no vacilo en afirmar que el marqués de Valdegamas poseía la cualidad sobresaliente de los grandes ingenios, a saber: la unidad que ilumina y explica sus obras; que permite estudiarlas siempre a una misma luz y bajo un mismo aspecto; que pone de manifiesto la clase del hombre moral e intelectual; que descubre, en fin, el principio y móvil supremo de su espíritu.

Demás de que sean cuales fueren las materias en que un grande y poderoso en entendimiento se ejercite, siempre aparece dominado por cierta facultad particular que viene a ser como un instinto que le mueve, y que ayuda a discernirle. La política en sus más altas relaciones con la historia, y la historia y la política explicadas por el dogma católico fueron el asunto predilecto de los estudios y meditaciones del marqués de Valdegamas, el blanco a que, cuando involuntariamente, cuando de propósito, dirigía sin descanso ni vagar sus pensamientos, puesta la mira en penetrar el destino de las naciones; en descubrir el principio y fin del hombre y de la humanidad; y en demostrar la perfecta concordancia que ha tenido, tiene y tendrá la vida de la humanidad y del hombre con la ley revelada, que es regla y providencia de todo cuanto existe. ¡Arcanos insondables que ha puesto Dios entre lo conocido y lo ignorado, y entre lo finito y lo infinito, como otras tantas lindes eternamente inaccesibles a nuestra imponente curiosidad y vana ciencia!

Casi todos los escritos de nuestro malogrado académico, o por lo menos los de más excelencia, confirman cuanto acabo de decir, y puesto que cualquiera de ellos podría servir al intento de analizar su estilo y la índole de su ingenio, todavía quiero para el caso elegir el que a todos los resume y comprende: el Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo, obra ésta de la edad madura del autor, así como la última, la más lata y más detenidamente elaborada de las suyas, y donde con más brío y lozanía se ostentan, se desenvuelven y batallan sus teorías, luce su talento, brilla su dicción y resalta el singular contraste de dulzura en el carácter y de dominación en el espíritu que distingue, entre las conocidas, su alocución fogosa y levantada.

En este libro, destinado a examinar las más abstrusas cuestiones religiosas, morales, sociales y políticas, que discute y da por resueltos los más hondos problemas humanos y que quiere explicar dogmáticamente muchos misterios divinos: en este libro, por más de un concepto singular y extraordinario, no aparece, sin embargo, asomo siquiera de duda, rastro alguno de vacilación o de incertidumbre en la mente, ni en la frase del escritor. La creencia es firme, incontrastable el ánimo, absoluta la afirmación, imperioso el lenguaje. El hombre a quien muchos y fuertes vínculos de todo género ligaban a un partido político determinado, rompe con él, combate sus principios y le moteja de erróneo, infecundo y corruptor. El amigo de la sabiduría, admirador y discípulo de los grandes pensadores que en todos tiempos han ensanchado el dominio de la inteligencia, después de haber aprendido a tener en poco a todos los filósofos y a todas las filosofías, avanza un paso más y niega rotundamente la verdad de sus sistemas. El que años antes, sentado en una cátedra famosa de esta corte, se esforzaba en demostrar que la fuente de la soberanía y del derecho es la razón, no se contenta ahora con repeler la facultad de juzgar, sino que reputa perniciosa la facultad de discutir; la controversia, según podemos deducir de sus palabras, es una ilusión intelectual, una luz engañosa que ora quema, ora ofusca, pero jamás ilumina. Si hemos de asentir a su fallo, la libertad es siempre cómplice de la herejía, y la independencia humana no más que el triste privilegio de dudar, negar y destruir, ocasionando natural y fatalmente el triunfo del error y del pecado en este mundo. ¿Qué más? La razón de por sí es incompetente para todo: para juzgar del bien y del mal, de la verdadero y de lo falso; para conocer su propio origen y naturaleza; para definir su marcha y desenvolvimiento, su acción en la vida de la Humanidad, su ministerio en la Historia. La razón que a sí misma se busca para estudiarse y conocerse sólo puede llegar con sus vanos esfuerzos al escepticismo y a la nada. El bien, finalmente, no es posible sino por medio de la acción sobrenatural de la Providencia, ni es dado concebir el progreso más que como resultado necesario de la sumisión pasiva y absoluta del elemento humano al elemento divino, y no de otra manera.

Aseveraciones son éstas ante las cuales hubiera retrocedida, lleno de espanto, un espíritu común; pero el de nuestro esforzado controversista las fue deduciendo una a una, con dialéctica inflexible y admirable impasibilidad del principio en que estriba su sistema, principio que se reduce a hacer de la teología el fundamento, la clave y punto de partida de todas las ideas generales a la constitución de la sociedad y a las instituciones y gobiernos de los pueblos. Así, toda cuestión, ya social, ya política, lleva en sí, visible o latente, una cuestión teológica, en tales términos que no es posible establecer ningún sistema tocante a aquellos puntos, sin referirle, bien implícita, bien explícitamente a un sistema, a una teoría, a una noción cualquiera de Dios en su esencia y atributos. De donde se deduce que la teología es la ciencia de las ciencias, la que todo lo abarca y comprende; de suerte que cuando se ha escrito hasta ahora con nombre, sin duda usurpado, de ciencia política y social, queda reducido a la humilde categoría de combinación arbitraria del entendimiento humano.

Una doctrina que incluye la ciencia en el dogma, que todo lo somete y rinde sin condiciones al principio de autoridad religiosa y política, que aniquila la libertad y en que el hombre aparece absorbido por la inmensidad de Dios; ¿se diferencia en algo el quietismo del fatalismo? La solución que da el Ensayo al problema del libre albedrío, problema que ha atormentado el entendimiento de los más insignes pensadores de todos los tiempos; problema que comprende en estrechísimo enlace los no menos importantes de la vida propia de la conciencia, de la moralidad de las acciones, de la responsabilidad del ser humano, de las penas y recompensas, del merecimiento y la expiación, de la justicia, del deber, del derecho: la solución, digo, que ha dado al Ensayo a este inmenso y temeroso problema, ¿por ventura es

la misma que ya le dieron los padres de la iglesia, en la esfera de la verdad católica, la que le han dado los filósofos en el campo de la metafísica, la que le da la Humanidad misma en el teatro de la Historia? ¿Ese libro, ni invalida cuanto en el transcurso de los siglos ha adelantado el espíritu humano en materia de ciencias morales y políticas? ¿No presupone el trastorno, imposible para Dios mismo, de la naturaleza, sucesión y ordenamiento de los hechos consumados? ¿No recusa todo progreso en el camino de la civilización, toda mejora en la condición del hombre y también la eficacia intrínseca de las instituciones en el gobierno del individuo y de la sociedad? ¿No hace flaquear los fundamentos de la verdad y destruye los elementos de la certidumbre? ¿No conduce como por la mano a la duda universal? Sus inexorables y aterradoras afirmaciones, ¿no vienen, por desgracia, a dar el mismo resultado que la negación absoluta; negación de la actividad moral e intelectual del hombre; negación de la unidad orgánica de la familia humana, negación de la filosofía; negación, en fin, de la justicia, de la esperanza y de la Providencia?

Otros, trazando un rayo de luz a estas tinieblas para aclarar tamaño cúmulo de dudas, decidirán si las teorías del Ensayo concuerdan o no con el análisis de las facultades del hombre, con la conciencia del género humano, con el espíritu del Evangelio, con los anales de la Iglesia Católica ortodoxa y con los intereses de la religión, los cuales, en realidad, siempre han salido lastimados y maltrechos de todo profano consorcio con ideas de temporal exaltación y predominio.

Por fortuna la Academia ni es asamblea política ni concilio, y no hay para que me entrometa yo a discutir en su seno las encumbradas y misteriosas cuestiones que suscita el Ensayo. Mas aunque para vosotros, señores, en cuanto corporación, no sea el mundo una liza, sino un espectáculo, todavía me habéis de permitir que emita mi opinión acerca de las novedades que aspira a introducir en él la doctrina del señor marqués de Valdegamas.

Y así diré que, cuando este gran dialéctico llega de deducción en deducción al gobierno teocrático, o sea al gobierno directo y personal de Dios ejercido por medio de sus ministros delegados, los sacerdotes y los reyes absolutos, y cuando, a mayor abundamiento, aconseja que se escojan para el régimen y dirección de las cosas humanas de entre los sabios a los teólogos y de entre los teólogos a los místicos y contemplativos, obedece a las inspiraciones de una escuela extranjera y olvida o desprecia la Historia y las tradiciones nacionales y el temple del carácter español.

¿Por qué lo callaría yo aquí donde se pueden decir útiles verdades, aquí donde hay hombres capaces de escucharlas y apreciarlas todas? Ni la teocracia ni el absolutismo son plantas indígenas del suelo generoso de nuestra Patria. El Gobierno de los godos, si no era completamente teocrático, daba una grande importancia a este elemento. Mezcla absurda de los principios más opuestos entre sí; alternativamente eclesiástico o militar; siempre tiránico, murió dejando unido para siempre su recuerdo al de la dura cuanto merecida expiación de Guadalete. Exótico como ese bastardo sistema, el absolutismo, de precedencia austríaca, nació para daño y mengua nuestra, en el sangriento campo de Villalar. Española, sí, de puro y limpio origen español, hija legítima y gloriosa del genio nacional es la guerra épica de ocho siglos que remató en los muros de Granada. Española, sí, es la guerra, toda ella heroica, a que dio memorable principio el 2 de mayo.

Ni cabe imaginar un país más fecundo que el nuestro en alternadas y opuestas enseñanzas de libertad y despotismo. Donde quiera que la Historia registra un hecho memorable, una gran

reforma, una mejora útil, una institución generosa, vernos, o la acción libre del pueblo, o la mano paternal de un rey que sabe y quiere acomodarse al carácter de los súbditos. Donde quiera, por el contrario, hallamos una perturbación, una iniquidad, una tiranía, allí, indagando causas y rastreando orígenes, tenemos que reconocer la fuerza mayor de un monarca mal aconsejado que, con ofensa y desdoro del genio nacional, sugiere violentamente en el Gobierno patrio instituciones extranjeras.

La defensa y conservación del patronato y demás regalías de la corona ha sido uno de los principios fundamentales del derecho público de España desde Fernando e Isabel hasta Carlos III, y fue constante anhelo de este buen príncipe hacerle triunfar de una vez para siempre en sus Estados. Fieles a esta causa han sido nuestros más ilustres reyes y cuantos varones han tenido entre nosotros excelencia en letras divinas y humanas, en piedad en patriotismo, en el ordenado y justo ministerio de la República, desde Jiménez de Cisneros hasta Campomanes, desde Melchor Cano hasta el venerable Palafox, desde Hurtado de Mendoza hasta Jovellanos nuestros más insignes jurisconsultos, nuestros más profundos ideólogos, nuestros más hábiles ministros.

¿Cómo podía ser de otra manera? El absolutismo y la teocracia ni son españoles ni cristianos, cuanto más, si bien se mira, España no ha sido en lo antiguo otra cosa que un conjunto de reinos o provincias libres formadas por la Naturaleza, constituidas por las primeras razas pobladoras, caracterizadas por lenguas y costumbres varías y sostenidas por leyes y fueros privativos. Gobernáronlas reyes, es verdad; pero eran administradas por comunidades, ayuntamientos y concejos; aunólas, es verdad, la religión, pero sólo cortas porciones del territorio nacional fueron políticamente regidas por la Iglesia.

Mas no importa: cualquiera que sea la parte de verdad, ya relativa, ya absoluta, ya racional, ya histórica, contenida en el sistema del señor marqués de Valdegamas, y sea cual fuere el juicio que se forme tocante a la posibilidad y conveniencia de aplicarle a la gobernación de príncipes y pueblos, siempre, y por muchos conceptos, será para nosotros el Ensayo un libro de gran curiosidad e importancia.

Como libro de controversia, nos lleva a los últimos términos de una doctrina, que, más o menos atemperada por la inconsecuencia o dulcificada por cobardes concesiones, han sostenido en el vecino reino, con no común aprobación y mucho estrépito, algunos hombres entendidos, con lo cual advierte, aun a los menos avisados, del espíritu y tendencia de su escuela.

En el flujo y reflujo incesante de ideas que trabaja a nuestro siglo, y en una época en que todas las producciones del entendimiento, cualquiera que sean sus formas, ejercen imperio en la opinión, los escritos que despiertan la inteligencia moviéndola a pensar y excitándola a discurrir sobre asuntos de común provecho, son útiles por igual a las costumbres y a las letras. Discurre y falla el Ensayo y al discurrir y fallar nos enseña a escoger las alas de la meditación filosófica en los inconmensurables espacios de su dominio. ¡Caso tan raro como cierto! El libro que declara impotente la razón, es él mismo un testimonio elocuentísimo de su fecundidad y de su fuerza, y maravilla ver cómo, al paso que condena la discusión, nos ofrece en todas sus páginas una prueba más, sobre las infinitas que ya existen, de que sin el público se debate que avigora, depura y dirige a buen término el razonamiento, carecerían de sanción la verdad, de correctivo el error, de luz y vida el mundo.

En suma, considerando el Ensayo sólo con relación a la persona del autor, bien se puede decir que el libro es el hombre; porque allí vive éste, respira y habla; allí se nos viene a los ojos con su manera propia de escribir y de pensar; allí se difunde con ímpetu libre rompiendo todo linaje de compuertas. El libro es él: con sus grandes defectos, con sus grandes cualidades, siempre grande.

Un ingenioso escritor español ha dicho del marqués de Valdegamas, que había en él mucho de poeta y mucho de filósofo, y lo que tenía de filósofo le sobraba y estorbaba para ser poeta, así como lo que tenía de poeta le sobraba y estorbaba para ser filósofo.

¿Son por ventura incompatibles, según esto, las dotes de ingenio que piden la poesía y la filosofía?

Tan lejos estoy de creerlo así, que tengo por cierta la opinión contraria; pues, a lo que entiendo, ni todo es pura inspiración en el poeta, ni todo pura abstracción en el filósofo. El uno, sin ejercicio viril del entendimiento, sin meditación, sin razonada observación de las cosas y los hombres, sin filosofía, sólo conseguirá comunicar un soplo de efímera vida a las creaciones fantásticas de la imaginación desordenada, de la pasión sin regla, del pensamiento sin ley, o bien circunscrito a la imitación servil de la naturaleza, idólatra de lo sensual y lo plástico, nunca abrirá al entendimiento los horizontes infinitos del espíritu, ni comprenderá siquiera la casta y luminosa serenidad que eternamente resplandece en las obras del arte verdadero. Por lo tocante al filósofo, si no tiene imaginación que le haga sensible a las escenas de la naturaleza y del mundo, ni intuición de la belleza ideal, ni entusiasmo, ni poesía, ¿qué otra cosa será jamás sino un forjador de estériles quimeras, destituido de elevación y de elocuencia? No se comprende que Dios conceda sus más ricos dones para que se neutralicen o se excluyan. Más me inclino a pensar que de tarde en tarde favorece con ellos a algunas inteligencias privilegiadas, para que puedan vislumbrar en armonioso conjunto la belleza y la verdad de sus divinas obras.

Y es lo cierto que el autor de Ensayo poseía y ejercitaba con igual maestría las dos fuerzas o facultades extremas de la mente, es a saber, el razonamiento y la imaginativa. y que por un raro privilegio, concedido tan sólo a los ingenios vigorosos y fecundos, veía instantáneamente y de lleno las cuestiones, descifrando lo que tienen de particular o general, de relativo o absoluto, de necesario o de contingente.

Si no contaba su inteligencia entre las que abarcan muchas ideas distintas, o para compararlas, o para someterlas a síntesis profundas; sí, esclavo de su propio entendimiento, no veía casi siempre más que un solo lado de las cosas o un solo orden de conceptos, acreditándose así, menos que de libre pensador, de insigne lógico: poseía no obstante aquel género de capacidad que concibe y desenvuelve todas las aplicaciones de un principio o de un sistema. Asienta una premisa, y nadie la aventaja, que antes bien excede a todos, en sacar de ella el caudal completo de sus precisas consecuencias; y como no tiene miedo de sí mismo, ni del mundo, ni de lo que a su juicio es la verdad, arrostra con todo, no ceja ante las apariencias de la paradoja, ni transije con sus adversarios, ni da treguas a los sistemas que impugna, ni pone la consideración y mira en otra cosa que en sacar triunfantes del combate sus leales convicciones.

Afirma con resolución y niega con imperio, porque se llama campeón del dogma, y el dogma no se manifiesta sino por medio de afirmaciones o negaciones magistrales y absolutas. Su

Librodot

dialéctica acosa a sus contrarios y los encierra en un círculo de fuego; y con todo, no empece en ella lo inflamado a lo exacto, lo vehemente a lo sutil, lo valiente y grandioso a lo templado y galante. Más dado a la acometida que aficionado a la defensa, es consumado, como todos los grandes tácticos intelectuales, en el arte mañero de atraer a su propio campo al enemigo obligándole a aceptar sus armas y estrategia.

Versado en las letras sagradas y profanas, distingue y caracteriza con tino y admirable sagacidad las religiones y los sistemas filosóficos, las escuelas y los maestros, las ideas y las tradiciones, las cosas y los hombres, las circunstancias transitorias y el rico, variado y complexo carácter de los tiempos. Apoyado en el principio que sirve de fundamento a su doctrina, y puestos los ojos en el cielo, levanta el tono hasta donde remonta el pensamiento; y vuela éste, majestuoso y sereno, de los últimos efectos a las primeras causas, de lo temporal a lo eterno, de lo conocido a lo desconocido, del hombre a Dios, penetrando (como él mismo dice bella y pintorescamente de Vico) «en las misteriosas fuentes del río de la humanidad, escondidas más allá de los inciertos albores de la historia y de las ráfagas de luz intermitentes y engañosas de la fábula».

Estas son las cualidades de filósofo que brillan en el señor marqués de Valdegamas; y cierto, en la aplicación que ha hecho de ellas, no le reputo inferior a los maestros de la escuela neocatólica francesa.

Ni fue menos bien abastado por la suerte en dotes de poeta, como lo testifican, al par que sus escritos, sus discursos; que pues todo talento brota, como de fuente viva, de gérmenes innatos, en él lo eran el espíritu religioso, el amor a las verdades morales, el gusto a lo sobrenatural y maravilloso, la pronta y lucida percepción de lo bello, la facultad eminentísima de generalizar las ideas y de idealizar los objetos y las afecciones, la propensión irresistible a los contrastes y aquella fina sensibilidad que, si tal vez somete indefenso al nombre a la influencia de impresiones peregrinas, movibles y caprichosas, le da en cambio el calor de alma y la vivacidad de pensamiento que son, para las obras del arte, lo que para las flores el sol, la tierra, el cielo.

Pues bien: el libro a cuya formación concurrieron tales y tantos elementos, no peca porque su autor los haya empleado de manera que unos y otros se embarcan, desautoricen ni desluzcan.

Si consideramos el fondo de la obra veremos no ser ésta más que un nuevo, aunque elocuentísimo, alegato en el proceso que de tiempo inmemorial, sin término, sin juez, y sin esperanzas de sentencia, sigue la razón consigo misma, con Dios y con el mundo. Porque si en este proceso es presuntuosa la razón que se califica de infalible, la que se tiene por incompetente para conocer y fallar, es absurda y cae en contradicción cuando conoce y falla. Si en él se apela al dogma, la Iglesia, como su única y legítima guardadora, declara, define y no discute. Tratado han de teología, filosofía y política cristiana, entre otros varones eminentes, San Pablo, San Agustín, San Clemente de Alejandría, San Ireneo, San Anselmo y Santo Tomás de Aquino, denominado con razón el Angel de las Escuelas; pero ¿qué ojos de hombre verán nunca más ni mejor que vieron, en materias religiosas, eclesiásticas y aun literarias, los de aquellas águilas divinas, demoledoras del mundo antiguo y columnas fortísimas del nuevo? ¿Quién, en asuntos de fe, se atreverá a creer donde ellos dudaron, a dudar donde ellos creyeron, a afirmar o negar lo que ellos negaron o afirmaron? Y si apartamos respetuosamente la cuestión del dogma y de sus interpretaciones ortodoxas, para trasladarla al campo en donde luchan sin descanso las memorias de lo pasado con los

presentimientos de lo futuro, ¿quién posee el secreto de Dios?, ¿quién puede antever y señalar el rumbo que desde el principio de los tiempos ha señalado su dedo omnipotente al viaje, atribulado y azaroso, sí, pero también, espléndido y sublime, del hombre y de la humanidad sobre la tierra?

No busquemos, pues, explicaciones sutiles ni recónditas para efectos que las tienen fáciles y llanas en la naturaleza misma de su asunto. Interpretar la doctrina católica; someter al raciocinio los misterios de la religión para inquirir los designios de Dios y declarar por medio de la nuestra limitada su sabiduría infinita; penetrar en el recinto de la fe poniendo forzosamente la planta sobre la imborrable huella que dejaron en su suelo los grandes maestros de la ciencia cristiana; querer construir de raíz el edificio de lo presente y de lo futuro con los escombros de lo pasado; y, tremolando la bandera de la tradición, pretender que el género humano se ampare de su sombra y que retrocedan las corrientes de la civilización a sus orígenes: era empresa sobrehumana que únicamente un grande ingenio podía concebir y cuya sola traza es un prodigio, salvo que llevarla a cumplido remate y término dichoso rayará siempre en lo imposible.

Fuelo, en mi sentir, para él; mas no sería justo que quedase por su cuenta lo que debe mayormente atribuirse a la materia de su escrito. Constreñido por esta y por su propósito a filosofar sobre misterios y dogmas religiosos, dio a la religión cierta forma y lenguaje de filosofía y a la filosofía un cierto término de misticismo dogmático, con lo que hubo de privar a la una de su sencilla majestad y atavío, a la otra con arreos que desdicen de la sobria y severa dicción que le conviene. Demás de esto, cuando el entendimiento humano se empeña en explicar lo que se tiene en opinión de inexplicable o lo es de suyo, semejan sus esfuerzos a una como gimnástica del espíritu de que resulta vencida siempre la lógica natural de la verdad por la dialéctica artificiosa de la fantasía. Nada parece entonces cierto. Piérdese la confianza; ocupa en el ánimo la duda el lugar de la creencia; toma aspecto de paradoja la verdad, de sofisma el razonamiento, de oropel y pompa vana la bizarría del estilo, hasta que, cansado, el lector o el oyente acaban por considerar la controversia como un puro conjunto de especulaciones aéreas forjadas por la mente perdida en los campos sin límites del amor estático o de las cavilaciones metafísicas.

Tal como éste es el juicio que han formado algunos del Ensayo; sin duda por no advertir que el libro parece pequeño sólo porque Dios y la religión son inefablemente grandes, con lo cual una vez más se nos demuestra que el espíritu escudriñador de las altas cosas divinas es siempre y por todo extremo limitado, al paso que el corazón que se abre entero a su amor y reverencia es infinito.

Y así y todo algo muy provechoso, elevado y excelente debe contener una obra que ha obtenido de nacionales y extranjeros muestras tan relevantes como insólitas de aplauso y que ha sido parte para que se inscriba el nombre de su autor en el registro que conserva el de los inmortales defensores de la fe cristiana.

Gloria ésta, señores, a todas luces merecida, pues tiene el Ensayo entre otros méritos el de ser una noble, pura y desinteresada inspiración de conciencia, no un libro de vanidad ni granjería. Atormentado por una persuasión vacilante que a tiempo dormía, a tiempo despertando amenazaba (género de persuasión que es el mayor de los tormentos morales) nuestro ilustre compatriota buscó y halló reposo para el alma atribulada refugiándose en el impenetrable asilo del santuario. Del mismo modo que Pascal, vio que la duda es estéril, y creyó; comenzó

Librodot

por rendir culto a la razón y paró en echar por tierra no sólo el ara y el templo, sino el ídolo. No se conformaba su espíritu inflexible con los partidos que transigen, ni con las opiniones que contemporizan, ni con los sistemas que se forman a retazos, como vil ataracea, de principios diferentes entre sí, y repudió el eclectismo, que antes había sido su escuela filosófica y su doctrina predilecta de gobierno. Estudió la sociedad, meditó las revoluciones, vio el uso que hacían los hombres de la libertad y del entendimiento, y persuadido de que el mal y el error acaban siempre por sobreponerse al bien y a la verdad, pidió al régimen absoluto su dominio y a la sola divina religión su égida salvadora.

¿Dónde están, pues, la veleidad e inconsecuencias de opiniones que se atribuyen al marqués de Valdegamas? El Ensayo, a buena fe, era, y tenía que ser, el término preciso de su carrera filosófica, bien así como fueron jornadas de este viaje intelectual todos sus escritos y discursos anteriores. Y en hecho de verdad, para ciertos espíritus sutiles y curiosos, no hay puerto donde se remedien de las tristezas y zozobras de la duda, si no, es el de la religión; atento que desesperando la mente de penetrar lo incomprensible halla que el dogma, a la ventaja de explicarlo todo, une la de domar el entendimiento con la fe, sosegar el corazón con la esperanza y alumbrar el alma con la llama en que, según la poética expresión de Malon de Chaide, se enciende y no se quema, arde y no se consume, apúrase y no se, gasta.

Nótase, además, que muchos graves motivos debían inducir al marqués de Valdegamas, cuando no a profesar, aparentar la mal entendida consecuencia que consiste en sostener siempre lo que un tiempo se creyó y ya no se cree (donosa manera de virtud, muy al uso); y ello sin más que irse tras el hilo de la gente por el camino de sus primeras opiniones.

Solicitábanle, con efecto, a hacerlo así la medra y crédito que esas opiniones le habían granjeado, el aliciente poderoso del aplauso de sus antiguos amigos, la ventaja de aprobar en libre estadio las fuerzas del espíritu entregado a sí mismo, la influencia del siglo, el ejemplo de varones doctos, los halagos del mundo, la traidora sonrisa de la popularidad.

¿Y qué hizo? Lo que no todos (y con paz sea dicho) harán siempre en igual caso: escuchar y seguir la voz de su conciencia dejando la vía ancha y descampada de la ambición vulgar por la angosta y agria del legítimo merecimiento; dar suelta a la índole de su ingenio, a la naturaleza de su carácter, al temple de la sangre; romper con mano valerosa sus viejas ligaduras. En esta nueva senda debían salirle al encuentro la envidia y la maledicencia para denostarle; las preocupaciones y el orgullo de las escuelas contendientes para hacer mofa y escarnio de su entendimiento; los amigos, convertidos en enemigos para quebrantar su corazón. El lo sabía, y, sin embargo, publicó el Ensayo. ¡Nueva recomendación de una obra que ya califican y ennoblecen otras prendas!; pues considerada bajo el aspecto en que ahora se nos muestra, no es solamente un libro, sino (lo que es más para Dios y debe serio para los hombres) una buena lección y un rasgo de heroísmo.

Pero en la rica naturaleza moral e intelectual de don Juan Donoso Cortés cabían, sin estorbarse ni dañarse unas a otras, todas las excelencias del corazón y del espíritu; pues es bien sabido que, entre las dotes de pensador católico, de filósofo cristiano, de dialéctico profundo al par que ágil en la lucha, sobresalían las de hábil profesor, las de orador bizarro, las de escritor elocuentísimo.

Que tan viva, impetuosa y perspicua fuese su manera de producirse y de explicar en cátedra, pueden decirlo todos aquellos que oyeron y admiraron en el Ateneo de esta corte sus lecciones de Derecho político.

Y cuán poderosa para agitar el ánimo y arrastrar la fantasía su elocución en la tribuna parlamentaria, se infiera de sus discursos, cuyas cláusulas, aunque muertas por faltarles el sonido de la voz, el gesto, el ademán y la mirada, producen leídas, efectos casi iguales a los que ya hicieron pronunciadas. Y nosotros mismos podemos testificarlo: nosotros que oímos esos discursos animados con el calor y la vida que les comunicaba el orador arrebatado de sus propias emociones, no menos que con la vida y el calor que momentáneamente les daba, entusiasmado, el auditorio.

Ni del singular imperio que ejercía en el ánimo de sus oyentes el marqués de Valdegamas hemos menester más pruebas que la que nos ofrece una de las últimas oraciones pronunciadas por él en el Congreso de los Diputados. La prueba a que aludo vale por muchas; es perentoria además; y voy a referirla porque, sobre hacer al caso, puedo dar fe de ella como testigo presencial.

Tratábase el 30 de enero del año 1850 la que hoy llamamos cuestión de presupuestos, muy interesante, sin duda, cuando es en realidad asunto que se discute; muy ociosa cuando hecho que se confirma, o autorización que da; y siempre, y de todos modos, desapacible y nada amena. Apelando, sin embargo, don Juan Donoso Cortés a sus métodos favoritos de razonamiento, colocó el debate en el terreno elevado y general de los intereses materiales contrapuestos a las ideas morales, y arrancando de aquí llegó de un vuelo, con su facilidad acostumbrada, al corazón de la más sublime política teológica. Con decir que su discurso, en pormenores y en conjunto, es el germen, rudimento y clave del Ensayo, y que éste se encuentra, por tanto, virtualmente contenido en él, dicho se está; lo primero, que era en cierto modo ajeno del negocio que se discutía, e impropio del lugar donde se pronunciaba; lo segundo, que hería de muerte los principios políticos que profesaba tanto la mayoría de aquella asamblea como el cuerpo de ministros; y lo tercero, que ello todo colocaba al orador en una situación embarazosa y flaca por extremo.

No hay que pensar qué los espectadores estuviesen dispuestos como los legisladores a escuchar con benevolencia al orador; pues nadie ignora quela parte del público aficionada a las sesiones de Cortes ejerce por su mano en las tribunas una especie de justicia libre y popular, más a menudo hostil que favorable a los actores del drama político del día.

Pues bien: delante del Congreso fue entonces condenado, sin piedad ni remisión; el Gobierno constitucional por el hombre que un año antes, y en aquel mismo sitio, había dicho de semejante Gobierno: «Que no era en casi todas partes sino la armazón de un esqueleto sin vida, gobierno de mayorías legítimas vencidas siempre por minorías turbulentas, de ministros responsables que de nada responden, de reyes inviolables siempre violados». Y el Congreso aplaudió.

Y las tribunas oyeron entonces las más vigorosas y elocuentes inventivas que jamás han lanzado humanos labios a las revoluciones y la democracia; y las tribunas (por lo común democráticas y revolucionarias) aplaudieron. Y cediendo a un impulso irresistible aplaudimos todos: los incrédulos y los creyentes, los vacilantes y los firmes, los pobres de espíritu y los orgullosos, los ignorantes y los sabios: todos, todos; si no convencidos ni persuadidos,

penetrados de admiración al talento de aquel varón singular y del respeto que infunde aun a los entendimientos más escépticos la natural altivez y el desenfado de una convicción profunda.

Los aplausos que arrancan los discursos, decía más tarde el marqués de Valdegamas, no son triunfos, porque se dirigen al artista, no al cristiano. Pero dado caso que asintiésemos sin reserva a esta opinión, más piadosa que exacta todavía, ocurre y conviene preguntar cuál era el secreto del arte divino que se enseñoreaba de nosotros hasta el punto de hacernos insensibles a todo, menos al encanto misterioso con que nos atraía y dominaba.

Prescindiendo, pues, de los elogios interesados provenientes de la pasajera infatuación de las banderías y del gárrulo y verboso aclamar de los periódicos de secta, lo que cumple a mi propósito es inquirir las causas propias y genuinas de la elocuencia de marqués de Valdegamas: causas personales unas, nacionales otras, universales las más, cuales de ciencia, de filosofía, de religión; cuales, en fin, de estilo y arte.

Descollaba entre las primeras cierta dulce simpatía que inspiraba el orador, por aquel tiempo, a la generalidad de sus oyentes: a sus antiguos conmilitones políticos, porque las ideas que sustentaba en orden a reacción religiosa se ajustaba a maravilla con las que ellos profesaban, y profesan, en materias de Estado; a sus adversarios ultraliberales, porque estos se gozaban en los inflamados anatemas que enderezaba a los partidos mixtos; a los campeones del derecho divino de los reyes, porque defendía con insólita vehemencia su doctrina. Los que le amábamos sin abundar en su sentido, veíamos en el orador al hombre; y las personas extrañas a la política se pagaban tan sólo del ingenio, posponiendo las doctrinas a la elocuencia y la solidez de las pruebas y del juicio a la delicada y vistosa filigrana de voces con que vestía los pensamientos.

No hago mención de sus enemigos, porque, si a la sazón los tenía, o se ocultaban o hablaban por lo bajo. Fuera de que ni entonces ni nunca mereció aborrecimiento el hombre a quien, en lo privado y en lo público, dio la pureza del corazón frutos de buena vida. Levantado por la religión sobre todo lo que le rodeaba, ya por aquellos días se había desamparado totalmente a sí mismo y estaba en lo más alto del entendimiento cuidando sólo de escuchar la voz de la conciencia y del deber. Manso y pacífico, se hallaba incapacitado de gobernar, porque, como decía en su discurso de 4 de enero de 1.849, «no habría podido hacerlo sin poner en guerra su razón contra su instinto». Naturaleza de todo en todo intelectual y efectiva, no tenía fuerzas sino para pensar y amar; y carecía de la que han menester los políticos para obrar y aborrecer. La irritable presunción de poetas y literatos, bien conocida en todos tiempos y verdadera plaga popular en este que alcanzamos, no fue llevada por él ni al trato íntimo, ni a los negocios de la República, ni a las discusiones de la ciencia. Era sincera su humildad, por más que a algunos pareciese altisonante y fastuosa, lo cual procedía de que tomaba todo en él las formas de su estilo; ni seré yo quien le moteje de haber tenido tal cual vez el orgullo de la virtud, viendo cuán medrada y vanidosa se anda hoy la ostentación del vicio. Cuando mis días estén contados, exclamaba en el citado discurso, bajaré al sepulcro sin el amarguísimo y para mí insoportable dolor de haber hecho mal a un hombre. ¿Y cuántos son, pregunto yo, los llamados a vivir y morir con tal sublime confianza en medio de las tempestades de la sociedad moderna?

Por otra parte, en la memorable ocasión a que me refiero se presentaba el marqués de Valdegamas al examen de los doctos desde un punto de vista tan interesante como nuevo.

Hasta allí había sido periodista, publicista, poeta, literato; pero ni era tenido generalmente por filósofo, ni el movimiento especulativo de sus ideas significaba otra cosa más que la historia de su afán generoso por alcanzar la certidumbre y por esclarecer los siempre recónditos arcanos del destino del hombre y de los pueblos. En los discursos de 1849 y 1850 aparece por la vez primera el futuro autor del Ensayo en posesión de una antorcha, dueño de un sistema; y esta final transformación de su inteligencia, aunque prevista y esperada, porque era lógica, sorprende y cautiva a los hombres capaces de comprender cuánto tiene de heroica la tenacidad del espíritu que, ansioso de luz y de verdad, busca la una y la otra sin descanso y a costa de mayores sacrificios.

Pero hay más. Cuando el marqués de Valdegamas sostenía la superioridad de las ideas religiosas, morales y políticas, sobre los intereses materiales, cuando buscaba el fundamento de la buena gobernación de las naciones en los elementos que constituyen la esencia necesaria y perpetua de las sociedades humanas, cuando prefería el deber y la abnegación a la licencia y a la grosera satisfacción de los apetitos sensuales, cuando defendía la fe contra la incredulidad y condenaba la indiferencia, cuando decía que toda verdadera civilización procede del cristianismo y debe contar con él para subsistir y mejorarse, cuando señalaba como eficaz remedio para los males de la enferma sociedad la regeneración moral y religiosa de los pueblos, ¿cómo no aplicar el oído al acento armonioso y varonil que proclamaba semejantes verdades en un lenguaje digno de ellas y con la autoridad que comunica al espíritu un convencimiento incontrastable?

Aplicamos, en efecto, señores, y debimos aplicar el oído y el alma a aquel acento, porque él hería en nuestros corazones la fibra siempre sonora de las creencias religiosas, una de las pocas que correspondiendo a la trama de nuestro carácter nacional subsiste, sin notable deterioro, no gastada aún por las estériles luchas en que casi todos los elementos de nuestra vida interior se han consumido. Así que, descartando de la doctrina teológica y política de los discursos lo que hay extremado y contrario a nuestro instinto, lo demás es español por lo que tiene de católico; europeo, universal, porque afianza los intereses vitales y más caros de la sociedad humana sobre el eterno pedestal del cristianismo.

Esta es la única religión conservadora al par que progresiva; y sin embargo, la fe huida de las almas, el materialismo triunfante y la execrable profanación de las cosas sacrosantas forman el grave mal que hoy pesa sobre todo: hombres, pueblos, sociedad, gobernación, costumbres, artes y literatura. De donde infiero que habría ingratitud en no reconocer y estimar lo que, siguiendo rumbos más ortodoxos que Chateaubriand, ha tentado don Juan Donoso Cortés para rehabilitar la religión de nuestros padres, menos en el concepto de bella que en el de verdadera, antes que desde el punto de vista del arte, bajo el de la moral y el dogma, y lo mucho que por consecuencia ha hecho para restituir al cristianismo su austero carácter y la divina autoridad que pone límites morales a toda autoridad humana, coto a los desmanes del poder, freno y correctivo a las tiranías y liviandades de pueblos y monarcas.

Y he aquí explicados los vítores que dieron en España a los discursos gentes de varias y aun opuestas opiniones. ¿Diré también del alborozo con que les salieron al encuentro así las cortes de Europa como el clero ultramontano en todas partes? Debemos convenir en que no podía ser ni más natural, ni más oportuno ese alborozo.

Porque era don Juan Donoso Cortés, si no el primero y el mejor, el más elocuente publicista de la escuela neocatólica que rige, y que cada vez más avigora, la reacción política que hoy se

nota en los Estados. Al modo que en 1790 condenaba el irlandés Burke la primera revolución democrática francesa; al modo que el saboyano De Maistre escarnecía esa misma revolución con el epíteto injurioso de satánica; así condenó él la revolución de 1848, y así la escarneció, y así también, midiendo la profundidad del abismo que ella ha abierto a nuestras plantas, la lanzó deliberadamente en son de reto el anatema provocador de sus doctrinas y el dardo acerado de sus atrevidas cuanto originales conjeturas.

Tan austero como el dogmatista saboyano y tan enérgico como el orador irlandés, nuestro apasionado defensor de la tradición de la Edad Media abomina cuanto conduzca a alterarla. Ni se contenta con reprobar las demasías de los hombres, la natural ceguedad de los bandos, la confusión inevitable de los hechos, sino que, negando toda legitimidad a los hechos, todo derecho a los bandos, toda autoridad a los hombres, recusa al principio generador de los movimientos populares y afirma que están destinados por las inexorables leyes de la lógica a agitarse, sin provecho ni descanso, en un círculo inflexible de contradicciones y catástrofes.

Y no se detiene aquí; pues convencido de que nos hallamos en los tiempos apocalípticos y de que el fin del mundo está cercano, anuncia que la libertad ha muerto «sin esperanza de resurrección, ni al tercer día, como Cristo, ni al tercer siglo»; que el tremendo problema de la gobernación humana está en pie, sin que sepan ni puedan resolverle las naciones ni los sabios; que la pavorosa esfinge revolucionaria está delante de nuestros ojos esperando en vano un Edipo descifrador de su enigma; que la civilización y el mundo retroceden; que todos los caminos, hasta los más opuestos, conducen a la perdición; y que la humanidad camina con pasos rapidísimos a constituir el despotismo más gigantesco y asolador de que hay memoria. Que el mundo se haya colocado entre el socialismo y el catolicismo y, por tanto, según él, entre la negación y la afirmación, entre la muerte y la vida; entre el infierno y el cielo: esto protesta. Y sostiene, por conclusión, que en semejante estado de cosas el único refugio de la sociedad amenazada es la teocracia católica, como la sola institución que da escudo a los súbditos contra la tiranía de los reyes, y a los reyes contra la rebelión de los súbditos.

¡No lo extrañemos! Procedía en parte todo ello del hondo terror que la revolución de 1848 había producido en el ánimo, harto sensible, del marqués de Valdegamas, y en parte del terror general que, a modo de epidemia, cundió entonces por Europa. Cierto, cuanto mayor había sido el peligro, tanto era mayor la urgencia de aparejarle para lo presente y lo futuro; y pues todo estaba amenazado, todo debía, a la ley divina y humana, defenderse. Y, ¡oh, cuán terrible es en ocasiones la necesidad de la propia defensa! ¡Y qué elocuente el terror cuando deja expedito el uso del entendimiento y de la lengua! Provocada la fe por la incredulidad absoluta se irrita y opone la tiranía a la anarquía, esto es, un abismo a otro abismo. Los gobiernos, al exceso de la libertad, contraponen el de la fuerza; y la fuerza, como de costumbre, siembra agravios y recoge sangre, sin poder nunca establecer otra paz sino la transitoria del miedo, ni más silencio que el del rencor que guarda sus iras. La razón libre amontona teorías y en realidad sólo atesora quimeras; pero feliz e inocente sobre todos, la imaginación se exalta, siéntase en la trípode sagrada y profetiza.

Mas sea lo que fuere del concepto que entonces se formase, y hoy se forme, de semejantes profecías, es lo cierto que debían conmover vivamente el auditorio: lo uno, porque descubrían la agitación del orador y ponían de manifiesto el hondo surco que habían trazado en su ánimo los grandes sucesos coetáneos; lo otro, porque esos mismos sucesos daban entendido campo y ancha salida a las efusiones y conjeturas del espíritu con los pavorosos espectáculos de tronos caídos; de pueblos conjurados, domados por el pronto a hierro y fuego, indóciles al yugo,

siempre dispuestos a romperle; de guerras sangrientas, ya civiles, ya sociales; de desolaciones terribles; de furores que, haciendo desesperar de la salud del género humano, movían, cuando no a dudar de la Providencia, a tener por seguro el fin del mundo.

Y ahora, señores, para dejar enumeradas las causas principales del gusto con que fueron escuchados y hoy producen leídos los discursos del marqués de Valdegamas, sólo me resta hablar de su estilo y de la índole de su oratoria: dos cosas éstas que, en puridad, no son más que una; pues, como ya he dicho, en nada difería su manera de orar de la de hablar, y eran ambas idénticas a la que tenía de escribir en todo género de asuntos.

Por mucho entran en sus obras las ideas, pero por mucho también el estilo; y uno y otros fueron de gran novedad en nuestra España. Más que todo el estilo, o mejor dicho, la lengua de nuestro insigne compatriota: lengua que, con ser la general, tomaba en sus escritos y oraciones caracteres no conocidos antes, y venía a ser uno como instrumento peregrino cuyas vibraciones resonaban agradablemente en oídos por extremo sensibles a la pompa de la dicción y al ritmo y cadencia de la frase. Fondo y forma le salvarán, pues, de la común suerte reservada a improvisadores y controversistas, casi siempre sepultados en el polvo de los tiempos que animaron con su espíritu y llenaron estrepitosa aunque pasajeramente con su nombre.

Tanto como sus doctrinas teológicas y políticas de las ideas corrientes en España tocante a las relaciones de la Iglesia con el Estado, se apartan su lenguaje y estilo de la alocución de los autores nacionales de más nota, antiguos y modernos. Y no porque en lo más mínimo desestimase los eternos modelos de nuestra lengua ni porque no estuviese repastado en la lectura y asidua contemplación de todos ellos, sino porque su manera de pensar requería una manera análoga de expresarse y ambas tenían por fuerza que ser profundamente originales.

Es su elocuencia más bien dialéctica que retórica, imperativa que insinuante, dogmática que persuasiva. Destinada a la controversia de cuestiones intrincadas y espinosas, tiene por precisión la inflexible cuando ingrata rigidez del método, el despotismo severo del axioma, las ventajas al par que los inconvenientes de las conclusiones absolutas; por manera que tanto sus escritos como sus discursos tienen forma, estructura y sabor de disertaciones o tesis académicas.

Acaso se note en algunos de ellos más ergotismo que verdadera lógica, más escolasticismo que verdadera dialéctica, menos propiedad en los pensamientos que aparato artificiosamente científico en la forma; pero en cambio sobresale en el juicio y paralelo de los hombres, en el cotejo de los sistemas, en la contraposición de los objetos y, sobre todo, en el arte maravilloso de reducir a una sola palabra profunda, exacta, expresiva, todo un mundo de ideas, todo un orden de hechos y conceptos.

Visto a la luz de las reglas más generales, su estilo, en cuanto parlamentario, es harto sutil; en cuanto polémico, demasiado abundante y florido, lleno de metáforas, antítesis y toda clase de tropos y figuras; pero ¿por ventura no es la imaginación una facultad indispensable en los hombres destinados a formar juicio de los grandes espectáculos y acaecimientos del mundo y a deducir de ellos reglas de conducta para lo presente y documentos de útil enseñanza para lo futuro? ¿Podrían, careciendo de imaginativa, recibir las vivas impresiones físicas y morales que son el origen y fundamento del vigor de sus análisis, de la ingeniosidad de sus

interpretaciones, de la trascendencia de sus miradas, de su elocución pintoresca, ardiente y animada?

Preponderan en el marqués de Valdegamas la audacia del espíritu sobre la del ánimo, la fuerza de argumentación sobre la de raciocinio, la sensibilidad de la fantasía sobre la sensibilidad del corazón; y es más que sistemático que político, filósofo de abstracción más que de observación y hombre de generalidades teóricas antes que versado y práctico en negocios de gobierno.

No hay que buscar, pues, en sus escritos ni en sus discursos asuntos concretos de hacienda, razón de Estado o economía política; porque o no existen, o están encadenados a una cuestión abstracta tocante a los principios de la ciencia respectiva. Por donde se ve que el instinto y el gusto le mueven de común acuerdo a correr tras la significación universal de las cosas y las leyes generales de los hechos.

No hay tampoco variedad en sus entonaciones, esto es, el gracioso modo que alterna entre lo sencillo y familiar y lo ataviado y pomposo; que pasa sin esfuerzo de un objeto a otro; que esmalta el discurso, como la naturaleza el campo, de luces y colores diferentes.

Puesta siempre la mirada en un fin, grandioso, sí, pero demasiado rígido por una parte, y por otra harto superior a nuestra pobre condición humana, parece que no tiene ojos para ver el mundo. Desdeña humanar su alta razón acomodándola al modo común de sentir y al gusto de las gentes ingenuas y sencillas; y no parece sino que tiene a menos persuadir impresionando el ánimo, excitando la sensibilidad y moviendo las pasiones. Pocas veces habla al corazón como amigo, siempre al espíritu como déspota, a la razón con los preceptos, a la imaginación con el brillo de las figuras oratorias. No quiere insinuarse, sino imperar; más veces se indigna que se enternece; nunca se sonríe; nunca llora.

Ni le pidáis ímpetus del corazón, desahogos del alma henchida de dulces emociones, arranques de entrañables afectos, inopinadas y vehementes exposiciones de entusiasmo; ni los felices raptos que, sacando fuera de sí al escritor o al orador, estrechan la distancia que media entre su corazón y los corazones de sus oyentes o de sus lectores, y a todos los junta en uno para hacerles palpitar bajo el peso de unas mismas emociones.

El no se distrae, ni se abandona a los azares y, aventuras de la improvisación, ni se olvida un instante de sí mismo. Armado de punta en blanco, firme en los estribos y sentado a plomo sobre su buen corcel de batalla, parte derecho como un dardo y solo presenta a la vista y a los golpes de sus enemigos, asombrados, hierro en la lanza, hierro en la armadura.

Y está siempre encerrado en su idea y su principio como lo estaban en sus castillos feudales los antiguos señores, sin que nada les faltase ni estorbase: ni el aire, ni el terreno, ni las armas, ni la confianza en su brazo, ni la malquerencia de sus iguales, ni los derechos del rey, ni la rebelión de los vasallos.
«Muchas son las veces en que discurre como doctor y habla como sofista: la verdad está en la idea y la expresión es falsa; nunca esclavo del concepto, lo es muchas veces del aparato ostentoso con que se le ofrecía la forma». Esto dice de don Juan Donoso Cortés uno de sus más hábiles panegiristas, y prueba que en las producciones del orador y escritor español el estilo daña en ocasiones al pensamiento y el artista literario al sabio y al filósofo. ¡Ojalá no se viese también en ellas sacrificando con frecuencia el buen gusto a cierta dialéctica prolija que

apura hasta las heces los asuntos! ¡Ojalá que menos impaciente y arrebatado tuviese siempre el buen acuerdo de esperar el numen, sin conjurarlo a deshora con violencia!

Aunque, a decir verdad, muchos defectos de método y estilo son en él obra, antes que de malos instintos literarios, de las circunstancias del tiempo en que escribió y del objeto que al escribir se proponía. Motéjanle, por ejemplo, de haber querido dar a la religión aparato filosófico, y no se tiene en cuenta que nuestro siglo, razonador y polémico por excelencia, pide a toda obra especulativa semblanza y forma de sistema. ¡Qué no habla al corazón! Pero, ciertamente, no es fácil en la época que atravesamos hablar a corazones corroídos por la lepra de la sensualidad y que no se mueven sino a impulsos de la avaricia o del miedo, ruines y viles una y otro.

Hablaba y escribía don Juan Donoso Cortés, no para levantar figuras, sino para cumplir una obligación; y si bien pudo equivocarse acerca de la naturaleza de semejante obligación, la forma de ella (que es de lo que aquí se trata) es adecuada a su propósito. Un hombre de su carácter público no podía ser ascético sin dar que reír; y con las ideas que tenía sobre la dignidad de la religión no debía tratar de ésta desde el punto de vista poético que ha convertido el cristianismo en una especie de mitología profana para el uso de cierta literatura empalagosa y llorona de estos tiempos. Con que, para ser original en el camino, ya trillado, de la filosofía teológica, tenía que poseerse enteramente del espíritu dogmático y sentar plaza entre los campeones rigurosos e inflexibles de la iglesia militante.

Y he aquí por qué en el tumulto que forman las pasiones y la oscilante anarquía de las ideas coetáneas, emplea con preferencia al del hallazgo el resorte del terror, por qué su elocuencia no adula las pasiones ni se anima con súbitos destellos de encendida ternura, por qué, cuando quiere anunciar al mundo desventuras y catástrofes, prefiere su voz a los tonos humanos del lenguaje, al acento sobrenatural de los profetas.

Por lo demás, el estilo de su declaración o de su escritura, si no es llano, corriente, ni sencillo, tiene en cambio gravedad, solemnidad y grandeza. La frase es simétrica y monótona, rígida y de inflexible estructura, pero también amplia, cadenciosa y de rico y variado colorido. Medita sin esfuerzo, narra con claridad y redarguye con lucidez. Tiene definiciones admirables e ilumina frecuentemente las oscuras abstracciones de la metafísica con ráfagas de luz maravillosa. Todo crece y se desenvuelve en su elocución de un modo pintoresco: una simple palabra hasta convertirse en premisa, la premisa en postulado, el postulado en axioma; y nada es más curioso que ver éste, fecundado por su ingenio, transformarse al fin en un sistema de infinitas partes, a manera de como se transforma en árbol ramoso y corpulento la semilla confiada a la buena tierra.

Hay notas falsas y duras en su armonía, carencia de amenidad y dulce modo, sobrada ostentación de pedagogía dogmatizante, algún hipo por causar sorpresa y admiración, prodigalidad de epítetos fastuosos, exceso de adorno y colorido; pero abunda en locuciones felices, en máximas notables por el sentido y la novedad de la expresión, en períodos valientes y pomposos, profundos pensamientos, dichos breves y agudos, ímpetus de ingenio rapidísimos, sublimes.

En fin, su estilo no es científico ni didascálico como el espíritu del siglo; ni tiene la tersura y precisión que requiere la filosofía; ni posee la deleitosa naturalidad que avalora la grande y genuina prosa española; pero es un estilo propio y original, y cuando acaece que se acomoda

y ajusta bien a la materia que discute o al pensamiento que desea inculcar, a ninguno es dado ser más elocuente. Entonces conceptos y voces, frases e ideas, se desenvuelven en perfecta armonía y se ligan y suceden unas a otras como las olas de un majestuoso río de hondo cauce y levantadas riberas, con rumor dulce al oído, con movimiento grato a la vista, transparente, sosegadas, luminosas.
Razón tenía yo, pues, cuando al principio de este discurso decía que las obras de don Juan Donoso Cortés no deben, en mi sentir a lo menos, ser propuestas por dechado a los que deseen cultivar con provecho nuestro idioma. Desatinado sería, en efecto, aconsejar el estudio de un lenguaje y estilo que, sobre apartarse gran trecho de las formas características de la lengua española, son de tal manera espontáneos y propios suyos, que repugnan toda posible imitación. Así, lo que en el autor del Ensayo merece disculpa y hasta elogio, porque es natural, en cualquiera otro que no posea sus relevantes facultades parecerá y será siempre insustancial palabrería, lucubración artificiosa, retórica vana y pedantesca. No puede ser que se reduzcan a reglas las excepciones, y el marqués de Valdegamas es ejemplar señero en nuestra historia literaria, lo cual conviene inculcar tanto más cuanto que no son pocos los que, teniendo gran concepto de sí mismos, creen reproducir las bellezas de forma en que abunda aquel escritor, cuando en realidad no hacen más que copiar sin tino ni descernimiento los lunares que le afean.

Y el mal es grave, porque los pretensos imitadores de don Juan Donoso Cortés pertenecen a la escuela, no insignificante, de los que, so color de ilustrar y enriquecer el habla, miserablemente la profanan y empobrecen. ¡Cosa rara! Para autorizar tamaño desafuero invocan la filosofía, como si de ella pudiese carecer la lengua formada con tal alta razón como peregrino ingenio de las más bellas lenguas de la tierra! ¡Y se arrogan el título de reformadores y de originales, porque, envileciendo y descoyuntando el idioma, truecan de buen grado su inimitable soltura, gracia y lozanía por la pobre sintaxis y pueriles afeites de idiomas extranjeros!

Permitidme, señores, que entre con tal motivo en algunas consideraciones que acaso no carezcan de oportunidad. Prometo no separarme gran cosa del asunto principal de este discurso.

Del nuevo culteranismo que la escuela a que aludo intenta popularizar, diráse lo menos aplicándole lo que escribió el docto Capmany del estilo empleado por Quevedo en el Marco Bruto. «Usa, dice, de oraciones demasiadamente concisas y dislocadas, sembradas de frases simétricas, o por correlación de voces, o por contraste de su significado, en que descubre con un género de empeño su artificio y esmero, con lo cual viene a formar un estilo emblemático, preñado de máximas y advertimientos redundantes, que era el decir grave y oculto de los escritores de aquel tiempo cuando querían filosofar o politiquear».

Los caracteres principales de semejante estilo son, efectivamente, la antítesis, la copia excesiva de figuras retóricas, la intemperancia de conceptos explicativos de la idea fundamental, la verbosidad disertante propia tan sólo del sofisma y la molesta descripción de toda cosa en tierra, en mar y cielo. En una palabra, es el estilo exuberante, amplificador y parafrástico por excelencia.

Nadie espere de él ningún género de sobriedad ni templanza. Unas veces, esclavo de la frase, dará palabras por ideas, ruido por armonía, y se le verá, artífice de la dicción, cincelarla y pulirla como un lapidario los diamantes. Otras, por el contrario, sacrificando la forma al

pensamiento, violará la gramática y en lenguaje exótico e inaudito hará proezas, contraponiendo y adelgazando necedades para ver de dar cuerpo al vacío.

Cuando no deslumbra con el perpetuo centelleo de antítesis peinadas y galanas, que así cansan el oído como fatigan la inteligencia haciéndola caminar, sin posible descanso, de sorpresa en sorpresa y de estallido en estallido; cuando esto, digo, no sucede, acontece estar, mientras leemos o escuchamos, con el alma anhelante, pensando si, de un momento a otro, el que vemos andar y voltear por los aires en la maroma de aquel estilo temerario dará consigo en tierra.

Anatómico y naturalista implacable, todo lo ha de describir, o mejor dicho, todo lo ha de disecar por fibras y partículas: lo que vemos, lo que no vemos, lo que imagina, lo que no se puede imaginar. Diríase que no tiene alma, según es de frío y seco; y no conmueve, porque todo en él viene a ser artificial, ficticio y presuntuoso. Fascínale el brillo y el colorido, y no cuida si por acaso el brillo es oropel y mezcla abigarrada el colorido. Puede ser rico y sublime en ocasiones; pero la insensata comezón de ser grande a todas horas le obliga a sacar de quicio el temple y tono de la expresión que se descubre siempre puesta en alto, calzado el coturno, retumbante, fastidiosa.

Tal es la afectación, tal el compasamiento que hay en todo; tan de mal se le hace a este malhadado estilo ser corriente, claro y llano; y tanto codicia lo sutil y conceptuoso, que dudamos muchas veces si está el vicio en la dicción o si en el hombre que la emplea, esto es, en el corazón que no siente, en el entendimiento que no profundiza, en el espíritu que no cree, en la fantasía, que para hacerse admirar a toda costa aparenta la fe, juega con las creencias, inventa prestigiosa, imagina (que no siente) los afectos; con lo cual nada más consiguen prosistas y poetas que ser afirmativos y dogmáticos sin autoridad, razonadores sin lógica, religiosos sin devoción, sensibles sin ternura; abundantes y huecos sin precisión ni profundidad, fecundos sin elocuencia.

Sería proceder en infinito analizar gramaticalmente el lenguaje que corresponde al estilo de la nueva escuela. Sentencioso éste, tiene por necesidad que ser aquél clausulado y compuesto de frases simétricas que se proporcionan unas a otras con exactitud casi matemática; lenguaje de ecuaciones y fórmulas, no tan fecundo, que digamos, como el álgebra, pero de cierto tan áspero y desapacible como ella. Añadamos a estos defectos el de desechar por embarazosos o superfluos muchos giros, locuciones y modos de decir castizos y comprenderemos cómo logra semejante lenguaje privar al idioma de la libre construcción, que es una de sus más preciosas galas y excelencias, por cuanto le hace el menos tímido y uniforme de todos los vulgares.

Ahora bien: una alteración sensible en el habla proviene siempre de una alteración correspondiente y análoga en las fuerzas, condiciones y demás elementos del pueblo cuya es; porque el habla no sólo es el espejo donde se reflejan todos los movimientos exteriores e interiores de la sociedad, sino también uno como cuerpo vivo y orgánico que desde luego se los apropia y en seguida los reproduce, dándoles la forma y confirmación especial de la palabra.

Y como ley invariable que liga al individuo con la comunidad, unas con otras las naciones y a éstas con el género humano en cuanto principio y centro supremo de unidad, ningún grande impulso desaparece del teatro del mundo sin dejar huella, ora visible, ora latente de su acción, hoy experimentamos nosotros en todas las esferas de la vida nacional la influencia de

Librodot

revoluciones que en un principio rompieron en oposición y luego abierta únicamente con los antiguos elementos religiosos y políticos de Europa, pero que después conmovieron en su raíz la base común de la lengua y literatura, alterando de varios modos el sentido de las voces, introduciendo otras nuevas y relegando al olvido gran caudal de las antiguas.

Hay, a no dudarlo, sentido y legitimidad, pero también mezcla de males y bienes en la influencia que ejerce sobre la lengua y literatura el espíritu del siglo.

Objeto propio, y por cierto interesantísimo, de una disertación académica sería apreciar con rigurosa exactitud la índole, manera y extensión de semejante influencia, para conocer la ley que sigue y hasta qué punto debemos, o ladearnos a su imperio, o rechazarle. Yo habré de contentarme con decir, en términos generales, que la revolución moderna obra sobre la frase, estimando mucho más la relación lógica de ésta con el pensamiento que su estructura y corte artístico y galano; sobre el discurso, prefiriendo el fondo a la forma; sobre la lengua, ensanchándola para hacerla capaz de expresar el mayor número posible de relaciones y conceptos; sobre el arte, libertándole de los andadores de la rutina y abriéndole de par en par todas las puertas de la naturaleza, del mundo y de las ciencias; en fin, sobre la universalidad de las cosas, proclamando la libertad de examen, el predominio de la razón y la conveniencia del espíritu inquisitivo y analítico.

Tal es el derecho de la revolución; pero al modo que toda luz una sombra y todo efecto una causa presupone todo derecho un deber correlativo, y deberes y derechos envuelven en sí una ley que ordena y hace fructuoso su ejercicio.

Esta ley, o digamos pacto de concordia y alianza entre lo antiguo y lo moderno, debería estar reducida (por autoridad competente) a fórmulas precisas en obras elementales que desgraciadamente no existen; por ejemplo, una historia de la lengua y la literatura comparadas; un tratado del arte de escribir, en que se cotejase el lenguaje actual con el de otros siglos; un diccionario general del idioma desde los tiempos de su formación hasta el presente; una gramática analítica, y por último, un diccionario de sinónimos, sin cuyo auxilio es tan imposible conocer los primores y modificaciones del lenguaje como dar principios fijos a la propiedad y corrección de idioma alguno.

Y mientras los elementos que dejo enumerados no concurren, de acuerdo con la crítica, a hacer fecunda la reforma literaria y filológica, entregada ésta a sí misma, sin freno que la contenga, sin autoridad que la ilustre, sin regla que la guíe, nos llevará respecto de la lengua al caso, respecto de la literatura a la desordenada imitación de todas las formas extranjeras, menospreciadas y olvidadas las indígenas, y respecto del arte, en general, a la inmolación de la fantasía por la dialéctica y por cierto espíritu de análisis, útil sin duda, pero demasiadamente mezquino y sutilizador en ocasiones.

Y así vemos que la transformación a que propende la lengua, en vez de maduro y sazonado fruto de un sistema, va pareciendo aborto de un desorden; y más que con los pacíficos caracteres del plan y la regla, se nos presenta con los signos alarmantes de la confusión y la anarquía; indefectible dolencia ésta y grave pesadumbre de las épocas de transición, en que la sociedad oscila sin punto de apoyo movible, movida a todos vientos por corrientes irregulares de hechos y de ideas peregrinas, de ensayos fallidos, de sistemas, doctrinas y opiniones que buscan la norma general del equilibrio y del reposo, caminando, a tiento y con angustia, entre

la sombra de lo pasado, el enigma de lo presente y el misterio, insondable al parecer, de lo futuro.

Porque no puede ser último y provechoso fin de la reforma literaria que notamos, la mezcla absurda de los tonos, colores y barbarismos más discordantes entre sí y más opuestos al buen gusto, que es el supremo conocedor y juzgador de la belleza; ni que hablemos en privado el lenguaje de la sencillez y la moderación, cuando en público nos entregamos sin reparo a todo género de profanaciones del corazón y del espíritu, ni que escribamos para no ser entendidos; ni que, en tortuosa y desmañada frase, a fuerza de rebuscar la novedad en el concepto y la expresión, sólo lleguemos a la falsedad del pensamiento.

Nunca apetecemos más libertad que cuando hay mayor desorden; ni más hablamos de teorías y de originalidad que cuando toda pauta reguladora desaparece y las fuentes de la invasión se van secando; que así como el corazón gastado busca una pasajera sensibilidad en las más violentas emociones, del mismo modo el entendimiento pervertido pide una remisa luz de inspiración a la licencia.

Y en literatura la licencia es perversión, porque propaga como mala simiente las vocaciones facticias y arma el brazo de los ingenios de segundo orden que las profesan con el hacha de cierto estilo mecánico, a cuyos traidores golpes muere el arte.

En vano se dirá que cada época literaria, como distinta de las anteriores, ha menester una manera también distinta de expresarse. Porque cuando, dócil instrumento de la inteligencia, puede una lengua manifestar en modo bello y formas adecuadas las más finas y abstrusas operaciones de la mente, los más eficaces y variados afectos del ánimo y las infinitas impresiones del cuerpo y del espíritu, semejante lengua ha llegado a toda la perfección de que son susceptibles las cosas humanas, y nada más necesita en la sucesión de los tiempos sino aumentar su caudal siguiendo los progresos de la civilización y rejuvenecerse en las fuentes de su propia historia.

Es el arte un compuesto de forma y fondo, o si decimos, de cuerpo y alma, al cual no es menos necesaria la inteligencia que piense que la voz que dice lo pasado. Ni pura materia, ni puro afecto ni espíritu, sino maestra y símbolo de nuestra triple naturaleza corporal, moral e intelectual, es el resultado de la concordancia de todas las facultades humanas y tiene por órgano indispensable la palabra hablada o escrita, esto es, la lengua.

Háblase de preferir el fondo a la forma, y no se advierte que, de cualquier manera que se separen estas dos cosas, enlazadas por la naturaleza con indisoluble parentesco, se llega por diferente camino, pero siempre con toda seguridad, a la barbarie. Si las ideas se hallan forzadamente encarnadas en la forma y es ésta lo primero que, al modo de los objetos materiales, hiere los sentidos, ¿cómo degradando la una elevaréis la otra? ¿Cómo separaréis el signo del pensamiento o el pensamiento del signo? Por cierto, en su perfecta armonía estriban la belleza de las artes, el triunfo del ingenio y los verdaderos goces literarios.

En cuanto adorno del espíritu, requiere, sin duda, la elocuencia una correlativa y común madurez en las demás artes; y como medio de acción y persuasión, necesita de la violencia de las pasiones, de la influencia de grandes intereses, ora populares, ora individuales; pero ni en estos aspectos, ni en ningún otro bajo el cual se la quiera considerar, puede ni debe jamás eximirse de la obediencia a los principios y reglas literarias; porque ellas no han venido a ser

Librodot

tales por la sola autoridad de Aristóteles ni Horacio, sino por la autoridad soberana de la naturaleza, que es el tipo invariable y eterno de lo bello.

Libres como para elegir las formas que nos plazcan; pero cuanto mayor sea la libertad, tanto así conviene más que el escritor y el orador se penetren de la idea estricta y rigurosa de las propiedades técnicas del arte, bien como de sus condiciones de dignidad y fines útiles. No hay estilo absoluto y determinado, es verdad, atento que cada prosista y cada poeta tiene el suyo, que le distingue entre todos y es como el emblema de su personalidad y su carácter; pero si el estilo libre distingue y caracteriza al escritor y al orador, la frase caracteriza y distingue al idioma; por manera que, para ser a un mismo tiempo original y nacional, es preciso hablar o escribir, con estilo propio, sí, pero en el lenguaje de la patria.

Y ni ahora ni nunca ha venido él estrecho a los ingenios; que antes bien ningún ingenio, por grande que haya sido, le ha agotado. No hay más rico venero; no hay terreno más fértil y abundoso. Lejos de servir de rémora al entendimiento, él le sostiene e ilumina, le fortifica y colora. Pródigo de sus tesoros, para todos tiene sonidos, matices, luces y armonías infinitas. A todos los tamaños se ordena y proporciona flexibilidad maravillosa: fuerte en lo grande, templado en lo mediano, gracioso en lo pequeño. Organo de numerosos registros, pulsado por mano ejercitada y docta, imita todas las voces del cielo y de la tierra. Atleta y gimnástico consumado, es apto para toda lucha y puede hacer sin romperse toda suerte de pruebas de habilidad y fortaleza. Con él hablaron dignamente a Dios y de Dios los maestros de nuestra elocuencia sagrada; con él tocaron y conmovieron todas las fibras humanas los escritores del siglo de oro de la literatura nacional.

Cuando posteriormente perdió ésta mucho de su índole nativa para convertirse, de original y libre, en imitadora servil de una literatura exótica, todavía fue bella la lengua española en manos de los que repudiaban el espíritu español; y hoy que, abierta como plaza desmantelada a las invasiones de fuera, está turbia con la mezcla de giros y palabras extrañas, todavía adquiere singular encanto en la pluma de los que saben fundir juntar las nuevas y las antiguas riquezas en el crisol del talento y del buen gusto.

Cobrado han las naciones nuevo carácter y aun aspecto nuevo con el desenvolvimiento sucesivo de las ciencias y artes útiles; hanse complicado los intereses públicos y privados; el dominio de las almas ha pasado a ideas de extraña novedad, modificadas o destronadas las antiguas; y un ruido insólito e inaudito, compuesto de todos los ruidos humanos, llena hoy en el mundo hasta los ámbitos de pueblos que antes ni siquiera oían el rumor de sus propios pasos en la tierra que pisaban dormidos o medrosos. Así España; y sin embargo, tal es la pasmosa riqueza de su lengua, que, sin salir de sí misma, puede ésta dar cuenta y razón de esas ideas, intereses, artes y ciencias no conocidas de nuestros padres y también de ese ruido temeroso a cuyo solo anuncio habrían sin duda temblado sus entorpecidos aunque grandes corazones.

Y en prueba de ello haced memoria, entre otros nombres afamados, del de uno y otro Moratín, uno y otro Iriarte, Meléndez, Cienfuegos, Jovellanos y Capmany. No están ni pueden ser olvidados los de Clemencín y Navarrete, Reinoso y Lista, Larra y Toreno. Con dicción que recuerda la de Rioja, y nervio igual al de Herrera, cantó Gallego la hazaña de Madrid en versos tan grandes como ella: héroe de la poesía que inmortalizaba a los héroes de guerra, nada más hizo, sin embargo, que ser fiel a la lengua al modo que fueron ellos fieles a la patria. Frías, tan sencillo como culto, dechado de nobles y patricios, si bien menos correcto y

enérgico que aquel modelo insuperable de buen gusto, fue, siguiéndole de cerca, un gran poeta. Heredia, Plácido y Olmedo, astros del cielo americano, supieron ser vates indígenas con el acento de la metrópoli. Y nunca ha servido de embarazo ni estorbo el idioma de los Argensolas, de Luis de León, Calderón y Lope de Vega, al príncipe de nuestros líricos modernos; que, en efecto, Quintana no siempre esmerado, aunque español siempre, sabe dar con no igualada maestría en este idioma laureles a la libertad, castigo a la tiranía, gloria a la virtud, corona a la belleza.

Demás de que, en el seno de esta benemérita corporación, y fuera de ella, en la capital y en las provincias, veo notables ingenios, ya justamente gloriosos muchos de ellos, que cultivando con piadoso respeto el habla genuina de nuestros mayores, logran hacerla digno intérprete de la musa cómica, trágica y dramática en el teatro; de las santas leyes e instituciones nacionales en el foro y en las Cortes; de los hechos pasados en la historia; de la antigua sabiduría en las colecciones bibliográficas: de los fueros del arte en la tribuna de la crítica; de la política en la prensa periódica, y, en suma, de los altísimos fines de la religión en el púlpito. ¡Mágico poder y augusta consagración de la palabra! Empleo propio de la más noble, rica y armoniosa de las lenguas vivas. Feliz augurio de una próxima y fecunda regeneración de nuestras letras.

Por fortuna, el medio de acelerarla es asequible, pues consiste en estudiar la antigüedad pagana para todo lo relativo a la expresión de los pensamientos y a la sobriedad en el lenguaje; en poseer la literatura de las naciones modernas, no para imitarla en lo que es propio y característico de ellas, sino para aumentar nuestro caudal de instrucción y de doctrina; en conservar la pureza de las formas naturales del idioma patrio y las tradiciones del gusto en el estilo, hábitos y modos de ser y existir del ingenio nacional, y en la meditación incesante de los buenos modelos; porque éstos, a la ventaja de nutrirnos con su savia, reúnen la de encender la inteligencia y darles alas para que se remonte al tipo ideal de gracia y de belleza que constituye la divina verdad y perfección del arte.

Con esto, y reservando la invención y las reformas para los asuntos, las ideas principales y las infinitas aplicaciones coetáneas de las humanidades en sus relaciones con la vida actual de la nación, tendremos una literatura nueva sin necesidad de formar una nueva lengua; y lengua y literatura se renovarán sin cambiar de naturaleza, se perfeccionarán sin corromperse, tendrán originalidad sin ser extravagantes. Fuera de que no existe ningún otro medio de cortar eficazmente los vuelos al flamante gongorismo que nos invade, el cual, hijo de la extrema licencia, como el otro lo fue de la extrema sujeción del entendimiento, concuerda con él en los vicios capitales de prodigar las palabras bárbaras y espurias, de adulterar los conceptos para variar los modos de expresarlos y de singularizar las cosas más comunes dándoles un aire de falsa grandeza y cierta engañosa apariencia de juventud y bizarría.

Si el espíritu moderno tiene, como creo, un sentido exacto y susceptible de aplicación a la vida real, el problema que cada pueblo de por sí debe resolver, consiste en apropiarse la civilización universal sin salir de su propio carácter y límites morales; más claro, en ser cosmopolita sin dejar de ser indígena y patriota. Una lengua artificial aplicada a la literatura de todos los pueblos es, en efecto, una ilusión tan absurda y desvariada como la de una poesía general de convención. Poesía y lengua de tal especie contradicen la eterna ley que, sin menoscabo de la unidad del género humano, une con lazo indisoluble los idiomas y las razas a los climas y a la configuración de los lugares; ni, a ser posibles, darían otro resultado que el de destruir por siempre la energía intelectual de las naciones.

Librodot

De aquí la necesidad de contar con lo pasado para las reformas de lo presente; porque en política como en religión, en religión como en costumbres, en costumbres como en artes y literatura, la sociedad que se despoja de las antiguas formas pierde su natural fisonomía, renuncia a su carácter, se priva de la más sólida garantía de independencia y dificulta todo progreso fecundo y estable en la carrera de su civilización y vida nacional. Familia sin memorias ni recuerdos, borra sus fastos, mancilla sus blasones y se entrega sin previsión, ni recaudo, a las azarosas experiencias de lo desconocido y contingente. La tradición, por el contrario, es nervio al par que nobleza de las naciones; porque, al modo que una fortaleza murada y guarnecida mantiene el orden interior, conserva el legítimo dominio e impide que poderes extraños, violentos invasores penetren de sobresalto y mano poderosa en el país.

Salvo que, para ser útil, entiendo yo que debe la tradición acoger en su seno de buen grado los verdaderos y sanos adelantamientos de la civilización humana; que el culto intolerante y fanático de lo pasado, encerrado en el espíritu y la acción del pueblo en un círculo de ideas y de movimientos estrechísimos, termina siempre por envilecerle y degradarle. Lo pasado es la semilla, no el fruto del árbol de la ciencia; y como hasta ahora ninguna generación ha poseído la verdad, el trabajo del hombre es inquirirla con el sudor de su frente y bajo la dirección de la Providencia, en el transcurso de los siglos. Detenerse en el camino tanto vale como negarse a llevar la carga impuesta por Dios a nuestra vida, en la cual nada se alcanza sin dolor, esfuerzo ni pelea.

La sensata tradición que nada legítimo excluye, la tradición liberal y generosa que únicamente rechaza lo que perturba y desconcierta; la tradición que liga con cadenas de oro y flores lo pasado a lo presente y lo presente a lo porvenir; en suma, la tradición civilizadora y expansiva y, por tanto, cristiana, es la sola que este docto cuerpo está encargado de conservar. ¡Objeto nobilísimo de su institución que satisface una necesidad real y durable de la nación, y explica cómo, de cada vez más amada y respetada, ha podido subsistir y prosperar la Academia Española en medio de las ruinas con que, desde su creación hasta el día, han sembrado la tierra en derredor de su recinto venerando la injuria de los tiempos y la venenosa acritud de las pasiones.

Y aquí se nos ofrece un nuevo motivo de lamentar la pérdida del señor marqués de Valdegamas; porque hacia los últimos años de su vida, decaída la arrogancia de los primeros, se proponía hacer una reforma fundamental en su elocución, tomando por modelos a nuestros grandes escritores místicos; y él era hombre capaz, como pocos, de llevar a cabo la difícil empresa de fijar en la revuelta edad presente el lenguaje y estilo por medio de la estrecha concordia del espíritu moderno con el de nuestras antiguas tradiciones literarias. Deplorable, pues, en todos conceptos, lo es con especialidad su muerte por haber privado a la Academia de un poderoso auxiliar y al noble idioma castellano de un cultivador inteligente.

Y aún por eso, señores, ahora que ya toco al término de este discurso, sobrecógeme más vivo que nunca un temor que desde el principio de él me ha acompañado. ¿Habrá sido completa y absolutamente justo, así en la censura como en el elogio de las obras y cualidades del señor marqués de Valdegamas? ¿Habrá rasgado fuera de sazón y tiempo el vuelo misterioso con que nos cubre por lo común la poesía, sino las imágenes brillantes de los que han bajado hace mucho al sepulcro?

¿No habré profanado las dos cosas más respetables de la tierra: la muerte y la gloria? Juzgar a don Juan Donoso Cortés es empresa muy superior a mis fuerzas: lo reconozco y confieso.

Tampoco tengo reparo en declarar que he vacilado mucho antes de acometerla, que he temblado muchas veces al ejecutarla y que no creo haberla concluido felizmente; pero también aseguro que desde el principio hasta el fin de este empeño, a que imprescindibles deberes me han sometido, el norte de mis pasos ha sido la verdad y mi único móvil la conciencia.
¿Y quién, por otra parte, se habría atrevido a ser impío en presencia de una tumba a la que ni amigos ni enemigos, ni pecadores ni justos, pueden acercarse sin profundísimo respeto?
Vosotros habéis oído hablar de la muerte del señor marqués de Valdegamas, y acaso hayáis meditado en ella alguna vez. Yo la tengo constantemente delante de los ojos del espíritu, como un espectáculo maravilloso y lleno de superiores enseñanzas.

Convertido a la fe por un misterio de ternura, como él mismo dice, hallábase nuestro insigne español próximo a retirarse del mundo para hablar a solas con Dios y con su conciencia y preparándose a las obras y pruebas que debían abrirle ancho camino a la mansión serena de la gloria y la inmortalidad.

El cristianismo especulativo se había transformado en cristiano práctico, no para adorarse a sí mismo en el orgullo insensato de una devoción farisaica, sino para desasirse de lo criado y poder libremente entender en lo divino.

Reconcentróse entonces toda su vida en lo interior con grande intensidad, y murió devorado por el espíritu, como Pascal, como Balmes, como otros muchos hombres de alma enérgica a quienes ha consumido prematuramente el fuego de la meditación y los trabajos del estudio.

Murió dejándonos un admirable documento en la historia de sus últimos instantes, sencilla y tierna historia, que parece una página arrancada de algún antiguo libro del tiempo de los mártires y santos.

Incienso, pues, de buenas obras, y no estériles gemidos, es lo que debemos llevar en homenaje a su gloriosa tumba; pues mientras nosotros continuamos abrasados en hambre y sed inextinguible de mezquinas vanidades, está él en paraje donde se gozan los bienes verdaderos para siempre, sin límites ni fin.

El sabe hoy en qué consiste la sabiduría; conoce sus errores y los nuestros; y despojado de todo humano orgullo, nos perdonará que no hayamos acertado a comprender sus doctrinas, o que, comprendiéndolas, no hayamos tenido voluntad ni suficiente vocación para seguirlas.

Mas de mí sé deciros, señores, que mientras el cielo me conserve la facultad de admirar y amar con íntima y pura alegría del alma el talento y la virtud de mis semejantes, a todos, y a mí mismo el primero, propondré el ejemplo de don Juan Donoso Cortés como digno de imitarse en la vida y en la muerte; y a todos, y a mí mismo el primero, diré siempre:

«¡Dichoso quien así viva; infinitamente más dichoso quien así muera!».

Escritos filológicos

Presentación del diccionario matriz de la lengua castellana

Librodot

«El primer libro de una nación es el diccionario de su lengua.» (Volney.)

«Un buen diccionario de la lengua escrita sería un buen diccionario etimológico.» (Nodier.)

«Es trivial toda etimología que nos remite tan sólo a algún vocablo de otra lengua, ya sea igual, ya semejante; a no ser que el significado de dicho vocablo y la causa de su imposición aparezcan demostrados en esa referencia.» (Horne Took.)

Si no el mero título de esta obra, el más ligero examen de la muestra que de ella adelantamos, como testimonio de su ejecución, bastará para dar, aun a las personas menos familiarizadas con los estudios filológicos, la idea de una empresa nueva entre nosotros(11), poco común entre naciones más adelantadas que la nuestra en el cultivo de la lingüística(12); extraordinaria por su magnitud e importancia(13), y por su contenido no sólo utilísima al común de las gentes, sino en muchos conceptos necesaria a los doctos e indispensable a la enseñanza pública, ya sea ésta elemental, ya secundaria(14); empresa que confusamente vislumbrada por algunos humanistas(15), desempeñada de un modo incompleto por los más célebres lexicrógafos que conocemos(16) y reputada por muchos imposible(17), consiste en dar al diccionario empírico de una lengua secundaria y bastarda(18) la forma lógica que hasta hoy tan sólo han tenido los vocabularios de las lenguas primitivas y sintéticas; y para ello, fundando en una rigurosa etimología comparada el ordenamiento de las partes constitutivas de la lengua castellana, y la filiación de los derivados y compuestos sucesivos de sus matrices, y analizar una a una las ramas, digamos de este árbol inmenso que en días más prósperos cubrió con su sombra dilatados imperios, que hoy mismo vive en muchos, varios y apartados climas, y que puede, andando el tiempo, reunir en derredor de su robusto tronco numerosísimas naciones.

Y ya es fácil inferir de aquí que nuestro intento al escribir un diccionario fundado en la etimología como en la única racional y metódica base que cabe dar a los trabajos de esta especie(19) no ha debido, sin embargo, limitarse a indagar la progenie inmediata de las voces; pues rechazando como por errónea rechazamos la idea de que un diccionario por más copioso que se le suponga, puede ser tal como completo y perfecto si únicamente se ciñe a comprobar el origen más cercano del idioma vivo(20), nos proponemos hacer una matriz que, en lo posible, suba a las fuentes más remotas de la lengua y venga a ser al modo de un tumbo donde se reúnan y conserven los títulos de su nacimiento, los comprobantes de su historia, su genealogía y sus alianzas(21).

Que semejante plan es en gran parte realizable: que no requiere extraordinarias condiciones para producir un resultado útil, siquiera sea incompleto, y que es el único capaz de satisfacer hasta cierto punto los que hoy tienen derecho a exigir de un diccionario de la lengua hablada y de la escrita el estado presente de la ciencia, y las necesidades de los buenos estudios; puntos son que esperamos dejar completamente demostrados en más oportuna coyuntura que la actual, así como con más espacio y respiro, allá cuando al empezar la publicación de nuestro trabajo expliquemos por menor y detenidamente cuanto concierne a su fondo y a sus formas.

Baste por ahora dejar sentado, lo primero, que siendo nuestra lengua como todas las derivadas o de última formación compuesta a retazos y en modo fortuito de otras lenguas, por fuerza ha de ir a buscar los comprobantes de su alcurnia en la tradición o en los monumentos de las que, ora vivas, ora muertas, han tenido con ella comunicación, contacto o amalgama(22); lo segundo, que todas esas lenguas generalmente se dividen en determinado número de grupos o

familias principales(23)cuyas raíces propias es indispensable averiguar y comprobar en la serie de transformaciones que las ha hecho experimentar el transcurso y vicisitudes de los tiempos al pasar a las lenguas secundarias, las cuales a su vez han legado a las de ellas nacidas voces por muchos y varios modos desfiguradas, que con ser en realidad del mismo origen aparentan tenerle diferente, produciendo esa maraña y taracea etimológica que, en ocasiones, ha hecho con razón que se compare la ciencia más exacta de cuantas dicen relación con la palabra al arte vano y ridículo de la cábala judaica; lo tercero, que el número de raíces de todo punto diferentes de que se compone el tesoro de las lenguas vivas europeas no es con mucho tan copioso como pudiera a primera vista imaginarse(24), y lo cuarto, finalmente, que ya adoptando el sistema de reunir en derredor de cada una de esas raíces la numerosa prole de sus derivados y compuestos, el examen histórico y comparativo de ellas viene a ser forzosamente consecuencia y necesidad imprescindible.

Así que, en nuestro humilde sentir, un diccionario etimológico de matrices tiene precisamente y a la par que ser un diccionario crítico; éste, un vocabulario general de la lengua que se habla y se escribe en nuestro tiempo, no menos que de la lengua que se habló y se escribió en tiempos anteriores; y el todo una obra que comprenda los capítulos siguientes, si por ventura se desea aproximarla aunque de lejos a la perfección relativa que únicamente nos es dado alcanzar hoy en el estado, por desgracia harto indeterminado e hipotético, de la etnografía y la lingüística.

Deberá, pues, decimos, contener la paleografía y la ortografía antigua y moderna(25); escribir las matrices con los caracteres alfabéticos de las lenguas de que proceden(26); seguir paso a paso la filiación y transformaciones sucesivas de esas raíces en las lenguas que las adopten, hasta llegar a la que directa e inmediatamente nos ha comunicado mayor o menor número de ellas por medio de la conquista, el comercio, las comunicaciones científicas y artísticas o cualquier otro(27); colocar los derivados y compuestos de toda raíz en grupos o familias separadas, sin perjuicio de un índice general que contenga todas las dicciones de la lengua castellana registradas por el orden común alfabético(28); descomponer analíticamente todos los vocablos, dando la etimología y la definición de cada una de sus partes integrantes(29); ordenar las definiciones de las voces a un plan histórico, empezando invariablemente por las acepciones primitivas(30); comprobar los orígenes por medio del examen comparativo de las más antiguas formas en los vocablos derivados(31); registrar escrupulosamente todos los que pertenecen a nuestro idioma desde la época de su formación(32); indicar, cuando más no sea, las raíces que han dado nacimiento a nombres propios y a nombres geográficos(33); examinar cuidadosa y detenidamente los vocablos a la luz de la etimología, para definirlos según ésta y de conformidad con sus formas gramaticales, donde quiera que el uso, a las veces caprichoso y siempre tirano, no ha producido un cambio completo y esencial en el valor de sus conceptos primitivos(34); y, en resolución, seguir par a par, y en cuando lo permitan los materiales que poseemos, la historia de las voces, indicando la época de su introducción, la manera como ésta se ha hecho, la extensión y duración de su uso y el estado actual de sus acepciones y estructuras(35).

Pues con ser tan vasto y complicado como precioso y útil un diccionario construido bajo semejante plan, todavía no merece que se considere sino como un índice de etimologías razonadas; uno como inventario general de la lengua; especie de archivo popular donde quedarían recogidos y clasificados los materiales que deben algún día servir para formar el DICCIONARIO NACIONAL, es decir, el libro por excelencia donde se lea la historia del nacimiento, progresos, variaciones y estado coetáneo del ingenio y de la civilización

Librodot

española, al leer la historia del nacimiento, progresos, variaciones y estado coetáneo del lenguaje, que es el intérprete vivo del pensamiento y, como tal, la manifestación exterior orgánica de la vida del espíritu en individuos y en naciones.

Como quiera, la rapidez con que de algún tiempo a esta parte se sucede en España unos a otros diccionarios, sin contar el que corre a cargo de la dignísima ACADEMIA DE LA LENGUA(36), es ya de por sí prueba evidente, tanto de que hace falta uno más completo que los que hasta ahora conocemos, como de que el idioma castellano experimenta una transformación profunda, hija sin duda de la ley de progreso invisible e invencible, que para mejorar descompone cuanto se halla sujeto a la actividad espontánea de la humana inteligencia. Pero ni creemos que nuestra obra se halla destinada a llenar el vacío que se nota, ni tenemos la pretensión de indicar siquiera las condiciones y circunstancias que deben concurrir en tamaña transformación para hacerla regulada y orgánica, a la par que completa y fecunda; ni nos cumple tampoco comparando lo ya hecho con lo que intentamos medir ni calificar lo que a ella pueden haber contribuido otros o podamos contribuir, nosotros mismos.

La ley que rige los grandes movimientos simultáneos y entre sí correspondientes de la historia de la civilización y del lenguaje de los pueblos no está sujeta a reglas conocidas, ni sale de los libros, ni jamás podrá fijarse a priori; porque resulta de la acción libre cuanto necesaria y continua de la actividad intelectual, moral y física del hombre sobre los objetos que le cercan. Así que, si el trabajo incesante de composición y recomposición que experimentan las lenguas para reflejar siempre al vivo las modificaciones infinitas del espíritu toca de derecho al público la apreciación de las obras del ingenio, del arte o de la ciencia; y a la posteridad el juicio definitivo de ellas con más alto criterio y más imparcial justicia que la contemporánea; al honrado y fiel investigador tan sólo corresponde consultar prolijamente los trabajos de sus antecesores, si por ventura desea hacer uno que aspire a ser menos imperfecto. Este fin, por tales medios como los referidos alcanzando, si posible fuere, nos proponemos nosotros, dispuestos de buen grado a hacer cumplida justicia y honor a los que nos han precedido en la carrera y puesta únicamente la mira en el mayor provecho y gloria de la patria.

Ardua es la empresa; nadie más ni mejor que nosotros reconoce cuanto es ella superior por su importancia suma, por su incalculable extensión y por sus dificultades infinitas a todo esfuerzo aislado, a toda laboriosidad individual y solitaria; pero resueltos, como lo estamos, a consagrarla con ilimitada abnegación y constancia todas las facultades de nuestro espíritu, bien así como las fuerzas todas de nuestra vida, contamos además con la protección y los auxilios de personas valiosas y con la cooperación científica de otras cuyos nombres, célebres ya en nuestra república literaria verá oportunamente el público autorizado el muy humilde nuestro, y mirará y tendrá con razón como promesa y prenda segura de esmerado y primoroso desempeño. Con lo que, y echando mano de los más eficaces recursos, tocando a todas las puertas en demanda de advertencias y consejos, no ahorrando fatigas, no excusando sacrificios, siquiera sean éstos de los que repugna el amor propio vulgar o que sólo pueden hacer llevaderos la fe más firme y la más incontrastable vocación; si aun así y todo, como es presumible y aun inevitable, saliese este trabajo imperfecto, culpa será, primero, de la materia, en sí vasta, y cuanto vasta inagotable, y luego, de lo que no está en manos n del hombre darse a sí mismo: y es la superior inteligencia que Dios concede tan sólo a algunos de sus escogidos, reservando para el vulgo de los ingenios la ímproba tarea de allanar a esos otros privilegiados el glorioso camino de los grandes triunfos coronados de merecido y eterno renombre(37).

Librodot

Glosario

1) *Juan Manuel Cagigal.*
2) *Se hace alusión a ciertos individuos mengua de la profesión, no a los que honran la humanidad y la ciencia.*
3) *Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte.*
4) *Notas a la citada obra de Bichart.*
5) *Hemos tomado del mismo Bichart el fondo de las consideraciones fisiológicas que siguen acerca de la muerte senil.*
6) *Eclesiastés, c. XXIV, v. 18.*
7) *Can. Cantic., c. IV, v. 12.*
8) *Can. Cantic., c. II, v. 1.*
9) *Ibid.*
10) *Can. Cantic., c. II, v. 16.*
11) *Diccionarios, catálogos más o menos completos en que se aprecie con mayor o menor exactitud el significado de las voces; en una palabra, diccionarios, de acepciones poseemos algunos, aún sin contar con el de la Academia, que ha servido a todos de modelo; pero un diccionario histórico, sinóptico, elemental y completo de la lengua, en que además de la significación y varios usos de las palabras, se demuestra el origen, alteraciones y estado presente de éstas, no ha llegado a publicarse, ni creemos que nadie haya acometido jamás tan ímproba tarea. Acerca de la imperfección de ese mismo diccionario histórico, sinóptico, elemental y completo de ella, véase un discurso leído a dicho respetable cuerpo por el académico don Juan de Iriarte, el día 10 de marzo de 1750. Obras sueltas, tomo III, página 344 y siguientes.*
12) *Diccionarios matrices semejantes al que ofrecemos, sólo existen, que sepamos, los alemanes de Eichhoff y Mesnard, y el inglés de Robertson; todos ellos modernos y menos completos que el nuestro, como se puede ver comparándolos. Ni en francés, ni en italiano, ni en portugués, hay ninguno por el estilo; de modo que nuestra empresa es la primera de su clase que se intenta respecto de las lenguas derivadas inmediatamente de la latina. Excepto la románica, que Mr. Raynouard ha ilustrado con un léxico dispuesto y ordenado, según tenemos entendido, en forma análoga. Todavía no hemos podido haber a las manos este precioso libro; pero, de seguro, nos serviremos de él, en adelante, para perfeccionar, si a ello nos da motivo, nuestro método. Justo, sin embargo, es reconocer que aún antes que nosotros y por lo tocante al modo de proceder respecto de las etimologías, bien así como a la disposición y ordenamiento de las raíces, había conceptuado aplicable ese mismo método, o uno muy semejante, a la lengua castellana don Juan Peñalver, según parece deducirse de los pasajes siguientes:*
13) *«No reduciremos este trabajo (el vocabulario etimológico que se proponía publicar, y que por desgracia no ha salido a la luz) y sería mucho, a las etimologías inmediatas latinas, griegas, y árabes. Subiremos más alto; hasta donde es posible subir («Panléxico, tomo I Introducción»).*
14) *Y más adelante en el mismo lugar: «las voces estarán dispuestas en nuestro vocabulario etimológico, de manera que puedan ser halladas por raíces y por orden alfabético».*

Librodot

15) *«En efecto, sépase el uso del corto número de terminaciones de una lengua, y conózcase también las raíces (no muy copiosas tampoco) de que se forman, y podremos decir que se posee la lengua toda; porque una vez al cabo del significado de la raíz, es fácil dar, por medio de la terminación, con el género de ideas accesorias que le corresponden, y en seguida lograr el conocimiento perfecto de la voz en su totalidad lexicológica. Creo que esta manera filosófica de aprender una lengua es la más breve y expedita de todas para un hombre cuya razón está formada, y que ha adquirido el hábito de combinar». De Brosses, Traitée sur la formation mecanique des langues, citado por Robertson; Dictionnaire des racines anglaises. Introduction.*

16) *Para comprobar este, el parecer, atrevido acierto, basta solo echar la vista por el cuadro de las matrices con sus desarrollos. Examínese este, y se conocerá que por nuestro método se han de ver obligados los que consulten el diccionario a recorrer todo el caudal de derivaciones y compuestos de la lengua, adquiriendo así de ella una copia de voces y noticias que es imposible lograr hoy con el auxilio de los diccionarios comunes, y que difícilmente se consigue al cabo de días, de afanes y docta porfía. No contribuirá muchos años de lectura varia, de penosos estudios al menos a despertar en los jóvenes la afición a los estudios de etnografía y de lingüística comparada, que tan descuidados se hallan al presente entre nosotros.*

17) *Prueba de esto es la opinión de De Brosses, referida en la nota 3; opinión que está muy lejos de contener la fórmula completa de un diccionario matriz. No la concibió más claramente el ingenioso y erudito Nodier, como puede verse en su introducción al diccionario de Boiste, novena edición.*

18) *«Nunca he elogiado ningún diccionario, porque todavía no he concebido la posibilidad de hacer uno bueno con los tres malos elementos de que se componen todos nuestros vocabularios; a saber: mal alfabeto, una mala ortografía y una mala lengua». Nodier lug. cit.*

19) *«En el diccionario de Boiste era preciso buscar, pues, una infinidad de voces que no se encontrarían en otra parte, más bien que una lexicografía completa, que es imposible, o una lexicografía racional y filosófica, que es muy difícil». Nodier, lug. cit.*

20) *No se necesita estar profundamente versado en filología para conocer que el orden alfabético aplicado al diccionario de cualesquiera lengua, arte o ciencia, es de todos el menos racional y científico, como que no permite ningún desarrollo sistemático ni metódico de la materia ni es más que un modo artificioso de indagación empírica determinado por la combinación arbitraria y fortuita de las voces.*

21) *«Los huesos, el esqueleto de una lengua de última formación es la etimología; y ésta la norma, la ratio scribendi, la ortografía de todas aquellas que carecen del blasón o de la vanagloria de primitivas. Lo que la ortografía debe conservar no es, cierto, esa pronunciación fugitiva que modifican tres grados de altura de polo, como decía Pascal; sino esa filiación de las voces, sin la cual ninguna de estas adquiere, ni puede tampoco alcanzar, significación definitiva. En nada cambia la pronunciación del valor íntimo del verbo del hombre; y la razón es que no a ella, sino a la etimología cumple y corresponde interpretarlo o definirlo. Así que, el habla sin conocer el valor primitivo de sus palabras (y Dios tenga piedad de los que se hallan en semejante caso), mucho será si saben la mitad de esas palabras; porque la etimología que es la que les da forma y vida; es para ellos como si no existiera». Nodier, Notions de lingüistique, pág. 167 y 168.*

22) *«El verdadero diccionario, etimológico de una lengua será pues, el que averigüe y compruebe las etimologías inmediatas; no que yo pretenda que un diccionario radical*

fundado en los orígenes más lejanos y recónditos de las voces, no fuese uno de los dones más preciosos que la paciencia y el ingenio pudieran hacer a la inteligencia humana, sino que pura y simplemente dudo de la posibilidad de su ejecución». Nodier, lug. cit. pág. 187.

23) *De la dificultad de la empresa no hay duda; pero de esto a sostener que es imposible, va mucha diferencia. Lo primero, hemos de observar que, lejos de ser tan grande como lo pretende Nodier, la ignorancia en que estamos de la mayor parte de las lenguas de la tierra, auméntanse de cada vez más rápida y portentosamente, los materiales de la etnografía filológica; a tal punto que no tan solo sirven de comprobantes a las más ciertas nociones de la historia, sino que a las veces abren a esta senderos desconocidos, inaccesibles a los métodos comunes de indagación y criterio. Véase entre otros autores, a Wiseman, Sur 1'étude comparative des langues, primero y segundo discurso.*

24) *Y lo segundo, hemos de tener en cuenta que los trabajos de esta especie no pueden aspirar a una perfección absoluta de que están hoy, y estarán probablemente siempre muy distantes, aún los mejores diccionarios hechos por el método vulgar alfabético, y por el incompleto etimológico que aconseja nuestro autor.*

25) *No acertamos por lo demás, a conciliar cumplidamente las opiniones que éste ha emitido en su obra, ya citada, sobre la lingüística, y en su introducción a la novena edición del diccionario de Boiste; porque si basta la etimología inmediata para obtener la historia exacta de la filiación de una lengua, como dice en una parte ¿de qué manera se podrá construir el diccionario ontológico y racional de que nos habla en otra; diccionario cuya base necesaria es la parte radical o de matrices?*

26) *En rigor, esta es cuestión de hechos, y como tal no se halla sujeta a la jurisdicción de la controversia. U perfección de todo diccionario bien así como la de toda parte, ciencia, teoría o método cualquiera de enseñanza, consisten en la simplificación de sus elementos; verdad inconclusa, o mejor dicho, axioma que hace el sistema de matrices el único sistema científico en materia de lexicografía, así como indudablemente es el único lógico: el único realmente sencillo en medio de su aparente complicación; en suma, el único fecundo. Examínense sino, en este prospecto, las raíces Abra, Alfil, Alhaxix, y otras y se verá que, a habernos contentado con la etimología inmediata, habríamos separado voces que deben estar juntas por pertenecer a una misma familia; lo cual tanto habría valido como incapacitarnos para hacer un diccionario matriz caminando invariablemente por la senda de los vocabularios comunes.*

27) *V. Nodier, Notions de Lingüistique, página 178.*

28) *Nadie ignora que estas lenguas son: el vascuence, el celta, el fenicio, el griego, el cartaginés, el hebreo, el latín, el gótico en varios de sus dialectos, el árabe, el románico, el alemán, el toscano y el francés antiguo y moderno.*

29) *El griego, el persa, el latín, y sus derivados, las lenguas germánicas y sus dialectos, el celta y, según algunos, el vascuence, afín a este último, pertenecen a la familia llamada indo-europea, a cuyo tronco, hasta ahora, pertenece el sánscrito. El fenicio, el cartaginés, el hebreo y el árabe corresponden a la familia de las lenguas semíticas. V. Wiseman. obra y lug. cit. Eichhoff, Parallèle des langues de l'Europe et de l'Inde, pág. 12-13. Bopp, Comparative grammar of the Sanscrist, Zend, Greek, Latin, Lithuanic, Gothic, German, and Sclavonian languajes. Pricard, Origine oriental des nations celtiques. Acerca de la afinidad del vascuence con los dialectos conocidamente célticos, véase la opinión de Gatterer, en el Nouvean dictionaire universel des Synonymes de la langue francaise, por Guizot. Introduction XXXIV. El*

Librodot

doctor Young, le compara al egipcio y Klaproth ha encontrado grandes y curiosas semejanzas entre él y las lenguas semíticas. V. Wiseman, ídem, pág. 62. Todavía ne hemos tenido ocasión de consultar el apreciabilísimo trabajo de W. Humboldt sobre dicha lengua: Prüfung der untersuchung die urbewohner hispaniens.

30) *«Los diccionarios ingleses más completos contienen cuarenta y ocho mil voces sobre poco más o menos, al paso que el presente apenas registra ocho mil. Tengo, no obstante, la firme convicción de que puede ocupar el lugar de aquellos, y servir para la interpretación de todos los escritos nacionales, desde Spencer inclusive hasta los de nuestros días.*

31) *»Los filólogos y los gramáticos comprenderán sin trabajo la razón de esta diferencia, y aún quizá se asombren de que no sea ella tan grande como puede y debe serlo, atento que el número de diccionarios verdaderamente radicales de la lengua inglesa no pasa de tres mil». Robertson, lug. cit. La misma observación puede hacerse consultando los diccionarios de raíces de la lengua alemana publicados por Eichhoff y Mesnard. Nuestro prospecto ofrece un desarrollo considerable de derivados y compuestos procedentes de solo treinta matrices; y debe advertirse que en el número de éstas son contadas las de origen latino, sin comparación más fecundas que las de otras cualesquiera procedencia.*

32) *Los caracteres del maravilloso arte de la escritura, que traslada a la pluma los oficios de la lengua, y conserva en toda su originalidad y su pureza los humanos pensamientos y conceptos al través de los siglos, bien merecen en nuestra obra el lugar preferente que les corresponde como primeros elementos gráficos del idioma; porque los signos, del mismo modo que los sonidos, tienen su etimología y hacen un papel importantísimo en el estudio comparativo de las lenguas. V. Parvey, Essai sur 1'origine unique et hieroglyfique des chifIres et des lettres de tous les peuples. Palomares, Paleografía: precioso MS que posee nuestro distinguido amigo don José Alvaro Zafra. Kraitsir, Significance of the alphabet. North-american Review, núm. CXLII.*

33) *No nos ha sido posible dar muestras paleográficas en este prospecto, por carecer aún de los caracteres necesarios.*

34) *Por lo tocante, a la ortografía, baste decir que es casi imposible dar paso seguro, en la investigación de los orígenes de nuestra lengua, sin estar muy al corriente de las transformaciones variaciones y cambios que han experimentado las letras de su alfabeto, no es menos importante este conocimiento para la correcta y gustosa lectura de nuestros antiguos poetas. V. Puigblanch, Opúsculos, Prólogos XCIV.*

35) *Esta es hoy la práctica universalmente seguida por los hombres versados en los estudios etnográficos y lingüísticos; práctica que el docto y juicioso Campomanes recomendaba con calor a los lexicógrafos españoles, V. el prólogo que puso al diccionario árabe-latino-castellano del Padre Cañes.*

36) *Antes de poseer un diccionario matriz comprobado y complemento de la lengua, sería prematuro y arriesgado todo cálculo acerca de la medida, proporción y manera en que han concurrido a formarla los idiomas extranjeros. Sólo así puede afirmarse, lo primero, que debe al latín el mejor y más copioso número de sus voces y locuciones bien así como la mayor parte de sus formas gramaticales, lo segundo, que sus desviaciones de las formas gramaticales latinas son: en parte góticas, en parte semíticas, y lo tercero, que con ser muy considerable el número de dicciones en que quedó heredada del árabe influyó poco, poquísimo, esta lengua en su estructura, por reducirse casi todas aquellas dicciones a nombres sustantivos, pocos verbos, y contadas locuciones.*

Librodot

37) *Si este método pareciese a alguno complicado, le diremos de nuestro diccionario, lo que Boiste, Robertson y otros, decían de los suyos; es a saber: que son instrumentos que conviene estudiar y conocer antes de servirse de ellos; y que, atento a la inmensa cantidad de materiales que contienen, al plan que siguen y al objeto que se proponen, no pueden ser consultados como los diccionarios comunes sin perder mucho de las ventajas que les son peculiares.*

38) *V. la nota 3. Es obvio por demás que la exactísima observación de De Brosses respecto de las terminaciones, se aplica sin restricción alguna a las proporciones o particulares componentes prepositivas.*

39) *Como que son las más cercanas al origen, y en general coetáneas a la introducción de las respectivas raíces en nuestra lengua.*

40) *Cuanto valga y últimamente sirve en las investigaciones etimológicas tener en cuenta las más antiguas formas de los vocablos, puede verse en muchísimas dicciones tomadas del latín y de otras lenguas. Es tan importante como curioso, puesto que diminuto, lo que, a este propósito, y otros análogos, escriben, el sabio Capmany en su Teatro histórico-crítico de la elocuencia española. Observaciones críticas; y Marina en su Ensayo histórico-crítico sobre el origen y progreso de las lenguas.*

41) *Juzgando el erudito don Juan Iriarte el diccionario de la Academia Española ante la Academia misma, en el discurso suyo que ya hemos citado, decía: «todavía (¿quién lo creerá?), ni el vocabulario de Nebrija, ni el Tesoro de Covarrubias, se hallan plenamente evacuados; aún tienen voces y expresiones con que contribuir a la abundancia y riqueza de nuestro diccionario». Lo mismo decía del Vocabulista del Padre Alcalá y de otros libros. Y hablando del de la Crusca: «la célebre Crusca con su delicada escrupulosa diligencia en recoger sólo la flor del toscano, desechando como salvado todos los demás dialectos de Italia ¿qué ha adelantado, qué ha conseguido, sino privar a los eruditos del uso e inteligencia de infinitas voces aunque menos puras, muy propias y significativas, aunque poco usadas, sumamente curiosas, útiles y necesarias?».*

42) *En punto a voces anticuadas, la necesidad y el deber de un buen diccionario de la lengua castellana son la misma necesidad que no satisfizo, y el mismo deber que no cumplió la Crusca respecto del diccionario general de la lengua italiana; porque detrás de lo que ellas hizo había, como detrás de lo que nosotros hemos hecho hay, una admirable literatura, tesoros olvidados, minas riquísimas ¿qué decimos? la lengua toda con su genuino espíritu, con su verdadera fisonomía: muy otra sí de lo que ha venido a ser en la boca y en la pluma de los bárbaros modernos; pero tan lozana, tan robusta y tan graciosa como se la vio al saludar su triunfo sobre los bárbaros antiguos.*

43) *«Entre todas las voces que sirven para el uso del hombre, ninguna hay más invariables en su ortografía que los nombres de personas y de lugares... Son los que más auténticamente justifican la ortografía legítima». Nodier: Notions de lingüistique XII. «Su utilidad (de las raíces o matrices de nombres geográficos) es grande en el análisis idiomalógico, por la sencilla razón de que el significado de la raíz sirve para descubrir los muchos nombres que de ella proceden como de otras tantas cabezas de familia».*

44) *Caballero, Nomenclatura geográfica de España, página 18.*

45) *En otra parte de la misma preciosa obrita (página 19) dice este sabio geógrafo español: «con menos de doscientas raíces de nombres de lugares de España se forman más de quince mil denominaciones de nuestra nomenclatura geográfica;*

Librodot

dedúzcase de aquí, la inmensa utilidad que puede sacarse de los nombres cardinales, y cuanto nos interesará su conocimiento».

46) *Véase la nota 9. «He buscado, pues, las diferencias de las voces sinónimas en su valor material o en sus elementos constitutivos; por el análisis; por la etimología; y por las relaciones sensibles, tanto de sonido como de sentido, que tienen con voces de diferentes lenguas». Roubaud: Synonymes. Introduction.*

47) *«En la formación de una lengua se deben tener presente tres cosas: la etimología de las voces, su material composición y su significación». Capmany: lug. cit.*

48) *Solo así puede merecer un diccionario el juicio que del suyo hace Boiste. «Fácil es ver, dice, que esta obra queda ligada indisolublemente a la suerte y varia fortuna que toque a la lengua francesa, de la que viene a ser una especie de depósito o tesoro, cuyas riquezas ostenta en las cuatro edades suyas más notables».*

49) *Nosotros, y cuantos con nosotros estiman en algo la gloria de su patria, desearíamos que, pues, existe una corporación respetable encargada de velar por los fueros de la lengua, se acatasen en un todo su autoridad y decisiones; pero a fuer de imparciales debemos añadir que este tribunal, tan, autorizado y tan competente, se ha mostrado harto flojo y remiso en la defensa de. sus privilegios. Una gramática incompleta, una ortografía ingeniosa, un diccionario o más bien vocabulario de definiciones, tal cual edición de alguna obra de mérito, y la protección dispensada en varías épocas a trabajos recomendables son los diques que la Academia Española ha opuesto al furor de los innovadores y a la incesante corrupción del vulgo. Si bien es verdad que la intensidad y la concentración de fuerzas necesarias para ciertas obras rara vez pueden existir en cuerpos tan numerosos y suelen, estar reservadas a la constancia de los individuos.*

50) *Si bien se considera, algún derecho nos asiste a la indulgencia del público y al amparo de los doctos. Desde luego se echará de ver que hemos trazado el plan de una obra nueva, y, de tal manera original que, no asemejándose en nada a las producciones que de este género tenemos, no pudiese excitar los recelos ni lastimar la propiedad de nadie. Demás de que un trabajo que reúne, amalgama, y reduce a estrechos límites un cúmulo inmenso de materiales esparcidos y aún a las veces olvidados, en las bibliotecas; un trabajo que requiere la elección, crítica y colocación de esos mismos materiales, más porfía e ímproba fatiga, si cabe, que para reunirlos y consultarlos; un trabajo que exige prodigios de atención de cuidados, de perseverancia, de labor material, moral e intelectual; semejante trabajo, decirnos, cuando ni en gloria, ni en provecho realizase las modestas esperanzas de un autor, todavía podría conferirle títulos legítimos al aprecio de sus conciudadanos, y a la consideración y benevolencia de sus jueces naturales.*

51) *Por lo demás, para las muchas personas doctas en los estudios filológicos, a quienes tiempo ha comunicamos nuestro pensamiento, y de quienes recibieron nuestras tareas aprobación y estímulo, está de más este prospecto; pero nos valemos de él como de un medio de consulta para con todos aquellos que, o por distancias o por retraídos, no nos han auxiliado aún con su saber ni con sus consejos. A estos principalmente dirigimos nuestras explicaciones; así como consagramos a todos cuantos por naturaleza o por afición poseen y estiman la nobilísima lengua castellana de este lado y del otro de los mares, el fruto de nuestras fatigas y desvelos.*

Librodot